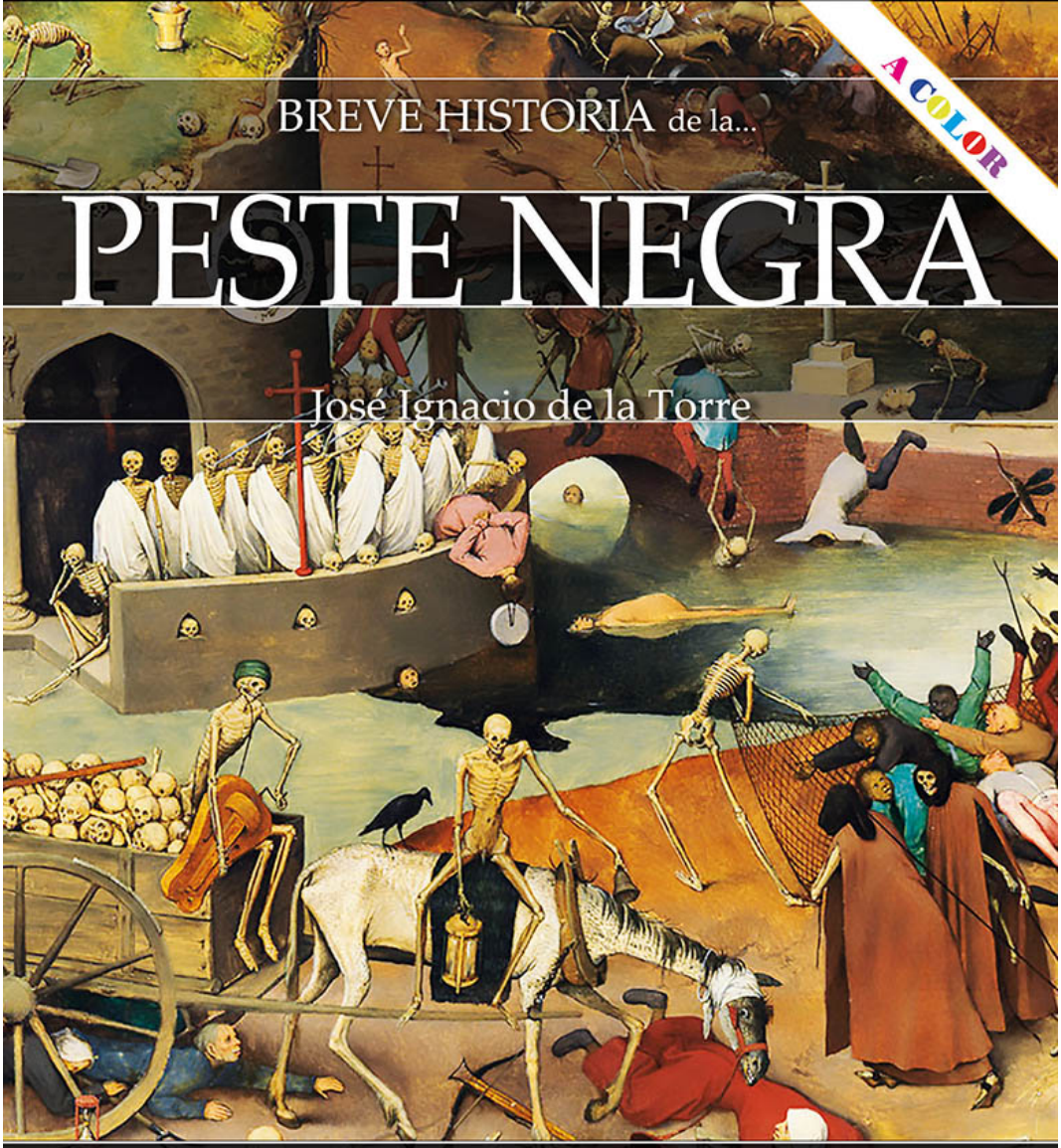
A COLOR

BREVE HISTORIA de la...

# PESTE NEGRA

José Ignacio de la Torre



Conozca la apasionante y dramática historia de la Peste Negra, la terrible pandemia vírica que asoló la Europa Medieval del siglo XIV y aniquiló a un tercio de su población. Un trágico punto de inflexión en la historia de la humanidad que cambió por completo la economía, las relaciones sociales, la mentalidad y la religión

nowtilus
saber

# Breve Historia de la Peste Negra

# Breve Historia de la Peste Negra

José Ignacio de la Torre Rodríguez

nowtilus

**Colección:** Breve Historia
www.brevehistoria.com

**Título:** *Breve Historia de la Peste Negra*
Autor: © José Ignacio de la Torre Rodríguez

**Copyright de la presente edición:** © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición digital:** 978-84-1305-184-0
**Fecha de edición:** mayo 2022

*A María*

# Índice


1. Las plagas en el Mundo Clásico
    - Galeno y la Peste de los Antoninos
    - La Peste de Cipriano
    - La Peste de Justiniano
        - Los problemas climáticos a partir de 535
        - La primera gran peste
        - Teorías sobre el origen de la peste bubónica
        - Mortalidad
        - Rebrotes
        - ¿Y si no fue tan grave?
    - A modo de conclusión

2. La medicina medieval
    - La «oscura» Edad Media
    - Pecado, enfermedad, vejez y muerte
    - Santos y reliquias
    - Los hospitales medievales
    - El estudio de la medicina entre el monasterio y la universidad
    - Hildegarda von Bingen

3. Europa antes de la peste
    - La fragilidad del hombre del medievo
    - El clima: La pequeña edad de hielo
    - Alimentación
        - El hambre
        - La hambruna de 1315
        - La dieta
    - La guerra
        - La Tregua de Dios
        - La Guerra de los Cien Años
    - La higiene
        - La ciudad como foco de contaminación

- La higiene personal y los baños

4. La peste negra
   - La rata negra
   - El contagio
   - Yersinia Pestis
   - Los síntomas
   - Infección bubónica
   - Infección septicémica
   - Infección neumónica (pulmonar)

5. La peste negra avanza por Europa
   - Caffa
   - Rápida difusión por Europa
   - La difusión de la pandemia en el mundo islámico
   - En la península ibérica
   - Florencia y Bocaccio

6. La respuesta médica y social
   - Causas de la peste
     - Causas celestes
     - Causas terrestres: la corrupción del aire
     - Otras causas
   - Ira de Dios
   - Sospechosos habituales
     - Envenenadores del agua y del aire
     - Estrasburgo, 14 de febrero de 1349
   - Los flagelantes
   - Dos santos para combatir la peste
     - San Sebastián
     - San Roque

7. Consecuencias de la peste negra
   - Mortalidad
     - El problema de la información
     - Los grupos sociales más afectados
     - Los fallecidos en números
       - En la península ibérica
         - Navarra
         - Aragón
         - Castilla
       - En la península italiana
         - Francia
         - Inglaterra
   - Consecuencias socioeconómicas
     - A corto plazo
     - A largo plazo

Cambio respecto a la muerte
La buena muerte
Los testamentos
Las Danzas de la muerte

A modo de conclusión

Bibliografía
Fuentes
Bibliografía general

# 1

# Las plagas en el Mundo Clásico

La enfermedad es congénita al ser humano, siempre ha existido, existe y existirá. Las sociedades primitivas no sabían cómo responder ante tales situaciones, no podemos saber si la aceptaban como parte del ciclo de la vida, como castigo de una divinidad o cualquier otro motivo. La falta de textos escritos en los que plasmasen su visión de lo que estaba sucediendo, tanto en un plano médico como en un plano emocional, nos impide acercarnos a este asunto más allá de los huesos de estos lejanos antepasados. En aquellos tiempos, para combatir la enfermedad sabemos que debió surgir una casta de curanderos, chamanes y brujos que, utilizando una mezcla de medicina natural con magia/religiosidad, van a intentar combatir esas enfermedades y sanar el cuerpo y alma del enfermo retrasando el inevitable final. Como es evidente, en los casos más leves tendrían un cierto éxito mientras que en la mayoría de las situaciones el paciente, sin duda, moriría. En esta mezcla de medicina y religión surgirían los primeros dioses de la salud de la Humanidad, divinidades que están presentes en todas las culturas del planeta.

El mundo grecorromano no va a ser diferente, tal y como atestiguan los numerosos dioses relacionados con la salud y la medicina. El más conocido de todos ellos fue el griego Asclepio (Esculapio para los romanos), al cual se le construyeron un sinfín de santuarios a lo largo y ancho del mundo clásico; pero no fue al único, el sincretismo religioso romano hizo que se aceptasen como propios dioses ajenos «romanizándoles» de modo que se convertían en una variante local de algún gran dios principal. Muchos de estos santuarios se edificaron en lugares en que, por las características geológicas del terreno, se producían ciertas condiciones que ayudaban a la salud de los pacientes. El ejemplo perfecto de lo que estamos hablando lo suponen las llamadas aguas termales. Se trata de manantiales que proceden del interior de la tierra y que por ese mismo motivo son ricas en componentes minerales que son beneficiosos para el ser humano. En las zonas donde manan de la tierra estas aguas, Roma construyó grandes complejos termales, a mitad de camino entre un lugar de encuentro de los habitantes del imperio y un lugar donde gracias a esas aguas especiales, el paciente –a través de la intercesión de la divinidad tutelar del lugar–

podía recuperar la vitalidad. Aguas que limpian y que curan enfermedades al mismo tiempo. Nosotros, en la actualidad, somos herederos de aquella tradición y el turismo balneario o como se decía en otros tiempos «tomar las aguas» sigue siendo habitual y uno de los motores turísticos en dichas zonas, claro está que sin el componente religioso mágico de la época romana.

Como heredero del panteón romano, el cristianismo va a adaptar todos esos dioses de la salud a sus postulados sin cambiar el fondo del asunto. La salud de una persona depende en gran medida de su relación con la divinidad, es decir, si estás enfermo y rezas al Señor tienes más posibilidades de curarte que si no lo haces. Así, Esculapio se va a transformar en una pareja de hermanos, Cosme y Damián, considerados santos patrones de la cirugía, quienes fueron martirizados por el emperador Diocleciano a finales del siglo III d. C.

Las termas serán fundamentales para la higiene del ciudadano, pero no es la única opción, debemos señalar también el acceso a agua potable gracias a esa impresionante construcción que llamamos acueducto. El acueducto permitía la llegada de agua limpia desde sus manantiales a las ciudades, y de esta forma se evitaba que los ciudadanos se contaminasen con aguas fecales o estancadas que pudieran provocar enfermedades. Los habitantes del imperio podían disfrutar de un gran número de fuentes públicas donde poder saciar su sed con un agua adecuada y sobre todo sin elementos contaminantes.

Pese a la importancia que tienen ambas construcciones, termas y acueducto, es probable que el sistema de alcantarillado y de expulsión de la ciudad de aguas fecales sea el más importante de todos. Roma desde tiempos inmemoriales ya entendió su importancia y así en la capital imperial la Cloaca Máxima data, según la tradición, de tiempos de uno de los primeros reyes, Tarquinio Prisco, en torno al 600 a. C.

Imagen de la Cloaca Máxima. Sopraintendenza Archeologica del Comune di Roma.

Conforme el mundo romano se expandía, su modelo urbano lo hacía al mismo ritmo como un elemento más de la romanización, junto al latín y las costumbres y dioses. Ya sea en ciudades de nueva planta o en localidades nativas que se incorporaron al imperio, las termas, las canalizaciones, los acueductos y el alcantarillado público van a ser los cuatro elementos fundamentales de la higiene urbana para los habitantes de la ciudad. Este gran paso adelante en la higiene pública que por primera vez se va a disfrutar en Europa, no va a ir acompañado de un fuerte avance en la medicina salvo en algunos campos. Como dijimos son tiempos en los que medicina y religión/superstición van de la mano, y se consideraba que una enfermedad podía tener tanto causas médicas como ser provocada, por ejemplo, por un mal de ojo.

En general, como en otros muchos campos, la medicina romana es heredera de la tradición y escritos de los griegos. Este acto, el de la escritura, y posterior lectura y aprendizaje va a ser fundamental en el avance médico. Los nuevos doctores podían

aprender de experiencias pasadas que confirmaban tratamientos para tal o cual enfermedad, de modo que no tenían que repetir dicho aprendizaje y podían avanzar en el conocimiento de tales materias. Así, gracias a sus libros, conocemos autores como Sorano de Éfeso que nos ha dejado entre otros un tratado en cuatro volúmenes sobre la práctica ginecológica; Asclepiades de Bitinia quien veía esencial para tener buena salud hacer ejercicio, dieta, los baños y estar en armonía; Pedanio Dioscórides cuyo texto *De Materia Medica* sobre el uso medicinal de las plantas se convirtió en manual básico para los médicos medievales y, por último, Galeno de Pérgamo. Su solo nombre se ha convertido en sinónimo de médico.

## Galeno y la Peste de los Antoninos

Los textos de Galeno fueron fuente fundamental para la práctica médica en el Imperio bizantino y el mundo musulmán, donde este médico del siglo II d. C fue estudiado y sus prácticas mejoradas e incluso rebatidas cuando resultaban erradas. Pese a ser principalmente un cirujano, Galeno también estudió el tema de las enfermedades y su contagio, diferenciando que la enfermedad podía tener tanto causas externas como internas. Las primeras son aquellas que desde fuera influyen en el individuo, es decir, el ambiente que le rodea y la calidad de su vida (el aire que respira, la dieta que tiene, si descansa por las noches o el trabajo que desarrolla). Por su lado, las causas internas refieren a la propia constitución del individuo o su biología. La conjunción, negativa, de este tipo de causas provocan los síntomas que él denomina causas inmediatas, pues son las más cercanas al padecimiento o dolor. Gracias a esos síntomas, el médico queda capacitado para conocer el tipo de enfermedad de que se trata.

Galeno e Hipócrates. Fresco de la catedral de Agnani.

Galeno tendrá oportunidad de enfrentarse a la peste en el año 166 d. C. , una epidemia de origen oriental llegó a Roma portada principalmente por los soldados romanos, que al mando del co-emperador Lucio Vero, habían estado combatiendo en Oriente Medio contra los partos. En sus libros, Galeno describe los síntomas de los enfermos destacando una gran inflamación de los ojos, enrojecimiento muy fuerte del interior de la boca y de la lengua, sufrimiento por el paciente de una enorme sed, sensación de abrasamiento interior, enrojecimiento de la piel, tos violenta, erupciones y fístulas, todo seguido de diarrea y agotamiento físico. Hoy en día estudios modernos consideran que se trataba de la enfermedad de la viruela.

Curiosamente, los síntomas descritos por Galeno son los mismos que menciona Tucídides respecto a la plaga que asoló Atenas en 430 a. C. durante la Guerra del Peloponeso:

«En los demás casos, sin embargo, sin ningún motivo que lo explicase, en plena salud y de

repente, se iniciaba con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro, la faringe y la lengua quedaban enseguida inyectadas, y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fétido. Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho acompañado de una tos violenta; y cuando se fijaba en el estómago, lo revolvía y venían vómitos con todas las secreciones de bilis que han sido detalladas por los médicos, y venían con un malestar terrible. A la mayor parte de los enfermos les vinieron también arcadas sin vómito que les provocaban violentos espasmos, en unos casos luego que remitían los síntomas precedentes y, en otros, mucho después. Por fuera el cuerpo no resultaba excesivamente caliente al tacto, ni tampoco estaba amarillento, sino rojizo, cárdeno y con un exantema de pequeñas ampollas y de úlceras; pero por dentro quemaba de tal modo que los enfermos no podían soportar el contacto de vestidos y lienzos muy ligeros ni estar de otra manera que desnudos, y se habrían lanzado al agua fría con el mayor placer». (Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso II, 49, 1-5).

La peste de Atenas, Michael Sweerts.

Pero a diferencia de la peste ateniense que afectó principalmente al Ática, esta otra que será conocida como Peste de los Antoninos o Peste de Galeno tendrá dos características muy especiales. Por un lado, tal cual refiere Galeno en sus escritos, era extremadamente persistente, es decir, no parecía haber cura para ella y, por otro, su enorme extensión, pues se difundió por gran parte del imperio diezmando indiscriminadamente a la población. Los cálculos de su mortalidad son muy divergentes pues la información es escasa, con todo se considera que al menos un 20 % de la población murió por esta causa. Quizás las cifras más aproximadas estén en torno al 25 %. También tenemos que tener en cuenta que no se trató de una manifestación única, sino que en los años siguientes habrá dos rebrotes, pudiendo dictaminarse que solo en 192 ya había pasado.

Como era de esperar, ante la falta de una respuesta médica se buscó en un hipotético enfado de las divinidades con Roma la causa de tal catástrofe. De hecho, tal y como cuenta el biógrafo del emperador Marco Aurelio, junto con la toma de las lógicas medidas sanitarias, el emperador «*restituyó celosamente el culto de los dioses*», sin duda había que cubrir todas las posibilidades.

## La Peste de Cipriano

Tras la gran peste de la segunda mitad del siglo II, se va a producir un nuevo brote cien años después en la parte central del siglo III. A diferencia de la anterior, que todos aquellos que la han estudiado la han vinculado a la viruela, esta parece ser que no está clara la enfermedad y se especula que pueda tratarse de cualquiera de las siguientes posibilidades: sarampión, un nuevo brote de viruela, la gripe e incluso una fiebre hemorrágica tipo ébola. Su principal similitud con la Peste de Antonino fue su alta mortalidad y su extensión por todo el imperio, principalmente en sus regiones orientales. Se atestigua en todas las fuentes de las que disponemos sobre este periodo,

que las ciudades más grandes fueron las más afectadas (Alejandría, Antioquía, Roma o Cartago) pero tampoco se libraron ciudades menores o incluso las zonas rurales, donde por la escasez de población, se evita el hacinamiento y el contacto cercano. Podemos decir sin temor a equivocarnos que el imperio romano, que ya había cumplido su milenario, sufrió al mismo nivel, o incluso más que en tiempos de Marco Aurelio.

El ángel de la muerte golpeando una puerta durante la plaga de Roma. Jules-Elie Delaunay.

También como la Peste Antoniana la infección apareció en oriente, en este caso en Etiopía o Egipto, durante el reino del emperador Decio (249-251) y asoló Roma durante los veinte años siguientes hasta finales de la década de los sesenta del siglo III. Esta peste ha pasado a la historia como la Peste de Cipriano, un nombre que proviene del obispo metropolitano de Cartago San Cipriano, quien luchó contra la peste desde su silla episcopal y nos ha dejado por escrito el relato de aquellos años. Pero San Cipriano o su diácono Poncio, quien escribió un texto panegírico de su obispo, no eran médicos, sino hombres de religión y seguido a la descripción de los síntomas que veían como hombres inexpertos en medicina, buscaron explicaciones escatológicas que justificasen tal pandemia como, por ejemplo, que era una prueba del Señor a los cristianos.

> «Estos [los mártires] son citados como prueba de fe: cuando la fortaleza del cuerpo se disuelve, las entrañas se disipan de golpe; un fuego que empieza en lo más profundo provoca heridas en la garganta; los intestinos se agitan con vómitos continuos; los ojos se incendian por la fuerza de la sangre; en algunos casos, la infección de la putrefacción mortal corta los pies u otras extremidades; y, cuando se impone la debilidad por los fallos y pérdidas del cuerpo, los andares se deterioran, la audición se bloquea o la visión se ciega». (San Cipriano. Sobre la peste, 14. Tomado de Kyle Harper. El fatal destino de Roma, p. 189).

No fueron los únicos que buscaron estas justificaciones. El Estado romano encontró uno de sus chivos expiatorios en los «sospechosos habituales», es decir, en los cristianos, contra quienes se renovaron las persecuciones.

**Tabla 4.1. La plaga de Cipriano**

| Patología | Epidemiología |
|---|---|
| Fiebre aguda al inicio | Orígenes exóticos, este a oeste |
| Debilidad | En todo el imperio en dos años |
| Diarrea sanguinolenta | «Incesante», resistente, quince años |
| Hemorragia esofágica | Peligrosa para los cuidadores |
| Vómitos continuos | Cadáveres contagiosos |
| Sangrado conjuntivo | Transmisible directamente, por la vista |
| Putrescencia en las extremidades | Familias afectadas |
| Incapacidad permanente | Indiscriminada |
| Pérdida de oído y vista | Urbana y rural |
| | Pico invernal |
| | Alta mortalidad |
| | Después de una gran sequía |

Fuente: Kyle Harper. *El fatal…*, p. 196.

Tampoco disponemos de estudios al respecto de la mortalidad de esta peste, sin embargo, gracias a la *Historia Eclesiastica* de Eusebio de Cesarea (VII, 21, 9) se ha

podido establecer un cálculo para Alejandría. La metrópolis habría perdido hasta el 62 % de sus habitantes. Evidentemente no podemos inferir que es todo por fallecimientos, sino que también debemos contemplar otras opciones como gente que huyera de la ciudad para no volver, o la propia retórica exagerada del cronista que, intentando subrayar el gran impacto de la peste, exagerase el vacío poblacional hasta ese punto. Sea como fuere, son números muy importantes.

## La Peste de Justiniano

Pese a que las pestes van a seguir siendo cíclicas en los siglos siguientes, ninguna de ellas va a quedar tan bien documentada como las anteriores, pues ni por su mortalidad ni por su extensión van a ser suficientemente relevantes como para ser consideradas por los autores de la época. En general podemos decir que es una época de recuperación. Durante la segunda mitad del siglo III y el siglo IV, el imperio se recompone gracias a una bonanza climática y a que la población se ha inmunizado en buena medida respecto a las enfermedades precedentes.

El siglo V será un siglo de enorme inestabilidad política, el imperio dividido verá la llegada de los llamados bárbaros. Una entrada a veces violenta pero siempre con un carácter de ocupación de tierras romanas. La cercanía que estos pueblos del otro lado de la frontera habían tenido durante siglos no va a suponer un problema sanitario para el imperio, o por lo menos no se documenta ningún brote diferente a los provocados a consecuencia de la guerra y del hambre consiguiente. «*Los bárbaros que habían penetrado en las Hispanias, robaban y masacraban sin piedad. Por su parte la peste no era menos devastadora*». (Hidacio. 46-47).

Pero en la parte oriental se vive un respiro, pues los pueblos del otro lado del *limes* no van a poder asaltarlo del mismo modo que se estaba haciendo en occidente, cuyo destino ya estaba marcado. Como hemos dicho la población creció, así como la economía y se preparó para la edad de oro que supuso el reinado de Justiniano.

Mosaico representando a Justiniano y su corte. Iglesia de San Apolinar, Rávena.

El reinado de Justiniano (emperador desde 527 a 565) fue un momento álgido para la parte oriental del Imperio romano. Gracias a las reformas económicas introducidas unas décadas antes por su antecesor en el trono Anastasio I (emperador desde 491 a 518) que habían permitido un importante crecimiento, Justiniano pudo abordar diversas campañas militares contra sasánidas, vándalos y ostrogodos con gran éxito, intentando recuperar la parte occidental perdida casi un siglo atrás. De hecho, el Imperio bizantino alcanzó su máxima extensión durante su reinado, abarcando además de las tierras que conformaban el Imperio romano de oriente, tierras de Hispania, gran parte de la península itálica y el África mediterránea.

Sin embargo, pese a ser un momento de luz, nadie sabrá interpretar correctamente las sombras que, puntualmente desde el 535, van a marcar la segunda parte de su reinado, cuando la peste aparezca.

## Los problemas climáticos a partir de 535

El clima que en los últimos siglos había sido positivo, adecuado, que había provocado la recuperación demográfica y la mejora económica del área mediterránea, se volvió difícil a partir del segundo tercio del siglo VI. Durante mucho tiempo los investigadores no se pusieron de acuerdo sobre la existencia de dicho cambio climático en este periodo. A todos ellos les surgieron múltiples preguntas básicas, como establecer si estas anomalías eran regionales o si acaso lo eran planetarias, si eran un evento único o un complejo de eventos casi simultáneos.

Finalmente, tras una completa investigación, se ha llegado a la conclusión de que se produjo una serie de erupciones volcánicas que lanzó a la atmósfera una importante cantidad de polvo, provocándose una serie seguida de veranos fríos tal y como certifican los núcleos de hielo o los anillos arbóreos estudiados. En este sentido, los anillos delatan que la década de 536 a 545 fue el segundo periodo más extremo de enfriamiento post-volcánico durante los últimos 2.500 años. En este mismo periodo desde el año 500 d. C. de los 16 veranos más fríos al norte del ecuador, seis de ellos ocurrieron en esos mismos años.

Los contemporáneos no pudieron hacer la conexión que nosotros sí podemos hacer ahora, sin embargo, sí dejaron por escrito hechos o curiosidades de las que fueron testigos o les contaron sus coetáneos. Se trata de un conjunto de textos de culturas diferentes muy distanciadas unas de otras. Desde el Mediterráneo hasta el Mar de la China se recogen informaciones de sequías, heladas y nieve antes de tiempo en el 536 y un verano inusualmente frio y seco con nieve en 537. En el área mediterránea disponemos de varias fuentes diferentes que recogen sucesos suficientemente extraños como para reseñarlos. Procopio de Cesarea, en su *Guerra Vándala* (Libro III, XIV, 4-10) menciona que en 536/537 sucedió que el sol daba luz sin brillo, como si fuese un eclipse, es más, menciona que a partir de este momento se sucedieron calamidades como la guerra o la peste. En Constantinopla Juan Lido o Juan de Éfeso recogen los mismos eventos solares en esas mismas fechas.

Constantinopla en el siglo XVI.

Mucho más interesante nos parece una carta del patricio romano Casiodoro a Ambrosio en la que hace una clara conexión entre esa serie de eventos climáticos y las malas cosechas. En la carta le cuenta una serie de eventos climáticos extraños muy parecidos a los recogidos por Procopio, Juan Lido o Juan de Éfeso, como el hecho de que el sol no calentaba y que parecía haber perdido su luz habitual con un extraño color azulado; además menciona en la misma carta «*un invierno sin tormentas, una primavera poco suave y un verano sin calor*» con heladas prolongadas y sequías fuera de temporada que han provocado malas cosechas, por lo que recomienda a su amigo «*debes almacenarlos para los próximos meses de escasez*» (Carta 25 a Ambrosio).

La mayor parte de las sociedades del siglo VI tenían sobrada capacidad para sobrellevar sin mayor problema un año de malas cosechas, pero muy pocas tendrían la flexibilidad suficiente como para soportar una serie de años malos como se

sucedieron. Años consecutivos de malas cosechas sin duda pasarían factura. El imperio de Justiniano era un poder fuerte y sin duda esos primeros años no supusieron un gran problema, aunque como sabemos tenemos para el caso de Tracia referencias muy tempranas de medidas tomadas por el emperador para intentar paliar el hambre que ya asolaba la región. Con todo, los años continuados de malas cosechas en amplias partes del imperio acabaron pasando factura, la mala nutrición se acabó convirtiendo en una constante con la consecuente fragilidad de la población. En otras regiones donde no existía ese poder fuerte como el bizantino, sin duda las consecuencias fueron mucho peores.

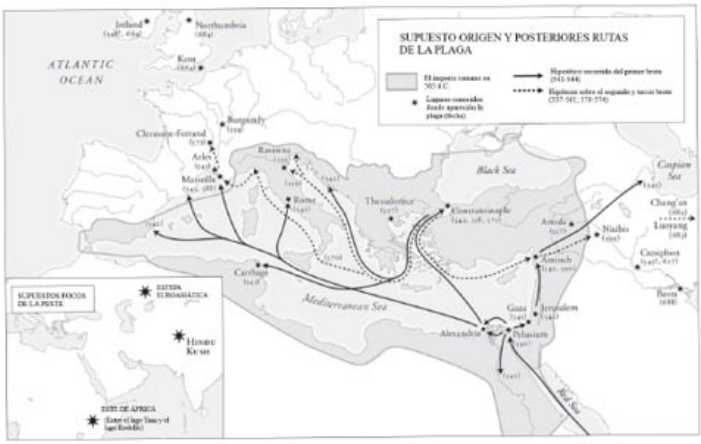
Estudios realizados en lugares tan alejados de Constantinopla como los países bálticos, documentan que en el periodo subsiguiente al 535 también suceden esos mismos problemas climáticos. En esos territorios hay un importante aumento de los enterramientos datables de este periodo y que parecen estar vinculados al hambre causado por los años seguidos de malas cosechas.

## La primera gran peste

> «Un barco del siglo VI que partiese de Alejandría con destino a Constantinopla, podría tocar tierra entre cuatro y seis días en alguna de las islas que compone la cadena de las Cícladas. A partir de ahí navegaría a través del estrecho formado por un promontorio al norte y la isla de Nísiros al sur a una bahía desde la cual se podría navegar a lo largo de la costa de Anatolia hasta llegar al mar de Mármara y la capital. En total el tiempo de navegación generalmente y sin incidencias sería de unos diez días, quizás dos semanas.
>
> Imagínese uno de esos barcos, levando anclas durante la primavera de 542. Durante sus dos semanas en el puerto de Alejandría, fleta un cargamento de grano junto con la impedimenta habitual del astillero: las ratas. Nadie les da la menor importancia. Las ratas, incluso las muertas, son tan familiares para los marineros como broncearse al sol. O las picaduras de las pulgas.
>
> Transcurrido un día fuera de Alejandría, un marinero se queja de dolor de cabeza, fiebre, dolor en las piernas y en la espalda. Al segundo día, dos más enferman y la primera víctima nota una dolorosa hinchazón en la ingle. Los afligidos marineros están confusos, su habla se arrastra como si estuvieran borrachos. Sus ojos crecen inyectados en sangre, y debajo de su piel, la sangre comienza a acumularse, causando negrura en los dedos de manos y pies. Al tercer día, más enfermos. Estos tienen alucinaciones, uno se tira por la borda, ya sea porque está delirando o simplemente para detener la alta temperatura. Nadie lo sabe, porque su lengua está tan hinchada antes de su suicidio que no se le puede entender. Al cuarto día, solo queda un marinero con vida. Embarranca su barco en una playa en las costas de Halicarnaso y huye del barco maldito, gritando … pero no muy fuerte pues ya ha comenzado a toser sangre. Consigue llegar hasta el pueblo más cercano antes de morir. Ahora, multiplique este viaje por cien o por quinientos barcos. Por mil puertos. Diez mil carretas.
>
> El demonio estaba suelto»
>
> (traducido por el autor del libro de W. Rosen. Justinian`s Flea, p. 163).

En el año 541 la peste apareció en Pelusio, una ciudad de tiempos de los faraones situada en el extremo noroccidental del delta del Nilo en un cruce de caminos hacia Asia, un puerto comercial de primer orden en el Egipto romano y bizantino pues a sus muelles llegaban todos los productos del océano Índico y de la lejana India. Procopio de Cesarea, que será el primero que recoja la noticia, nos cuenta cómo desde Pelusio la pestilencia se dividió en dos direcciones, hacia Alejandría y el resto de Egipto y por tierra hacia Palestina y desde allí, en sus propias palabras, «*se extendió por todo el mundo siempre avanzando y viajando en los momentos favorables para ella*». Partiendo de Pelusio la peste se extendió por todo el imperio con una velocidad inusitada en esas dos direcciones: norte de África y Palestina. A lo largo del año se documenta ya en Gaza, en el Néguev y Alejandría, poco después alcanzó Jerusalén. Asia Menor fue asolada a lo largo del año siguiente diezmando Media y toda Persia. En la primavera de ese 542 Procopio nos informa de que la peste

había llegado a las puertas de Constantinopla. A finales de ese mismo año, hace acto de presencia en Sicilia.




Supuesto origen de la plaga y sus rutas. Traducido por el autor de W. Rosen, p. 220.

La peste parecía avanzar a dos velocidades, muy rápido por mar, mucho más lento por tierra, pero a la postre acabó alcanzando todas las tierras que conformaban el imperio. Los cronistas nos hablan del terror que provocaba la vista de un buque en el mar, una tumba flotante para sus atribulados marineros y la llamada de la muerte si el barco tocaba tierra. Quizás se preguntasen qué había pasado en el barco, quizás no, pero de lo que no tenían dudas es de que se trataba de un presagio muy negativo.

Una publicación reciente ha analizado los restos de un cementerio alemán en la localidad de Ascheim. (distrito de Munich, Baviera). Se trata de 438 cuerpos inhumados entre los años 500 y 700, la época de la peste, que han dado resultados sorprendentes. Los estudios realizados de ADN han concluido que algunos están infectados con *Yersinia Pestis*. Es decir, con el mismo brote que asoló el imperio bizantino. Su difusión fue espectacular y nunca vista.

¿En qué consistía esta nueva pestilencia? Nuestro autor de cabecera nuevamente es una de nuestras fuentes principales de información y relata con cierta prolijidad lo sucedido. Procopio en su *Guerra Persa* nos describe los síntomas en diversas fases: «*Repentinamente les daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba caliente, como cuando ataca la fiebre, ni tampoco se producía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue desde que comenzaba hasta el atardecer que ni a los propios enfermos ni al médico al tocarlos les daba la impresión de que hubiera ningún peligro. Y, en efecto, ninguno de los que habían contraído el mal creyó que fuera a morir de eso. Pero a unos en el mismo día, a otros al siguiente y a otros no mucho después, le salía un tumor inguinal, no solo en esa parte del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle, sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja y en diversos puntos del muslo*» (*Guerra Persa* II, 22, 15-17). Resumiendo, una repentina fiebre que más que una fiebre parece poco más que una molestia, tras unos días aparecía un tumor inguinal en la ingle y axila y a algunos enfermos también en la oreja y muslo.

Tras estos primeros síntomas la enfermedad se acelera repentinamente, algunos entraban en un coma profundo mientras que otros sufrían una especie de delirio agudo con mucho sufrimiento que les llevaba cerca de la locura «*y a los que no entraban en coma ni sufrían aquel delirio, ¡se les gangrenaba el tumor inguinal y morían por no poder ya resistir los dolores!*».

Los médicos poco podían hacer pues los remedios que aplicaban a unos y funcionaban, resultaban contraproducentes para otros. El desamparo y el desconocimiento de esta enfermedad se nos muestra, a tenor de los textos contemporáneos, como total.

Todos estos síntomas coinciden con aquellos que se describirán durante la llamada Peste Negra. Es por ello que junto con el nombre de Plaga de Justiniano se conoce a esta peste como Primera Gran Peste, mientras que a la peste del siglo XIV también se la denominará como la Segunda Gran Peste, o por su nombre más conocido, la Peste Negra, debido a las marcas que ya Procopio señala como una de las últimas fases antes de la muerte: «*A algunos el cuerpo se les cubría de pústulas negras tan grandes como una lenteja y no sobrevivían ni un solo día, sino que todos morían enseguida*».

La peste se propagó socialmente de abajo a arriba, empezando por los vagabundos, aquellos que dormían y vivían en la calle, pero poco a poco se fue extendiendo por otras clases sociales alcanzando con toda su virulencia a todas ellas, incluso al propio emperador. Justiniano, la persona más importante de Bizancio, acabó contrayendo la peste. Por suerte, no todos los enfermos morían, había pacientes que sobrevivían si durante la fase más extrema de la enfermedad los bubones expulsaban la pus que contenía el paciente. En total se calcula que un quinto de los enfermos sobrevivió, y Justiniano estaba entre ellos.

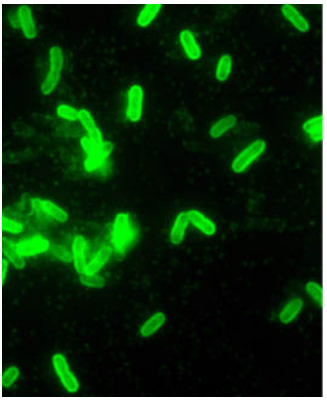


Imagen microscópica de la bacteria *Yersinia Pestis.*

Hoy en día tenemos suficientes conocimientos como para saber lo que les sucedía y que los médicos de la época desconocían. Se trataba de la peste bubónica provocada por el bacilo *Yersinia pestis,* presente en un actor, aparentemente secundario, en el que nadie había reparado pero que es la verdadera clave de este drama: las ratas.

Una epidemia como esta es una reacción en cadena en la que intervienen al menos cinco elementos esenciales: el bacilo, el huésped original, el huésped de transmisión o amplificación (la rata negra)y la pulga, vector artrópodo que se alimenta de la rata ingiriendo el bacilo transmitiendo la enfermedad en cada picadura. Las ratas, al morir por la peste, fuerzan a las pulgas a buscar nuevos huéspedes. El quinto elemento es el ser humano, uno de esos potenciales huéspedes para las pulgas.

Todos los estudiosos de estas pestes llegan a la conclusión de que hay una conexión clara entre el clima y las ratas, pero no es ni tan simple de explicar ni tan lineal. Lo que podemos intuir es que el clima en algunas zonas del planeta propició el crecimiento demográfico de los roedores y que, posteriormente, un cambio climático las forzó a salir de sus zonas habituales buscando áreas más adecuadas para ellas. Algo parecido podemos decir de las pulgas que necesitan una horquilla concreta de temperatura para aparearse, no pudiendo hacerlo en las temperaturas extremas de frío y calor. Es por ello que esos veranos templados de la década de 530 serían uno de esos momentos perfectos para la pulga portadora de la muerte.

## Teorías sobre el origen de la peste bubónica

Otro gran problema es la cuestión del origen de esta plaga, pues al no disponer de ningún tipo de evidencia histórica será muy difícil establecer una fuente única. Hoy en día se cree que existen diversas localizaciones desde las cuales haya podido saltar a la cuenca mediterránea. Por un lado, hay investigadores que defienden la tesis de una procedencia desde la estepa euroasiática. Otro grupo teoriza sobre un origen indio en las estribaciones del Himalaya, y hay una tercera teoría que defiende un origen africano.

La teoría esteparia es una de las más antiguas. A través de las rutas caravaneras que surcaban la estepa, como la Ruta de la Seda, circulaban mercancías e ideas, así como personas o pueblos como los hunos, que permitían la comunicación fluida y constante entre oriente y occidente. Por ello, tradicionalmente, se ha considerado la posibilidad más sólida. Con todo, no todos los autores la consideran viable pues, a su entender, no hay evidencia de peste bubónica en esa región antes de finales del siglo VI como muy temprano. Ahora bien, aquellos que han trabajado en el anteriormente mencionado cementerio de Ascheim han comparado sus resultados con los de los autores que lanzaron la teoría del origen chino y sus conclusiones son las mismas, redundándose en el origen asiático de la bacteria, o al menos de la bacteria que ellos documentan, que podría no ser la misma que causó la Peste de Justiniano del 541.

Las mismas explicaciones que hemos señalado para la hipótesis esteparia podemos remarcarlas para el origen indio de la pestilencia. A través del mar Rojo y del estrecho de Ormuz, el Mediterráneo se comunicaba con el Índico y con el subcontinente indio desde tiempos de los faraones. El mundo bizantino va a seguir esa tradición comercial marítima por lo que las comunicaciones entre India y el mar Rojo van a continuar siendo fluidas y continuas. Nuevamente, al igual que en el caso anterior, hay autores que también niegan el origen indio, aunque de forma menos categórica que en el caso anterior pues defienden que las comunicaciones entre la India y China fueron mucho más fluidas que con occidente, que serían prácticamente anecdóticas, por ello, parecería más lógico que la peste se propagase primeramente en las regiones de contacto más estrecho como China o el imperio persa que en occidente. Nuevamente podemos señalar el cementerio alemán de Ascheim como prueba de que no podemos desdeñar el origen chino, ya sea terrestre, el más plausible, o marítimo a través de la India cuyo puerto de entrada al Mediterráneo es, curiosamente, Pelusio.

El imperio de Justiniano. En este mapa podemos ver la ubicación de Pelusium y su importancia geográfica. Wickimedia Commons.

Por último, el origen africano. El historiador bizantino Evragio en su *Historia Eclesiastica* afirma que la plaga se originó en Etiopía, tal y como reafirman las fuentes árabes que reiteran que tanto Etiopía y Sudán eran lugares donde la plaga resultaba omnipresente. Esta opción es la preferida por múltiples investigadores apoyándose no solo en la opinión de Evragio, sino que a inicios del siglo VI Etiopía había iniciado un proceso de acercamiento geopolítico al Imperio bizantino, acrecentándose todo tipo de relaciones e intercambio ante una inminente guerra contra los persas, que tenían en el sur de la península arábiga una tierra enemiga frente a las costas etíopes.

Etiopía, por su localización, tendría fluidos contactos con el interior africano desde donde, sin explicarse el motivo o las razones, la bacteria llegaría a territorio etíope y de allí al delta del Nilo. Con todo, pese a que a muchos les parece más plausible el origen africano y ante la falta de pruebas aclaratorias, nadie se atreve a aseverarlo.

## Mortalidad

La tasa de mortalidad de la peste es desconocida. Si nos atenemos a los contemporáneos fue absolutamente devastadora, pues para el caso de Constantinopla se habla de que al principio morían cinco mil personas al día, llegando a alcanzar y superar los diez mil muertos, aunque alguno habla de dieciséis mil ¡solo en Constantinopla! De tal forma que ya los servicios públicos colapsaron y no daban abasto para atender las necesidades de todos los pacientes. La situación llegó a ser tan crítica que algunos enfermos morían absolutamente abandonados sin nadie que les atendiese o confortase.

El caos provocado por la peste hizo que al colapsar los servicios públicos todo el sistema de suministro, logística y comercialización de alimentos desapareciese, por lo que el hambre comenzó a aparecer dándose casos de hambrunas y de enfermos muertos por inanición. «*Los que carecían de estos cuidados seguidamente morían por falta de alimentación*».

Por la falta de mano de obra, y por el miedo a la pandemia, las cosechas se podría en el campo, nadie las recogía. Sin embargo, debido al siempre creciente número de fallecidos, se produjo la paradoja que de repente había suficiente comida para la población en los silos. Los silos, por ser depósitos de grano, eran también los nidos predilectos para las ratas, que infectaban a los humanos, creándose un círculo infernal. Gracias a ese exceso, ficticio, de grano, su preció cayó en picado, mientras que los salarios aumentaron por la falta de suficientes profesionales en algunos oficios que atendiesen a las necesidades del imperio. Un decreto de Justiniano del 544 se hace eco de esta situación: «*los que se dedican a negociaciones y a artificios, y los artífices de diverso género, los agricultores y también los marineros, cuando más bien deberían mejorarse, se han entregado a la avaricia, y exigen contra la antigua costumbres dobles y triples precios y retribuciones*» (Novella 122).

En general, el sistema comenzó a fallar. Justiniano tuvo que adoptar una serie de reformas radicales en los sectores financieros que permitiesen al imperio sobrevivir, pues era un momento crítico, el imperio se encontraba al mismo tiempo inmerso en una doble guerra, en dos frentes muy alejados uno del otro: contra los ostrogodos en Italia y contra los persas en Oriente Medio, con una frontera al norte siempre presionada en el entorno del Danubio y unas posesiones en Hispania muy alejadas de Constantinopla que tanto costaban mantener. Entre las reformas destacan la devaluación de la moneda o la no condonación de los atrasos en el pago de impuestos en los años posteriores a la catástrofe. El imperio necesitaba dinero contante y sonante para mantener a su ejército y a toda la superestructura que lo conformaba, había que recaudar mucho y rápido de una población ya bastante castigada impositivamente antes de que todo se viniese abajo. Procopio habla incluso de rapacidad fiscal.

En cuanto a las muertes, Juan Escolástico calculó una cifra de entre 250.000 a 300.000 muertos en la capital sobre una población que rondaría el medio millón de habitantes. Es decir, cifras superiores al 50 % de los residentes en Constantinopla morirían en un periodo de corto de tiempo. El número de fallecidos fue tan alto que los funerales tradicionales se dejaron de realizar por la cantidad de cuerpos y se buscaron fórmulas más rápidas para deshacerse de los cuerpos; para ello Justiniano encargó a su ayudante personal, un tal Teodoro, que realizara esta tarea. Rápidamente se abrieron fosas en los campos que rodeaban la ciudad y rápidamente se llenaron de muertos, tantos que «*se amontonaban como el heno aplastándose unos cuerpos sobre otros*».

«¿Qué más se puede decir? En esos pozos en los que la gente fue arrojada y pisoteada, mientras que unos hombres estaban abajo [de los pozos], profundos como un abismo, otros estaban arriba: los últimos (los cadáveres) arrastrados y arrojados como piedras arrojadas desde una honda, y los primeros agarrados y tirados unos encima de otros disponiéndose en filas en direcciones alternativas. Debido a la escasez (de espacio) tanto hombres como mujeres fueron pisoteados, los jóvenes y los niños fueron presionados juntos, pisoteados y pisoteados como uvas estropeadas. Entonces de nuevo desde arriba (otros cadáveres) fueron arrojados hacia abajo y descendió y se partió en pedazos, hombres y mujeres nobles, ancianos y mujeres, jóvenes y vírgenes, niñas y bebés» (Juan de Éfeso).

## Rebrotes

Gracias al documento mencionado anteriormente sobre la avaricia de artesanos, agricultores y marineros disponemos sin ninguna duda de una fecha concreta, en este caso el 23 de marzo del 544, a partir de la cual ya se habla de la peste en pasado, como terminada: «*hemos sabido, que, después del castigo dado conforme a la clemencia del señor Dios … Dada en Constantinopla a 2 de las Calendas de Abril, en el año décimo quinto del imperio del señor Justiniano, Augusto perpetuo, y el consulado de Belisario*». El imperio parecía a salvo, habían sido tres años muy duros que no solo habían provocado una altísima mortalidad, si no también una serie de problemas económicos y sociales de tal calibre que tardarían aún muchos años en solucionarse, pero bueno, como dice el propio Justiniano, era cosa del pasado y ahora tocaba reconstruir.

El Ródano fue fundamental para el avance de todas las epidemias desde la costa mediterránea al interior de Francia. En la foto, el Ródano a su paso por Lyon.

No va a ser así y quince años después entre febrero y julio de 558 un nuevo brote afectará, como dice Teófanes el Confesor, principalmente a los jóvenes durante los cuatro/cinco meses que duró. Este segundo brote nos es muy desconocido pues las noticias que tenemos son muy escasas, no sabemos nada de su incidencia, mortalidad o incluso de su extensión. En este sentido es posible que esté relacionado con una gran plaga que se documentó en Cilicia, donde se menciona exclusivamente la ciudad de Anazarbos (Anavarza, actualmente en ruinas junto a la localidad de Dilekkaya, distrito de Kozan, provincia de Adana, Turquía), y en Antioquía (distrito del mismo nombre, provincia de Hatay, Turquía).

Habrá rebrotes posteriores aún más desconocidos, más localistas y que apenas parecen merecer poco más que un apunte en las crónicas referentes a la época. Si observamos el mapa de la difusión de la peste, podemos ver las localidades documentadas y afectadas por la peste durante los siglos VI y VII, observándose un claro patrón ya conocido: la pandemia se transmite principalmente a través de las vías de comunicación, sobre todo fluviales.

Roma, Cartago, Marsella, Tesalónica, todas las principales ciudades mediterráneas acaban afectadas, posteriormente acaba entrando hacia el interior por los caminos que se internan en Persia hasta China o por las vías fluviales de la Galia alcanzando hasta las islas británicas. En Irlanda se documenta un primer brote en el

siglo VI simplemente desconocido. No será hasta la década de 660 cuando en las islas la peste llegue con fuerza.

Hablando de occidente, la peste se documenta por primera vez en la Galia merovingia en 544, al tiempo que Justiniano nos hablaba del fin de la pandemia en Constantinopla. Gregorio de Tours nos comenta, muy brevemente, que la peste apareció «*sobre todo en la provincia de Arlés*», ciudad que fue muy castigada por la plaga. Remontando el Ródano 30 años más tarde vuelve a documentarse la peste en Clermont Ferrand. ¿Es el mismo brote?, parece imposible que, habida cuenta de la rápida expansión del primer brote, ahora tardase treinta años en avanzar unos cientos de kilómetros. Entonces… ¿un brote diferente? Como dijimos, es muy difícil de saber ante la falta de información.

Detalle del retablo de San Miguel arcángel. Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, Ventosa de la Cuesta, Valladolid.

De los brotes posteriores que azotaron occidente, uno de los que tenemos más noticias es el que afectó a Roma a finales del siglo VI. La ciudad había sufrido la peste de forma cíclica al menos desde el 543. Roma ya no era la ciudad que era en los tiempos en los que fue la capital de un extenso imperio, pero seguía siendo una urbe en la que habitaba mucha gente, aunque ahora la organización administrativa ya no era la misma que en los tiempos precedentes y la ciudad se había convertido en parte de un ducado dependiente del exarca (gobernador bizantino) de Ravena. Pero se trataba de un control político dudoso y discontinuo que dejó paso al papado como único poder efectivo en la ciudad y, a la postre, el encargado de lidiar con todos los asuntos públicos. Como decimos, en 589-590 sufrió un severo rebrote de la peste bubónica que incluso llegó a acabar con la vida del papa Pelagio II (papa desde 579). Su sucesor Gregorio I, San Gregorio Magno, (papa desde 590 a 604) tomó una primera medida para atajar la peste cuanto menos «diferente»:

> «Ordenó que se ofreciera una letanía a siete voces, pero mientras estaban implorando a Dios, ochenta de ellos en el espacio de una hora cayeron repentinamente a la tierra y entregaron su espíritu. La letanía séptuple fue llamada así porque toda la gente de la ciudad fue dividida por el bendito Gregorio en siete partes para interceder ante el Señor. De hecho, en la primera parte se encontraba todo el clero; en la segunda, todos los abades con sus monjes; en la tercera, todas las abadesas con sus monjas; en la cuarta, todos los niños; en la quinta, todos los hombres laicos; en la sexta, todas las viudas; en la séptima, todas las mujeres casadas».
>
> (Pablo el Diácono. Historia de los Lombardos. Libro III, XXIV).

Una leyenda posterior recogida en la Leyenda Áurea del dominico Jacobo de la Vorágine describe la tercera aparición de San Miguel en la Tierra como salvador de la ciudad de la peste. «El papa Gregorio al finalizar las letanías y mientras rezaba vio sobre el Mausoleo de Adriano [ya convertido en castillo] al arcángel blandiendo su espada, y tras limpiarla ensangrentada, la introducía en la vaina y que por este gesto entendió que la peste había terminado. Así en efecto ocurrió (…)». Es por ello que el Mausoleo de Adriano es conocido desde entonces como el castillo del Santo Ángel o Sant'Angelo en italiano.

Es obvio que la respuesta ante la pandemia no fue exclusivamente escatológica. Sin lugar a duda los médicos de la época intentarían atajar el problema de la forma más científica posible, basándose en sus conocimientos de carácter hipocrático. Sin embargo, este pasaje nos introduce un detalle que hasta ahora no hemos tratado. ¿Por qué ha aparecido la peste? La respuesta será la misma que desde tiempos ancestrales: la divinidad enfadada con la Humanidad, la ira de Dios que solo la Iglesia sabe interpretar en sus signos y responder de forma adecuada para calmarla. Ese Dios colérico con el ser humano, que lanza la mortal pestilencia como castigo de sus pecados y para recordar su poder. Por ello, rogativas, letanías y procesiones van a ser vista como un remedio básico y fundamental. La comunidad solo se salvará si obedece al Señor, si obedece a su Iglesia.

Esta será la respuesta occidental, los cronistas prefieren destacar las soluciones escatológicas antes que los intentos médicos de curar a sus pacientes. En esto hay una gran diferencia respecto a sus contemporáneos bizantinos, quienes describen de forma clara la enfermedad y la visión de los profesionales de la medicina. Con el paso de los siglos la ciencia médica quedará casi arrinconada y sin casi ninguna nueva aportación salvo aquellas que provengan del mundo islámico. Serán las respuestas de tipo teológico las más habituales. Así, cuando llegue el siglo XIV, el siglo de la Peste Negra, serán este tipo de respuestas las más comunes.

## ¿Y si no fue tan grave?

La existencia de la peste está probada, nadie duda de ella, del estudio de las fuentes escritas disponibles podemos deducir que murió en este periodo de un siglo y medio casi el 40 % de la población. Ahora bien, en esta estadística habría que incluir a los muertos por cualquier otra causa (causas naturales, accidentes, guerras, etc.) lo que modificaría ostensiblemente las cifras.

Sin embargo, en los últimos años ha surgido una corriente que pone en tela de juicio la incidencia mortal de la enfermedad. Basan su premisa en un axioma simple, «tales afirmaciones extraordinarias [se refieren a la alta mortalidad] exigen pruebas extraordinarias». Así, tras el estudio de la múltiple documentación y de otras ciencias como la epigrafía, la arqueología o la numismática llegan a la conclusión de que, si bien sí pudo haber algunas partes concretas del imperio donde la mortalidad sí pudo alcanzar altas cifras –como Constantinopla durante el primer brote–, esta situación fue la excepción no la regla, por lo que no aceptan como válida la tesis general de un declive demográfico en la cuenca mediterránea y por tanto niegan las consecuencias derivadas, como la crisis económica y social que provocarían el fin del mundo antiguo. Tan solo –siguen diciendo– los microestudios en múltiples partes podrían ayudar a solucionar este problema.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Podemos compilar todo aquello que hemos tratado en este capítulo en una serie de

puntos que posteriormente vamos a ver casi idénticos cuando hablemos de la peste de 1348.

En primer lugar, las grandes pestes que hemos mencionado provienen del exterior, son exógenas a la población mediterránea. La falta de anticuerpos ante estas enfermedades hace que la sociedad se vea muy expuesta ante este tipo de epidemias a las que nunca se han enfrentado.

En segundo lugar, podemos decir que su difusión es exponencial siendo la rata y el propio ser humano quienes transportan la enfermedad de un lugar a otro, es decir, la libre movilidad de personas entre las diversas regiones supone un peligro de contagio.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta los ámbitos de difusión que son esencialmente urbanos donde el hacinamiento y la falta de higiene son más evidentes. Las zonas rurales también resultarán afectadas pero, quizás sea por falta de información concreta, en una menor cuantía.

En cuarto lugar, las respuestas. Mientras que en el Imperio bizantino aún la ciencia médica se muestra como una continuación del periodo grecorromano, en la Europa occidental, comienzan a asentarse las soluciones escatológicas ante la peste, entendida como la ira de Dios.

Por último y no menos importante, la crisis alimentaria. Ante tal situación de una peste desbocada, los productos agrícolas no llegan a los mercados, ya sea por la mortalidad u otros motivos, y se producen hambrunas que debilitan a la población y, por tanto, las hacen más proclives a enfermedades. Así visto, la peste y la hambruna siempre van de la mano.

# 2

# La medicina medieval

## La «oscura» Edad Media

Tradicionalmente se ha considerado la Edad Media como una época de retroceso, un tiempo en el que los grandes logros alcanzados por griegos y romanos se pierden de forma completa para solo ser recuperados a lo largo del siglo XV y de forma definitiva en el siglo XVI durante el Renacimiento. Según esta interpretación, la cultura y el conocimiento se retrotraería tanto al punto de prácticamente desaparecer y quedar relegada únicamente encerrada en los monasterios. Estos cenobios serían al tiempo la salvación y el cerrojo de dicha cultura, pues gracias a ellos se salvó gran parte del conocimiento del pasado, pero sin poder ser divulgado salvo aquel que resultaba interesante para la religión cristiana. Pero esta interpretación adolece de muchos problemas por su simplismo tanto temporal como espacial, la Edad Media es un periodo histórico que abarca mil años de la historia de Europa, una historia continuamente cambiante y en evolución por lo que el individuo del siglo VI-VII nada tenía que ver con su coetáneo de los siglos XIII o XIV. Del mismo modo esa supuesta pérdida del conocimiento del pasado no tiene la misma incidencia en tierras alemanas, donde nunca llegó la cultura grecorromana, o en el sur de Italia que nunca la olvidó.

Dentro de este contexto histórico controvertido, la medicina medieval ha sido descrita tanto como una aberración por su vuelta a una práctica basada en tradiciones orales, ritos mágicos y remedios «de la abuela» o bien como un nuevo capítulo en la evolución de la profesión médica. Actualmente se tiende a interpretar esta segunda opción como la correcta y la investigación sobre la medicina medieval se ha vuelto mucho más rica y con más matices en muchos campos, como en el caso de su relación con la religión, la figura del médico o la persistencia de la tradición hipocrática.

Con todo, la medicina, al igual que cualquier otra rama del saber, se encontraba por debajo y subordinada a la Teología, el estudio más importante para el erudito medieval sólo adecuado para unos pocos en muy pocos lugares. Si la Teología

explicaba todo, incluidas las enfermedades y la curación, ¿cómo justificaba la enfermedad? Para los teólogos, las dolencias eran consecuencia inexorable del pecado, es decir, un castigo, pero también podía ser una prueba de Fe, una oportunidad dolorosa de reafirmarse como miembro de la comunidad cristiana. Aunque pudiera parecer lo contrario, ambas posibilidades no son incompatibles. Lo mismo sucedía con otras muchas creencias, había una débil frontera entre el misticismo y la herejía, entre el Bien y el Mal. En realidad, todo dependía del punto de vista.

Grabado medieval de un médico tratando a un paciente.

La enfermedad puede ser curada, sanando tanto el pecado como el cuerpo. Ahora bien, ambos elementos nunca estaban a la par ni tenían la misma consideración. La enfermedad del pecado solo puede ser curada a través de la práctica religiosa y de ninguna otra forma. Gracias a esta curación, reservada exclusivamente al mundo eclesiástico, el hombre podía alcanzar la Salvación y la Vida Eterna. Por otro lado, la curación del cuerpo gracias a la práctica médica, tan solo conseguía alargar su vida un tiempo más, pero al final siempre tenía que enfrentarse al hecho de la muerte.

Los teólogos dividieron la medicina en dos partes: medicina religiosa, preocupada por las «cosas celestiales» y la medicina humana, dedicada a las «cosas terrenales». La medicina humana se basó en métodos empíricos tales como manejo dietético, medicamentos, sangrado y operaciones quirúrgicas simples. En cambio, la medicina religiosa, aquella que restauraba el alma y perdonaba el pecado, implicaba oraciones, penitencias, exorcismos, reliquias, amuletos y encantamientos. Las dos partes de la medicina diferían en origen y eficacia: la experiencia había enseñado a los médicos sobre el poder de hierbas, pero Cristo, «el autor de la medicina celestial», podría curar a los enfermos solo por su palabra e incluso resucitar a los muertos de la tumba como en el caso de Lázaro. Así, la Iglesia, que actúa por Cristo, podía, presumiblemente, sanar sin medicina humana tal cual hizo Él.

Algunos de los primeros Padres de la Iglesia enseñaron que era un pecado tratar de curar enfermedades corporales con medicinas terrenales, pues el espíritu de Dios no se encontraba en cuerpos sanos. Como vemos se trata de una visión ciertamente radical que caló en la sociedad de su tiempo, pues al cristiano se le enseñaba a despreciar la carne y sus deseos inherentes; pero claro, el cuerpo albergaba el alma y esta era propiedad en exclusiva de Dios. El cuerpo por muy imperfecto que fuese se convertía inmediatamente en un templo, la vasija donde se conservaba el alma hasta el momento de su liberación por la muerte, debido a esta circunstancia, esa envoltura material debía ser conservada en las mejores condiciones posibles, pues como ellos bien sabían, un cuerpo en mal estado era proclive a sucumbir ante Satanás y poner en peligro el alma inmortal. Quizás por ello y por un humano sentimiento de

supervivencia, hay múltiples pruebas de que, pese a las enseñanzas de la Iglesia, los médicos siguieron trabajando, curando incluso al propio papa de Roma quien contaba con varios de ellos a su servicio personal. Ahora bien, todos los médicos se guardaron muy mucho de reconocer siempre el papel de lo escatológico en la curación, otorgando el máximo crédito a Dios, a los santos o a las reliquias por cualquier resultado positivo, convirtiéndose en unas simples marionetas en sus manos. Dios daba al médico la lucidez, conocimiento y templanza adecuada para tratar convenientemente al enfermo.

La curación de Tobías, Bernardo Strozzi. Museo del Hermitage. La leyenda cuenta que fue el arcángel San Rafael quien indicó a Tobías (quien hace de médico) el remedio adecuado para curar a su padre Tobit.

Pese a su labor, el médico no era un personaje bien considerado, no importaba si se trataba de alguien bien formado o de un simple charlatán. En los escritos medievales hay muchas quejas contra los médicos por su supuesto amor al dinero. Estos agravios se deben a que el médico cobraba a sus pacientes por sus servicios, algo mal visto socialmente pues la Iglesia no cobraba por la curación de los pecados o del alma, enfermedades que como hemos dicho, eran consideradas mucho más serias e importantes. Es más, a los médicos se les consideraba despreciativamente casi como unos mercenarios, y se les contraponía con los llamados santos anárgiros de los primeros tiempos del cristianismo, es decir, aquellos que habían practicado la medicina sin cobrar nada a los pacientes (anárgiros: los que no aceptaban plata –pago– por sus servicios).

Para que los médicos no abusasen con sus honorarios ante sus pacientes necesitados, se les llegó incluso a regular una tabla de precios para algunas intervenciones. «*Si algún físico tolliere la nube de los ojos* [cataratas], *deve aver cinco sueldos por su trabaio*» (*Fuero Juzgo*, XI, V).

## Pecado, enfermedad, vejez y muerte

La muerte tiene un origen y una explicación clara en el Pecado Original (Gen. 3, 21-24), o así lo establecieron los teólogos y los hombres del saber de la Edad Media. Una conexión que será ampliada en fechas tan tempranas como el siglo VI por los anacoretas del Jura (macizo en los Alpes) a la vejez y la enfermedad como taras que el hombre arrastra desde Adán y Eva.

Santo Tomás de Aquino reflexionará largamente sobre esta conexión, para el santo dominico: *«la muerte y los demás defectos corporales consecuentes son pena del pecado original. Y aunque estos defectos no tratara el primer padre de adquirirlos, los ha impuesto con razón la justicia divina».* En resumen, el ser humano es imperfecto, no solo en su interior en cuanto al pecado original en sí, sino también exteriormente, en lo referente a los defectos físicos, el envejecimiento y decrepitud del cuerpo y, claro

está, las enfermedades.

Imagen del Pecado Original. Biblia de Burgos.

Esta reflexión no es tan simplista como pudiera parecer, recordemos que la base de todo conocimiento está en la Biblia y es allí donde tenía que acudir cualquier hombre del saber medieval para buscar respuestas. Los estudios teológicos eran los más importantes en la época y la medicina le estaba supeditada, en realidad no pasaba más de ser la reacción (la cura) ante una acción (la enfermedad).

A finales de la Edad Media el humanista de Estrasburgo Sebastián Brant escribirá una obra de claro perfil satírico llamada *La nave de los necios* (1494), una obra alegórica en la que el autor azota las debilidades y vicios de su época. Pese a ser ya un humanista, un hombre del Renacimiento, aún sigue relacionando enfermedad y pecado tal cual lo hubiera hecho Santo Tomás de Aquino doscientos años atrás. «*La enfermedad surge a menudo de los pecados; el pecado trae muchas graves dolencias. Por ello, quien quiera salvarse de la enfermedad debe tener a Dios delante de los ojos, tratar de acercarse a la confesión antes de recibir la medicina, y de que sane el alma antes de que llegue el médico del cuerpo*».

Santo Tomas, San Agustín o el mencionado Sebastián Brant, todos ellos relacionan de forma directa el pecado con la enfermedad, con la vejez y la muerte. ¿Pero qué decir de las pestilencias? La peste, como término, no es más que un vocablo generalista que incluye una infinidad de enfermedades así denominadas, no es un agente interno del ser humano, sino externo, algo que viene y va, aparece mostrando todo su poder devastador y luego, de forma desconocida –al menos a los ojos del medievo– desaparece. A falta de una mejor explicación, la respuesta al origen de la peste siempre se buscará en las Sagradas Escrituras. Si Dios castigó al hombre en tiempos de Noé y a Sodoma y Gomorra por su iniquidad, lo mismo estaba haciendo en ese mismo momento, y la culpa ya no se puede atribuir a Adán y Eva, sino a la actitud pecaminosa concreta de una ciudad, una región o un reino. En resumidas cuentas, la peste se veía como la reacción de Dios, un castigo intencionado y premeditado, y solo la reconciliación con Dios, vía Iglesia, podía aplacar dicha ira. Así lo verá Giovanni Villani, cronista florentino que narrará la peste negra en su ciudad y de la que él mismo acabará siendo víctima: «*debemos creer y tener por cierto que Dios permite las mencionadas pestilencias y las restantes desdichas que caen sobre los pueblos, las ciudades y las regiones, como castigo de los pecados, y no solamente por el curso de los planetas y de las estrellas*».

William Langland/Pedro el Labriego representado en una vidriera de la iglesia de Santa María Virgen, en Cleobury Mortimer, condado de Shropshire.

Su contemporáneo Bocaccio en el prólogo de su celebérrimo Decamerón recoge exactamente el mismo pensamiento: «[la epidemia] *bien por la fuerza de los cuerpos astrales, o bien por nuestros inicuos actos, en virtud de la justa cólera de Dios, fue enviada a los mortales para corregirnos, después de haberse enseñoreado durante algunos años de las regiones orientales»*. Un pensamiento muy alejado de la fama de desinhibido y libidinoso con la que reconocemos a dicho autor florentino.

En otras latitudes, como en la Inglaterra posterior a la peste negra, William Langland escribirá Pedro el Labriego, un poema mezcla de alegorías y sátira social, una obra fundamental de la literatura medieval inglesa. Durante siete sueños/visiones de tipo, como dijimos, alegórico, el protagonista reflexionará sobre una serie de temas teológicos, incluidos los que nos ocupan, así llegará a decir: *«les hizo ver con toda claridad que su pecado era el único causante de la Peste y que la fortísima galerna que soplaba del sudoeste los sábados por la noche era, sin lugar a dudas, el juicio de Dios por la excesiva soberbia».*

## Santos y reliquias

Durante los primeros siglos del cristianismo los teólogos registraron muchos milagros en los que ciertas personas realizaban actos que no tenían –digamos– explicación humana racional, sino que eran sobrenaturales. Por ellos y por su piedad fueron considerados por la comunidad como personas excepcionales, un faro a seguir para alcanzar la Gracia Divina. Gracias a su intercesión, muchos enfermos han recuperado la salud a lo largo de los siglos según han ido registrando los teólogos, incluso cuando la medicina humana se mostró inútil. Es más, hoy en día se siguen produciendo estas curaciones inexplicables donde la intervención de los santos o directamente de la divinidad está presente. La diferencia con las que se produjeron en otros tiempos es que las actuales no son tan vehementes y han de ser probadas de una forma exhaustiva.

Dentro de la Iglesia Católica uno de los principales centros donde se produce este tipo de curación inexplicable es el santuario de Lourdes en Francia donde se han documentado más de siete mil personas sanadas. Lo curioso es que de esas personas, solo setenta son consideradas «milagro» por la propia Iglesia, un 1 %. Sin duda el número sorprende, no tanto por su cantidad sino porque simplemente exista, ¿setenta curaciones que con todo el conocimiento la medicina moderna no puede justificar? Todo ello teniendo en cuenta que para que tal reconocimiento se produzca se tienen que dar las siguientes condiciones:

- La enfermedad tiene que estar perfectamente diagnosticada por la medicina, no tiene que haber dudas sobre la misma.
- Se trata de casos graves, es decir, la enfermedad ha de ser grave –mortal o no– de por sí, no se admiten enfermedades con casos leves.
- La cura tiene que haberse producido de forma inesperada, sin mejoras previas que hiciesen intuir una mejora del paciente.
- En seguimiento de la condición anterior, la curación ha de ser instantánea, sorprendente y, por tanto, inesperada.
- La curación debe haber sido total, no temporal, el enfermo no ha de tener ninguna secuela.
- Si la curación ha sido total, ha sido lógicamente duradera, el paciente no va a tener ningún rebrote pasados los años.
- La última condición reside en comprobar que realmente la medicina tiene alguna explicación lógica, racional y científica a dicha curación o si, como se plantea, es una curación sin justificación.

Como decimos no hace falta ir a tiempos pasados para ver este tipo de curación por intermediación de estos personajes especiales. Incluso hoy en día se producen. Tomemos como ejemplo al papa Juan Pablo II actualmente santificado. Varios son los milagros de curación que se le atribuyen, pero uno de los más conocidos y, en este caso, usado para su beatificación fue la curación de Parkinson de la monja y enfermera Marie Simon Pierre. Esta sanación se produjo el 2 de junio de 2005 al poco de morir dicho papa. De un día para otro y tras rezar por la noche a Juan Pablo II para que le curara de su enfermedad, al día siguiente el Parkinson que tanto la atormentaba había desaparecido, y aunque los médicos sospecharon que tomaba algún tipo de medicamento que ellos no tenían registrado, recordemos que la monja trabajaba en un hospital por lo que hubiera sido plausible, al final tuvieron que rendirse a la evidencia de que no había explicación alguna y que, por tanto, se trataba de un milagro.

La monja Marie Simon Pierre junto a un retrato de Juan Pablo II.

Si esto sucede actualmente, podemos imaginarnos que en la Edad Media no se levantaban ni voces discordantes, ni existían tantos condicionantes para la creencia de tratarse de hechos milagrosos. Todo valía. Con todo, si aplicamos los mismos criterios actuales al pasado la mayor parte de esas curaciones no pasarían el filtro, pero sin duda, unas cuantas serían inexplicables tal y como sucede hoy en día.

Aunque cualquier santo puede facilitar la curación, los mártires San Cosme y San Damián se convertirán en los santos patrones de los médicos, cirujanos, farmacéuticos y veterinarios, encontrándose su basílica, consagrada en 527, en un lugar tan emblemático como el foro republicano de la ciudad de Roma. Este santuario llegó a ser tan importante que unos años más tarde Gregorio de Tours asegurará que todo

enfermo que allí acudía y rezaba con fe, partía curado. Pero si San Cosme y San Damián eran los santos «generalistas» para la medicina, otros santos se especializaron en enfermedades o partes del cuerpo concretas. En muchos casos, esta vinculación con la medicina se debe a motivos escatológicos, es decir, en este caso por la forma en que fueron martirizados. Tenemos por ejemplo el caso de Santa Apolonia, que se convirtió en la patrona de la odontología por haber sido golpeada en la boca con martillos, motivo por el que perdió buena parte de su dentadura y los restantes dientes le fueron arrancados como parte de la tortura de su martirio.- Así es representada portando en sus manos y junto a la palma del martirio, las típicas tenazas sacamuelas del odontólogo. Hay otros casos muy reconocidos como el de Santa Lucía patrona de la oftalmología, San Ramón Nonato patrón de las parturientas y las parteras debido a las circunstancias de su nacimiento o San Sebastián, invocado para curarse de la peste pues se atribuía que los lugares del cuerpo donde las flechas le alcanzaron durante su martirio son, casualmente, los puntos concretos donde suelen aparecer los bubones de la peste. Estos santos que hemos señalado no son los únicos. San Pantaleón, san Blas, san Lucas, santa Hermione, santa Filomena y santa Zelaida, y una quincena más de santos son invocados para enfermedades concretas. En la foto podemos ver a Santo Tirso de Apolonia martirizado en tiempos de emperador Decio siendo sentenciado a ser partido en dos con una sierra de carpintero.

Santo Tirso, patrón de las enfermedades de huesos. Iglesia de San Francisco, Villafranca del Bierzo (León).

**San Cosme y San Damián**

Cosme y Damián eran dos hermanos gemelos nacidos probablemente en la primera mitad del siglo III d. C. e hijos de padres cristianos. Ambos estudiaron medicina, ciencia en la que tuvieron gran reconocimiento tanto por sus conocimientos como por no cobrar por su trabajo a diferencia de los médicos del momento. Ello hizo que muchos pacientes se convirtiesen al cristianismo ante la bondad mostrada por los hermanos, pero al tiempo les puso en el punto de mira de aquellos que perseguían a los cristianos. Así, efectivamente, durante la persecución de Diocleciano ambos fueron capturados y martirizados hasta la muerte.

Su milagro más conocido y recogido en la Leyenda Dorada, nos cuenta como un diácono llamado Justiniano que trabajaba en la basílica de ambos santos en Roma, se encontraba al borde de la muerte debido a una grave isquemia en una de sus piernas. Como era común, dicho diácono rezó a ambos hermanos implorando su curación antes de

dormir. Esa noche y en un sueño se le aparecieron Cosme y Damián al lado de su cama portando su instrumental quirúrgico preparados para iniciar la cirugía. Amputaron la pierna enferma del diácono para aliviarle el dolor y la sustituyeron por la de un hombre recién muerto que, casualmente, era de raza negra por ser de origen africano.

Al despertar el diácono se sintió bien, con sus fuerzas recuperadas, y recordando el sueño se miró de forma casi instintiva la pierna enferma para comprobar que no solo estaba sana, sino que no era la suya pues el color de la piel era oscura (debido al origen del donante). Asombrado, Justiniano se acercó al cementerio donde, efectivamente, pudo comprobar que el día anterior había muerto un hombre de dicha raza al que le faltaba una pierna, aquella que tenía él.

Milagro de los Santos Cosme y Damián. Isidro de Villoldo. Museo Nacional de Escultura de Valladolid.

Volviendo a los milagros curativos, si la acción del santo era básica, no menos importante eran las reliquias, objetos pertenecientes a los santos o que al menos habían estado en contacto con ellos.

El culto a las reliquias en el cristianismo es tan antiguo como la propia religión. Aunque no sabemos cómo o cuándo comenzó, sin embargo, y de forma breve, se pueden categorizar por la importancia del santo al que pertenecían, por lo que las más importantes son aquellas que pertenecían al propio Cristo seguido de aquellas de la Virgen María, o los Apóstoles, así hasta el último de los santos. A partir del siglo IV y al tiempo que el cristianismo se oficializaba en el imperio, los restos de ciertos santos se convirtieron en objeto de culto público y abierto comenzándose una búsqueda intensiva para encontrar las mejores reliquias posibles. Recordemos a Santa Helena, madre cristiana de Constantino I quien inició una búsqueda exhaustiva de reliquias en Tierra Santa auspiciada por su hijo el emperador y que dio como resultado, entre otros éxitos, la localización de la Vera Cruz, la cruz del martirio de Cristo, en el monte Calvario en Jerusalén donde mandó construir un templo, la iglesia del Santo Sepulcro.

La veneración de las reliquias triunfó en todo el mundo cristiano y la acumulación de la mayor cantidad y mejores reliquias fue un objeto de disputa entre diversas localidades a lo largo de los siglos, pero su posesión iba mucho más allá de la espiritualidad. Había una parte práctica y monetaria. Si la reliquia del santo que se veneraba resultaba ser milagrosa y obraba curaciones imposibles, más factible sería que gentes de diversos lugares acudieran donde se guardaba y exponía para pedir su milagro, ello suponía dávidas y prebendas para el santuario, así como mucho dinero que dichos peregrinos dejaban en los entornos para su manutención mientras durase

la visita. Es por ello que la reliquia se convirtió en objeto de deseo y donde no había reliquia verdadera, había reliquia inventada o absurda. Como ejemplo y volviendo a San Cosme y San Damián, hay hasta tres pares de calaveras que se dice que son suyas, dos en Madrid, en el convento de las Descalzas Reales, otras dos en la cripta de la iglesia jesuítica de San Miguel en Munich (Alemania) y las dos restantes en la catedral de San Esteban de Viena (Austria).

En fin, era evidente que tanta reliquia llamaba mucho la atención de todos, y que como en el caso referido era del todo imposible el hecho de que los dos santos tuviesen tres cabezas cada uno de ellos, es por ello evidente que algunas de ellas -o todas- son falsas, por lo que su efecto como objeto de intercesión quedaba anulado. Por ello, ante la demanda continua de reliquias y ante la imposibilidad de seguir ofreciendo reliquias «verdaderas», se optó por crear lo que podemos llamar reliquias *de contacto*, es decir, objetos que simplemente habían estado en contacto con Cristo, la Virgen o los santos. Gracias a esta nueva tipología, aparecen una ingente cantidad de reliquias que llegan hasta números absurdos e imposibles, como, por ejemplo, los clavos con los que fue crucificado Cristo (los Santos Clavos) que se conservan en más de una decena de lugares o las treinta monedas de plata con las cuales se pagó a Judas por traicionar a su maestro. Si sumásemos todas las monedas que se atribuyen a Judas, harían un total de cuatrocientas sesenta unidades.

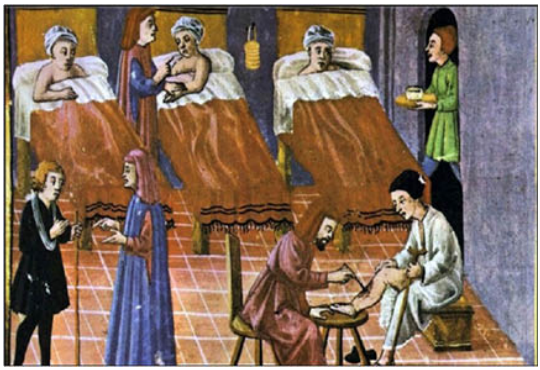
Una de las reliquias más curiosas es la que vemos en la foto, la cabeza de San Juan Bautista que es venerada en cuatro lugares distintos, en la catedral de Amiens (Francia) que es la que aparece en la foto, en la basílica de San Silvestre I en Roma, en el Residenz Museum de Munich y en la Mezquita de los Omeyas, Damasco.

Múltiples santos y aún más reliquias, todo un negocio para quien sabía hacer pasar huesos falsos, incluso de pollo, por reliquias verdaderas. Todos los conventos tenían un armario donde recogían estos pedacitos de hueso atribuidos a todos esos santos. Sin embargo y pese a su veneración, las reliquias no siempre concedían al creyente el milagro de la curación. Al final, por descarte, pocos son los santos y pocas las reliquias a las que el creyente acudía en busca de su sanación y básicamente, salvo casos excepcionales, ninguna ha sobrevivido al paso del tiempo.

## Los hospitales medievales

La Iglesia asumió el cuidado del enfermo como parte de su misión de atención a los más débiles. FEn estos tiempos, los médicos laicos apenas realizaban preparados farmacológicos que, en el mejor de los casos, eran a base de hierbas. También realizaban pequeñas operaciones sin contar ni con material quirúrgico adecuado, ni con la esterilización mínima, ni un lugar adecuado para poder hacer el seguimiento médico a los enfermos. Los monasterios se convirtieron en los primeros hospitales hasta que poco a poco fueron surgiendo instalaciones hospitalarias fuera de los recintos eclesiásticos, tanto en ciudades como en zonas rurales, como por ejemplo en las principales vías de peregrinación como el Camino de Santiago. Aunque el concepto de hospital o casa de reposo/curación era bien conocido desde tiempos de

los griegos, el mundo musulmán contemporáneo contaba con una importante red de ellos, en el occidente cristiano no eran tan habituales o tenemos mínimas referencia de su existencia hasta el siglo IX-X. Su difusión por Europa occidental comenzará a partir del siglo XI al calor de las Cruzadas, como por ejemplo tras la aparición de la Orden del Hospital encargada precisamente de albergar, dar cobijo, ayuda médica y proporcionar descanso a los peregrinos. Las principales vías de peregrinación, como el anteriormente mencionado Camino de Santiago, también fueron fundamentales.



Curas en un hospital medieval.

Con todo, pese a que hablamos de hospitales no debemos hacer ninguna comparativa con los hospitales modernos. Como mucho podemos decir que se trataba de lugares donde los pacientes (enfermos, peregrinos y los llamados «menesterosos») se hacinaban al punto de amontonarse varios de ellos en una sola cama, sin discernir el tipo o la gravedad de la enfermedad que tenían, no siendo extraño que incluso se despertasen al lado de un compañero que había fallecido durante la noche. Algunos de estos hospitales apenas pasaban de una simple choza sin ningún tipo de higiene, donde la enfermedad y el contagio estaba a la orden del día, pero en todos ellos el paciente recibía una cierta atención, podía descansar y podían recibir unas pocas curas que no pasaban en muchos de los casos de una atención primaria. Además de esas curas y cama donde descansar, los que ingresaban podían contar con una comida caliente. Todo ello apoyado en el concepto de caridad cristiana y beneficencia.

De estos edificios dos van a ser los espejos en los que se van a mirar la mayor parte de ellos: el hospital de Santo Spirito in Sassia de Roma, mandado construir por el papa Inocencio III en 1204, y el llamado Hotel Dieu de Paris. Ya en el siglo XIII, este hospital parisino contaba con hasta cuatro salas para los pacientes. En ellas, los pacientes se ubicaban dependiendo del grado de afección de su enfermedad en vez de mezclados. Había otra sala para los convalecientes y una sexta sala que se utilizaba como maternidad. Las camas, a diferencia de lo que sucedía en otras instituciones, solo eran ocupadas por dos pacientes que se encontraban en el mismo estadio, evitándose o minimizándose la desagradable sorpresa de encontrarse con un compañero de cama muerto por la mañana. Otra característica de este centro modélico era que las habitaciones se calentaban y aunque la ventilación era escasa y las infecciones perennes, por lo menos los ingresados tenían un cierto confort.

El paso de los siglos hizo que estos primitivos edificios fuesen mejorados y tuviesen cada vez instalaciones más adecuadas, aunque siempre sin perder el espíritu original de ser lugares simples sin decoraciones y, sobre todo, muy prácticos. Sin embargo, no importaba si fuese un hospital de fundación eclesiástica, regia, de ciudades o cofradías, todo hospital incluía su capilla, para que el enfermo no se olvidase de dar gracias y pedir a Dios por su salvación física o la de su alma, allanando así su entrada al Paraíso.

Grabado del Hotel Dieu, siglo XVI.

## El estudio de la medicina entre el monasterio y la universidad

En los primeros siglos de la Edad Media, la cultura se hizo monacal, pues en los cenobios va a encontrar refugio durante ese periodo. Los monjes serán los que copiarán con esmero los textos antiguos, todo ello de forma anónima y siguiendo el concepto del «*ora et labora*» de San Benito. El saber, el patrimonio cultural acumulado se encierra en sus bibliotecas y apenas es compartido con otros monasterios, que también preservaban los textos del pasado. Así, se convertirán en centros intelectuales y técnicos de primera categoría.

El monasterio es al tiempo un centro autosuficiente, no necesita del intercambio de bienes para poder mantener a sus habitantes. Para ello es necesario especializar a cada uno de los monjes en unas tareas específicas necesarias para toda la comunidad, entre ellas la de médico.

La regla benedictina escrita a inicios del siglo VI para la comunidad que San Benito formó en Montecassino, recoge en sus 73 capítulos el modo de vida, la forma de vestir, las comidas y comportamiento de sus monjes en la comunidad, así como la obediencia al abad, máxima autoridad de la comunidad. Aunque no fue la única regla existente, sí fue la que más éxito tuvo y muchos monasterios adoptaron la regla como propia en toda la Europa medieval. Respecto al cuidado de los enfermos, la regla señala que a los enfermos hay que darles los mejores cuidados posibles y el abad será el encargado de que los cuidados ofrecidos sean los adecuados.

**XXXVI. Los hermanos enfermos**

1. Ante todo y por encima de todo lo demás, ha de cuidarse de los enfermos, de tal manera que se les sirva como a Cristo en persona, 2. Porque él mismo dijo: «estuve enfermo, y me visitasteis»; 3 Y: «lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis». 4. Pero piensen también los enfermos, por su parte, que se les sirve así en honor a Dios, y no sean impertinentes por sus exigencias caprichosas con los hermanos que les asisten. 5. Aunque también a estos deben soportarles con paciencia, porque con ellos se consigue un premio mayor. 6. Por eso ha de tener el abad suma atención, para que no padezcan negligencia alguna. 7. Se destinará un lugar especial para los hermanos enfermos, y un enfermero temeroso de Dios, diligente y solícito. 8. Cuantas veces sea necesario, se les concederá la posibilidad de bañarse; pero a los que están sanos, y particularmente a los jóvenes, se les permitirá más raramente. 9. Asimismo, los enfermos

muy débiles podrán tomar carne, para que se repongan; pero, cuando ya hayan convalecido, todos deben abstenerse de comer carne, como es costumbre. 10. Ponga el abad sumo empeño en que los enfermos no queden desatendidos por los mayordomos y enfermeros, pues sobre él recae la responsabilidad de toda falta cometida por sus discípulos.

Gracias a la regla de San Benito, era necesario proveer a cada monasterio de una serie de enfermeros y personal especializado en la salud para cuidar a sus habitantes. Médicos que sin duda aprenderían tanto de las enseñanzas prácticas de sus mayores, como de los libros de medicina recomendados que se encontrasen en su biblioteca monástica. Estos libros se intercambiarían con otros monasterios haciendo que estas bibliotecas creciesen y se mejorasen con los mejores títulos que pudieran encontrar, lo que repercutiría en la mejora del saber de los monjes, en nuestro caso, de los monjes enfermeros.

Botica del monasterio de Santo Domingo de Silos. Si bien es muy posterior a la Edad Media (siglo XVIII), nos da una idea clara de la importancia que tiene la farmacia en la orden benedictina.

Durante la época carolingia ya había monasterios que estaban formando a sus propios médicos, ya no expertos en plantas medicinales, sino auténticos profesionales cuya misión no era sólo atender a sus hermanos y a los sirvientes del monasterio. Ahora cuidaban también de todo aquel que acudiese al cenobio para ser tratado por esos monjes. Idealmente, tal y como el propio San Benito había dejado escrito, tales médicos actuaban movidos por la misericordia y la caridad, cuidando al enfermo «*como si fuese Cristo en persona*». Ahora bien, en realidad y aunque el monje médico en sí no esperaba obtener ninguna recompensa salvo la espiritual, era muy frecuente que los enfermos, tras recuperarse, entregasen alguna propiedad, dinero o algún objeto de valor al cenobio en gratitud por la ayuda recibida. Son tiempos en los que estos monjes-médicos eran los únicos disponibles con conocimiento e instalaciones adecuadas –la enfermería monástica– para cuidar a sus pacientes, por lo que pronto fueron requeridos por la nobleza para que les cuidasen de una forma continua fuera del monasterio. Cuando finalmente tuvieron ese permiso y pudieron trasladarse a las residencias de los nobles ricos, rápidamente perdieron la continencia que mantenían en el monasterio y comenzaron a surgir quejas sobre sus nuevos hábitos de vida lujosa.

Ante este nuevo estilo de vida de los monjes, la Iglesia reaccionó. Varias decisiones papales durante el siglo XII expresaron de forma clara y tajante la restricción de la práctica médica por parte de sus miembros. Las actas del concilio de Clermont de 1130 recogen en su artículo V la prohibición, para los monjes de las reglas de San Benito y San Agustín, de ejercer la profesión de abogado (el ejercicio de las leyes) y de médico debido al pago que recibían ya que «*estaban inflamados con el fuego de la avaricia*». Esta obligación se repetirá en los años siguientes durante el concilio de Reims de 1131 y el segundo concilio de Letrán de 1139. ¿Implica esto que se prohíbe a los monjes estudiar medicina? No, en realidad no, lo que se les prohíbe es cobrar por ello. La medicina como la Iglesia la entendía y tal y como hemos referido varias veces, se ofrece gratuitamente al necesitado del mismo modo que

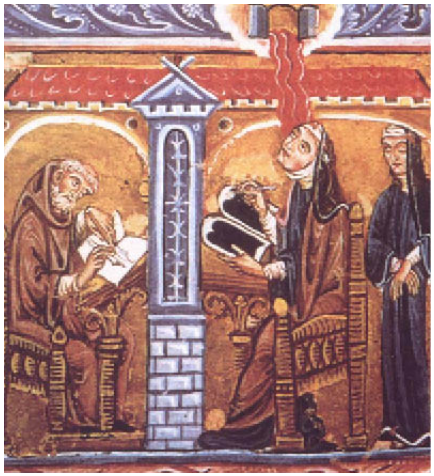
podría ocurrir con la atención religiosa.

La medicina monástica a partir de este momento no va a salir del recinto del cenobio. Cada uno de ellos ha de ser autónomo y formar a su propio personal para atender sus propias necesidades, sean conventos masculinos o femeninos.

La mujer siempre había ocupado una posición muy importante en el cuidado de la salud, pero solo a nivel familiar, ella –anónimamente– cuidaba de su familia usando remedios caseros y los medios disponibles a su alcance. Algunas incluso llegaron más allá y trabajaron de comadrona atendiendo *los asuntos femeninos* (menstruación, parto) a cambio de un pago. Pero la situación en los conventos era muy diferente. Si la regla benedictina igualaba a todos los monjes, sean varones o mujeres, la misma situación se vivía en un convento y en el otro, es decir, en los conventos femeninos, había necesidad de monjas expertas en cuestiones médicas. Entre ellas va a destacar Santa Hildegarda de Bingen.

## Hildegarda von Bingen

Hildegarda, desde su convento benedictino en la ciudad alemana de Bingen se convertirá en una de las personas más influyentes de su época siendo elevada a doctora de la Iglesia en 2012. Mística, visionaria y profeta, será reconocida y respetada como escritora, compositora y sanadora. Respecto a temas médicos, Hildegarda escribirá dos libros: el *Liber simplicis (Libro de medicina simple)* o como es conocido, *Physica.* A lo largo de los nueve libros/capítulos que lo componen, Hildegarda trata sobre los elementos y virtudes terapéuticas de las plantas, de los animales y de los metales y el *Liber composite medicine* o *Cause et cure (Libro de medicina compuesto* o *Causas y curas)* que analiza la naturaleza, las formas, las causas y el tratamiento de las enfermedades, fisiología y sexualidad, astrología, etc.



Hildegarda escribiendo bajo inspiración divina.

**El perejil**

El perejil es de naturaleza robusta y tiene más calor que frío. Crece del viento y de la humedad. Es bueno y más útil crudo que cocinado en una comida. Cuando se come se atenúan las fiebres ligeras que aquejan a una persona. No obstante, genera pesadez en la mente. A quien le duela su corazón, bazo, o los costados cueza perejil en vino con un poco de vinagre y miel. Si lo filtra con un paño y a menudo lo bebe, le hará bien [pero uno cuyo estómago esté enfermo, tome perejil y dos veces más de hinojo y tanta saponaria como perejil y haga un condimento de ellos. Agregue mantequilla o grasa de vaca y sal asada, y cómalo a menudo, cocinado. Quien tenga dolor por comer ajo debe comer el perejil pronto,

y tendrá menos dolor]. Quien tenga el dolor de un cálculo renal tome perejil y agregue una tercera parte de saxifraga. Cuézalo en vino, fíltrelo con un paño, y bébalo en una sauna. También, cueza perejil y una tercera parte de saxifraga en el agua, y viértalo con el agua encima de las piedras ardientes en la misma sauna. Si lo hace a menudo, mejorará. [Y al que está torturado por la parálisis, tome pesos iguales de perejil e hinojo, con un poco menos de salvia. Machaque estas hierbas juntas en cantidades moderadas en un mortero, y agregue aceite de oliva matizado con rosas. Debe ponerlo encima del lugar donde está sufriendo, atado con un paño. Y quien tenga carne blanda y un miembro afectado por la gota por beber excesivamente, tome perejil y cuatro veces más de ruda, fríalo en una sartén con aceite de oliva o, si no tiene aceite de oliva, fríalo con sebo de macho cabrío. Sujete estas hierbas calientes en el lugar donde le duele, y mejorará] (Physica, cap. LXVIII).

Hildegarda será un caso único, aunque muy venerada en su época, la mujer a la que acudían por consejo nobles, reyes y el propio papa, tras su muerte cayó en el olvido del que solo ha salido en el siglo XX.

La Edad Media, la *oscura* Edad Media, vio nacer las universidades. Esta será una de las principales innovaciones del periodo, el establecimiento formal de la formación universitaria en medicina durante los siglos XII y XIII. La universidad, que surge en Bolonia (Italia) en 1088, no dará gran preponderancia a la medicina, una de las artes liberales al nivel de la filosofía o las matemáticas. Estas universidades se centrarán principalmente en los estudios de derecho (como por ejemplo Bolonia) o teología (París). Una de las primeras que decididamente apostaron por los estudios de medicina fue la universidad de Montpellier, fundada en 1289.

Con todo, estos estudios superiores parecen más preocupados por el establecimiento de una élite médica debidamente acreditada, que en formar un número suficiente de profesionales para atender las necesidades de la creciente población.

Uno de los centros más destacados de este periodo se encontraba en la ciudad de Salerno (Italia). Allí durante los siglos X y XII surgió una escuela médica excepcional fundada, según la leyenda, por un griego, un cristiano, un judío y un musulmán. Recordemos que Salerno, al sur de Nápoles, al igual que todo la Italia meridional, era una zona de encuentro múltiple entre la Sicilia musulmana, las últimas posesiones bizantinas en occidente y la Europa cristiana occidental. A diferencia de los estudios más teóricos de las posteriores universidades, el interés de la escuela salernitana estaba centrada en el empirismo y en la observación, con un *curriculum* básico y necesario para poder ejercer de cinco años de teoría y uno más de práctica. Pero los estudios no eran suficiente. En 1140 el rey normando de Sicilia Roger II impuso que los futuros médicos tuviesen además que aprobar un examen, digamos un examen de habilitación.

Trótula y la escuela médica salernitana.

Otra de las características destacadas de la escuela médica de Salerno es la contribución de las mujeres, o mejor dicho, de los médicos femeninos formados en dicha escuela. De todas ellas la más conocida, por su importancia y por su antigüedad -siglo XII- fue Trota de Salerno, redactora al menos en buena parte, de la obra de medicina conocida como *Trotula*, una compilación de un grupo de tres textos sobre

«enfermedades de la mujer»: *Liber de sinthomaribus mulierum* (libro sobre los síntomas de las mujeres), *De curis mulierum* (Sobre el tratamiento de las mujeres) y *De ornatu mulierum* (Sobre los cosméticos de las mujeres).

La *Trotula* incluye discusiones sobre ginecología, obstetricia, enfermedades de la mujer y la cosmética. Además, el texto incluye recetas para perfumar el cabello, la ropa, y el aliento, cosméticos para blanquear el rostro, las manos y dientes, cremas para eliminar las imperfecciones que se producen después del parto, preparaciones que colorean y espesan el cabello, ungüentos y quitamanchas para la ropa de cama, y otros muchos. El texto también brinda consejos sobre higiene femenina, problemas menstruales, infertilidad, métodos de restauración de la virginidad, o drogas y plantas para regular la menstruación como el ajenjo, el perejil, la angélica, el jengibre o la manzanilla.

**Sobre los adornos en las mujeres**

Para que una mujer se vuelva muy suave y tersa y sin pelos que le caigan de la frente, en primer lugar, dejadle ir a los baños, y si no está acostumbrada a hacerlo, que haga un baño de vapor de esta manera. Tome baldosas y piedras calientes y con estas colocadas en el baño de vapor y que la mujer se siente en él. Otra forma es que tome baldosas calientes o piedras negras calientes y las coloque en el baño de vapor o en un agujero hecho en la tierra. Entonces, verter el agua caliente para que produzca vapor y dejad que la mujer se siente en él bien cubierta por paños para que sude. Y cuando haya sudado bien, dejadla bañarse en agua caliente y lavarse muy bien con un paño de lino.

Después, dejad que ella se unte por completo con este depilatorio que se elabora con cal viva bien tamizada. Coloque tres onzas en un jarro cerámico y cocínese a la manera de una papilla. Entonces cójase una onza de pimentón y cocínese de nuevo, compruébese con una pluma para ver si está suficientemente cocido. Téngase cuidado, sin embargo, de que no se cocine demasiado y no esté demasiado tiempo en la piel porque provoca intensas quemazones. Pero si sucede que la piel se quema con este depilatorio, tómese populeón con aceite de rosa o violeta o zumo de siempreviva, y mézclese hasta que las quemaduras cesen. Luego aplíquese el área con unguentum album hasta la quemazón termine (Trotula. Sobre los cosméticos de las mujeres).

Pero no todos los postulantes a médico aprendían en centros de enseñanza con libros donde se recogía el saber de Galeno e Hipócrates. Tenemos constancia de la vuelta al aprendizaje directo, mediante la observación del hacer de un maestro con el cual se aprendía a lo largo de los años la profesión, como si de cualquier otro oficio manual se tratase: «*si algun fisico toma algun omne por mostrar, debe aver doce sueldos por su trabaio*» (Fuero Juzgo XI, I, VII). La falta de un aprendizaje formal haría que muchos de estos médicos tuviesen muchas lagunas de conocimiento a nivel general, pero que en una serie de aspectos concretos serían muy apreciados. Por ello, podemos pensar que estos profesionales trabajaban sobre muy pocos campos que dominaban, y no realizarían intervenciones sobre las que no tuviesen conocimiento ante el temor de que el paciente muriese, fuesen culpabilizados por ello y tuviesen que hacer frente a la justicia, a la familia del muerto o a una fuerte compensación económica.

**VI. Antigua. Si el omne libre ó el siervo muere ó enflaquece por la sangría.**

Si algun físico sangrar algun omne libre, si enflaqueciere por sangría, el físico debe pechar [pagar] C é L [150] sueldos. E si muriere metan el físico en poder de los parientes que fagan dél lo que quisieren. E si el siervo enflaqueciere, ó muriere por sangría, entregue otro tal siervo á su señor» (Fuero Juzgo, XI, I, VI).

Un ejemplo significativo de la calidad de la enseñanza médica la podemos ver en la universidad de Toulouse. En esta ciudad la medicina se estudiaba en la misma facultad de artes junto con la gramática y la lógica, dos ramas del saber completamente alejadas, a nuestro entender del siglo XXI, del conocimiento y práctica médica pero que en la época parecer ser que no era así. Sin embargo, ya en 1306, el Papa Clemente V firmaba el 27 de abril una bula en la que deploraba la escasa preparación de los médicos tolosanos, encargando al diocesano la preparación de unos exámenes de validación de conocimientos para los nuevos médicos. Una medida muy impopular y que encontró una fuerte resistencia dentro del propio claustro

universitario, que veía en ella una injerencia papal en su labor docente.

Pero si malo era el caso de médicos escasísimamente preparados, peor era el caso de aquellos personajes que se ganaban la vida como médicos sin tener la más mínima preparación posible. Un par de ejemplos, en 1310 en la localidad provenzal de Manosque (departamento de Alpes-de-Haute-Provence) un tal Miqueu Aucemant fue llevado ante la justicia por malas prácticas, específicamente por haber causado lesiones irreparables al pene de un vecino de dicha localidad al tratarle una infección. Ante el tribunal el acusado no solo hubo de reconocer que no tenía el título para ejercer la medicina, sino que además era totalmente analfabeto.

El segundo ejemplo no nos aleja de la Provenza, en 1326 en la localidad de Draguignan (departamento de Var) fue llevado ante los tribunales un supuesto doctor llamado Antoni Imbert. Este charlatán estaba acusado de prometer, evidentemente de forma engañosa, la curación de la esterilidad femenina. Para vender sus servicios contaba con un ayudante, un gancho, quien fingiendo no conocer al médico de nada, alababa su pericia engatusando así a potenciales clientes a los que embaucar. Con este sencillo método y tras engañar a muchos incautos Antoni Imbert ganó grandes sumas, pero ya tenía a la justicia tras él, por ello tuvo que huir de la localidad por la noche a escondidas, aunque finalmente fue apresado. En su juicio se oyeron testimonios como el de Raimunda Veranessa a quien prometió que su hija Roselín y su marido tendrían -con su ayuda- descendencia. Para conseguir tal milagro, pidió una sábana de la cama conyugal, un velo que la joven mujer debía usar y un bolso de seda sobre el cual escribió trece letras en oro y azul. Además, Roselín tenía que escribir los «evangelios» (sic) de san Juan, de Lázaro y de los tres magos. La mujer debía tener relaciones con su marido los viernes, el día que el supuesto médico le había dicho que era el propicio para la concepción. Como nos podemos todos imaginar nada pasó y ahí se descubrió toda la artimaña montada por dicho embaucador, nada de práctica médica, solo superstición, mucha labia y osadía.

# 3

# Europa antes de la peste

## La fragilidad del hombre del medievo

El hombre en general, y el del medievo en particular, es un ser frágil ante la naturaleza. Hoy en día con todos los adelantos de los que disfrutamos no podemos ni sabemos cómo parar las fuerzas naturales, no hay forma de evitar un volcán, un terremoto, un huracán o un tsunami por poner unos pocos ejemplos.

En las sociedades preindustriales esto aún era peor. El individuo estaba íntimamente ligado al medio natural puesto que vive principalmente en los campos de donde saca su sustento. Si la naturaleza es benigna durante el periodo de la cosecha, el campesino obtendrá recursos suficientes, aunque siempre escasos, para poder sobrevivir otro año más; si la cosecha ha sido pobre y las lluvias no han llegado, o han llegado tarde, o el tiempo no ha sido el adecuado, el campesino sufre. Si esta situación se alarga en el tiempo, no solo sufre, sino que además pasa hambre.

Una forma de intentar conseguir que la naturaleza, es decir, Dios, traiga buenas cosechas es solicitar la intercesión de los santos, de la Virgen o Cristo. Todo vale para evitar las malas cosechas. Pero la precariedad del campesino puede tener otro origen más allá de la climatología. Hablamos de un componente humano, la presión u opresión feudal de los ricos, los nobles, contra el campesinado. Un tipo de violencia que con los visos de legalidad de los que disponía, el noble requisaba gran parte de las cosechas campesinas sin importarle en demasía si aquellos tenían o no suficientes recursos para reiniciar el ciclo de la cosecha la temporada siguiente. La violencia feudal a través de lo que la historiografía denomina exacción extraeconómica o la guerra son elementos a tener en cuenta a la hora de hablar de la fragilidad del hombre medieval.

Como vemos, el equilibrio es muy difícil, depende de la zona donde se cultive y de la estabilidad política existente. Ya de entrada y sin tener en cuenta esos factores, depende del tipo de agricultura que se practica, una agricultura basada en el cultivo de cereales con escasos excedentes, que completa sus rendimientos, y con ello la

dieta, con algún animal del que se pudiera disponer y una huerta.

Campesinos trabajando. Beato de Valcavado.

A partir del siglo XIII hay un cierto cambio al introducirse nuevos actores. La ciudad como centro neurálgico de un territorio donde se puede vivir de otras labores que sean las campesinas, y el fortalecimiento del poder real, que acaba con la caótica situación feudal anterior, regulando una serie de impuestos y tasas, siempre gravosas, pero que permitían al campesino mantener un cierto equilibrio sin depender del albur del señor feudal de turno.

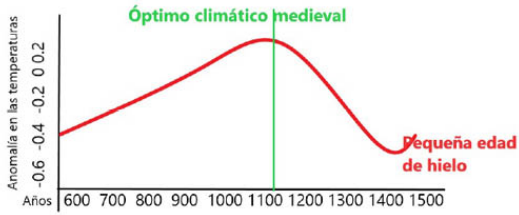
Gracias a estos factores la sociedad medieval va a vivir un periodo de estabilidad y fuerte auge hasta fines del siglo XIII basado en tres pilares: un clima favorable, una paz social que alejó la guerra en Europa durante mucho tiempo y un crecimiento económico con las ciudades como bandera. Sin embargo, durante el siglo XIV todo cambió, las semillas de la destrucción ya estaban anteriormente, solo que la situación de bonanza no dejaba ver las debilidades del sistema creado. A ellas debemos añadir una más. La interacción con la naturaleza provocaba un deterioro del medio ecológico, siempre frágil, limitado en las pequeñas comunidades aldeanas, las más acostumbradas a vivir en contacto con el campo, a interpretarlo conociendo los límites, pero mucho más serio y dañino en las ciudades hasta el punto de ser incluso mortal. Hablamos de la higiene, tanto la individual como la de la ciudad en sí. El problema de las basuras y de las aguas residuales en entornos urbanos se convirtió en un feo asunto pues facilitaba la propagación de las enfermedades.

El hombre medieval estaba acostumbrado a sufrir, al hambre, al abuso y a las malas cosechas. Había aprendido cómo sobrellevar todos y cada una de estas situaciones de forma individualizada, tenía sus recursos. El problema es que a lo largo del siglo XIV se sucedieron de forma continua y muchas veces yuxtapuestas todas esas situaciones y la sociedad colapsó, llegaron épocas de hambrunas, guerras que debilitaron a la gente y como colofón, la peste negra y la muerte por millares. Los jinetes del Apocalipsis andaban sueltos.

## El clima: La pequeña edad de hielo

Desde inicios del siglo X el clima cambió, se hizo más caluroso y húmedo. Es el llamado por los científicos Óptimo Climático Medieval, muy adecuado para la agricultura europea que recogía en este periodo cosechas abundantes. Este hecho, unido a ciertas mejoras agrícolas (herramientas, rotación de cultivos, mejora de semillas) tuvo un gran impacto en la economía y en el medio natural. Se roturaron nuevas tierras incluso de no buena calidad, haciendo retroceder los bosques. Esta bonanza no quiere decir que no hubiese también momentos de malas cosechas pues

en Inglaterra se documentan diversos años de hambrunas, pero son tan escasas (siete en el siglo XI, otras siete en el XII y solo cinco en el XIII) que la sociedad no solo pudo sobrellevarlas perfectamente, sino que además no impidieron el crecimiento de la economía nacional. El benedictino inglés Mateo de París, nos describe vívidamente la hambruna que sufrió Inglaterra en otoño de 1258 debido a unas fuertes lluvias, que resultaron muy lesivas para las cosechas que se pudrieron, por lo que la población se comió todo lo que había en los graneros. El hambre llegó y solo en la ciudad de Londres, según este benedictino, murieron al menos 15.000 pobres por causa del hambre y de las enfermedades. El poco trigo disponible tenía un precio prohibitivo al alcance de muy pocos. Fue una situación muy complicada, pero fue coyuntural, tan solo un año malo al que las clases más desfavorecidas de la población no consiguieron sobrevivir.




Anomalía en las temperaturas en los siglos medievales.

Ya desde el último cuarto del siglo XIII la situación climática cambió, y desde las costas atlánticas hasta el mar de la China disponemos de pruebas suficientes que nos hablan de una serie de cambios ecológicos no vistos en el periodo anterior, como fueron inundaciones, hambrunas y terremotos que afectaron de forma muy negativa a las poblaciones que las sufrieron. Se aducen diversas causas como motivos de esta variación climática: los ciclos orbitales, la disminución de la actividad solar, el aumento de la actividad volcánica o un cambio en las corrientes oceánicas. El hombre medieval no sabía nada de estas cosas, lo que él sí sabía es que los inviernos eran más fríos y largos, que se pasaba de forma intempestiva de un periodo de sequía a inundaciones, que los veranos no calentaban lo suficiente como para obtener buenas cosechas y que, por causa de todo esto, pasaba hambre.

Un par de años antes de la peste negra, los procuradores de las ciudades y villas castellanas reunidos en las Cortes de Burgos en 1345 ya pusieron de relieve la relación directa entre el tiempo, las malas cosechas y el encarecimiento de los productos, pidiendo al monarca que tomase cartas en el asunto y que regulase los precios para que fuesen asequibles para todos: «*en este anno en questamos fue muy grant mortandat en los ganados, e otrosi la simiença fue muy tardía por el muy fuerte temporal que ha fecho de muy grandes nieves e de grandes yelos, en manera que las carnes son muy encarecidas en los omes non las que pueden aver, e el pan e las carnes encarecen de cada dia*».

## Alimentación

## El hambre

En las sociedades preindustriales el peligro de la hambruna es siempre fiel compañera del campesinado. La naturaleza, entendida como los factores climáticos, jugaba siempre un papel primordial en la agricultura. Una estación diferente a la esperada o más o menos lluvia, suponía la diferencia entre disfrutar de una buena cosecha o de sufrir una hambruna. El periodo que se extiende entre el año 1000 y el 1300 presenta once periodos de verdadera hambruna en toda Europa, cinco de ellos (1005-1006,

1032-1033, 1043, 1076-1077, 1095) en el siglo XI, cuatro en el siglo XII (1124-1125, 1139, 1145, 1197) y tan solo dos en el siglo XIII (1233-1234 y 1257-60). A estos años hay que sumar hambrunas geográficamente más localizadas como las sufridas en la Toscana y el norte de Italia en varios años de la segunda mitad del siglo XI o las anteriormente mencionadas para el caso inglés.

Hombres y animales muriendo por inanición. Biblia de Wittenberg, 1534.

A la inestabilidad contribuía el escaso desarrollo del utillaje agrícola, de los fertilizantes o la escasa red de distribución de los productos y, aunque a lo largo de los siglos medievales todas estas técnicas fueron mejoradas, sin embargo, no fueron suficientes para suponer un cambio decisivo. La productividad de la tierra mejoró con un rendimiento de las semillas a cifras de al menos 2,5 a 4 en Francia con cifras muy similares en Castilla. En el condado de Norfolk (Inglaterra) durante el siglo XIII y hasta antes de la peste negra, el rendimiento rondaba el 6,2 hasta el 7,37.

Ante la creciente demanda de productos agrícolas y dado que la oferta de tierras era limitada, el aumento de la población campesina obligó a buscar nuevas tierras de cultivo y se comenzaron a roturar nuevos terrenos que, aunque eran de peor calidad, durante el periodo del Óptimo Climático (s. X-XIII) daban suficientes buenas cosechas como para ser rentables e interesantes, pero que en malos momentos eran los primeros que no producían un mínimo suficiente. Pero la tala de bosques tenía una cara fea, las zonas sin cultivar también eran importantes para la subsistencia diaria, los bosques constituían una importante fuente de ingresos para las comunidades que sabían explotarlos diligentemente.

## La hambruna de 1315

La bonanza se mantuvo hasta bien entrado el siglo XIV. En 1315 todo cambió. Los cronistas recogen cómo en el condado de Flandes, norte de Francia, Inglaterra e Irlanda, las tan esperadas lluvias primaverales comenzaron en torno a Pentecostés (11 de mayo) y continuaron de forma incesante durante el verano, siendo persistentes incluso durante el otoño, arruinando toda la cosecha de cereales del año, pero la incesante lluvia también provocó riadas e inundaciones arruinando no solo campos, sino construcciones, diques y todo lo que encontró a su paso. A todas luces uno de esos malos años cíclicos de los que hemos hablado anteriormente. La diferencia proviene de la repetición, si 1315 fue malo, 1316 y 1317 fueron peor. No solo se mantuvo el mal tiempo, sino que tras varios años consecutivos de malas cosechas la población ya había consumido todas sus reservas y comenzaron los verdaderos problemas.

Una familia campesina muriendo de inanición.

Son muchos los textos que recogen los varios fenómenos meteorológicos adversos en diversas partes. En Flandes el poeta Boendale escribió que el mal tiempo comenzó exactamente el primero de mayo, a lo que otros escritores añadieron que durante ese periodo hubo serias tormentas eléctricas. La situación en el territorio flamenco era tan mala que la invasión francesa de ese territorio fracasó por la inundación y porque todo se había convertido en un barrizal tal que, según el cronista Van Velthem de Amberes, siete caballos apenas podían mover un carro con una cuba de vino por culpa del barro.

La *Vita Edwardi II* nos proporciona una estremecedora crónica de lo sucedido en Inglaterra entre 1315 y 1316.

> «Por ciertos otros portentos, la mano de Dios parece levantarse contra nosotros, pues el año pasado [1314] hubo tanta lluvia que los hombres apenas podían cosechar el cereal o llevarlo de manera segura al granero. En el presente año [1315] peor ha sucedido, pues las inundaciones provocadas por la lluvia han pudrido casi todas las semillas, de modo que la profecía de Isaías podría parecer ahora cumplida porque dice que diez acres de viña darán una medida pequeña y treinta fanegas de semilla producirán tres fanegas. Las ovejas a menudo morían y otros animales eran asesinados por una plaga repentina. Mucho es de temer que si el Señor nos encuentra incorregibles después de estas visitas, destruirá a la vez tanto a los hombres como a las bestias, y creo firmemente que a menos que la Iglesia inglesa hubiera intercedido por nosotros, deberíamos haber perecido hace mucho tiempo».

La falta de cosechas de 1315 fue total, lo cual provocó que 1316 fuese aún peor. El poco grano disponible estaba a precios prohibitivos para gran parte de los ingleses.

> «Tras la celebración de la Pascua, la escasez de grano comenzó a incrementarse de forma alarmante. Tal escasez no había sido vista en nuestro tiempo en Inglaterra, ni oída por cien años. Una fanega de trigo era vendida en Londres y sus alrededores por 40 peniques, y en otras partes menos pobladas del país treinta peniques era un precio común. De hecho, durante este tiempo de escasez una gran hambruna apareció, y tras el hambre llegó una severa pestilencia, por la cual muchos miles murieron en diferentes lugares».

Otros textos como los denominados *Annales Londinienses* o los *Annales* del benedictino Juan de Trokelowe, nos dan una comparativa de la subida de precios en estos dos años, así por ejemplo el trigo que antes de 1315 tenía un precio medio de 5 peniques, se vendía a inicios de 1315 a 20 peniques y subió a 40 peniques antes del verano; la sal que costaba 30 peniques en 1315, pasó a 40 en 1316.

La situación llegó a ser tan grave que se consumieron productos antes inimaginables. Textos flamencos sí los señalan: ranas o los restos de animales muertos.

> «Yo he oído de boca de algunos que en Northumbria los perros y los caballos, así como otras cosas no limpias fueron comidas».

Y, además de todo, los desastres de la guerra:

> «Además, debido a las frecuentes cabalgadas de los escoceses, la gente [de Northumbria]

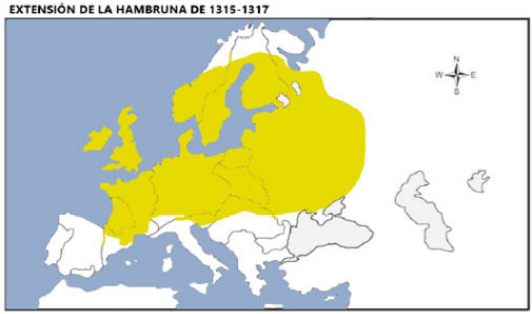
sufría gravemente pues los escoceses les robaban su sustento diario».

Aunque la crónica no nos lo cuenta, las enfermedades vinieron con el hambre. La disentería, la fiebre alta, la neumonía, la bronquitis y la tuberculosis hacían estragos en una frágil población, especialmente en las clases más desfavorecidas. Algunos, para poder sobrevivir, se situarán fuera de la ley, delinquiendo, robando y llegando al asesinato, cualquier cosa para poder comer.

El coste humano fue elevado. Aunque no disponemos de datos concretos, los cronistas hablan del ingente número de muertos, el ya mencionado Trokelowe nos dice que el número de fallecidos «*era tan grande en tantos lugares que no había suficientes personas sanas para enterrarlos*». Un documento de la ciudad de Ypres (Bélgica), datado desde el 1 de mayo al 1 de noviembre de 1316, que recoge el número de muertos en cada semana de ese periodo, computa 2.794 muertos, con un pico la primera semana de agosto de 191 fallecidos, para una población que podría rondar entre 25.000 y 30.000 habitantes. Estamos hablado de que la ciudad perdió solo en ese periodo el 10 % de sus ciudadanos.

Es decir, el bienio 1315-1316 fue una auténtica acumulación de problemas en cascada; el mal clima que provocaba malas cosechas, años consecutivos de esas mismas malas cosechas que forzaron al consumo de todas las reservas de comida disponibles, el alza especulativa de los precios de la alimentación, la guerra y las enfermedades. Por suerte, el verano de 1317 resultó benigno y la cosecha fue normal.

La hambruna de 1315 no fue la única que se vivirá en esta primera mitad de siglo. Toda Europa sufría el mismo cambio climático y de una u otra manera todos los principados europeos se vieron seriamente afectados. En algunos lugares el clima fue más benigno y la crisis fue menor, en otros – tal y como hemos visto– adquirió tintes dramáticos.




Extensión de la hambruna de 1315-1317.

Veamos ahora la situación en la península ibérica. El caso navarro ha sido bien estudiado. Antes de 1300 el reino vivía una época boyante con un gran crecimiento demográfico gracias a las favorables condiciones climáticas y socioeconómicas, pero el exceso de lluvias en 1315 que ya se arrastraba desde años anteriores, llevaron a la hambruna del país. Tras unos años de recuperación, los problemas volvieron entre 1330 y 1336. El problema en Navarra no fueron las hambrunas en sí, el hombre medieval convivía con ellas y tenía formas de sobrellevarlas gracias a su resiliencia y a la compra de grano en tierras vecinas no castigadas por las inclemencias climáticas. En realidad fueron las epidemias las que castigaron duramente a la población. Nuevamente, tras 1336 la situación mejoró para volver a empeorar en 1346-1347, faltando un año para la peste negra. El exceso de humedad pudrió la cosecha y los precios subieron, al punto que las autoridades tuvieron que marcar un precio tasado y de acceso a los cereales para todas las familias. Pese al intervencionismo real, amplios sectores de la población rural ya estaban tan castigados que no tuvieron más que tres salidas: el endeudamiento para intentar sacar adelante su explotación, el abandono de las tierras comenzando de nuevo en otros lugares –generalmente las ciudades– o arrojarse a los caminos, sea como mendigos, sea como criminales. Para la historia del

reino de Navarra ha quedado como *el tiempo de la fambre*.

La corona castellana tampoco se libró de este periodo de malas cosechas provocadas por la baja temperatura. Tal y como nos cuentan los vecinos de Oña (Burgos) en 1333 o en el monasterio de Santo Toribio de Liébana que no pudo recoger una buena cosecha viéndose obligado a pedir un préstamo de 50 cargas de pan. Las quejas eran ya tantas que las cortes de Burgos de 1345, anteriormente mencionadas, se hicieron eco del problema.

El intervencionismo estatal fue una constante. Gracias a él en diversas zonas y en este periodo previo a la peste negra, la población pudo subsistir como sucedió en Florencia, donde la comuna compraba los granos para posteriormente venderlos a un precio protegido accesible, si no para toda la ciudadanía, sí para la mayor cantidad de personas posible. Esta práctica que comenzó como medida coyuntural a finales del siglo XIII, se convirtió en sistemática en 1329, 1340 y 1347.

> «Durante esa época [mayo de 1329], hubo en Florencia una muy grande y cruel hambruna y carestía, y las otras partes del mundo no escaparon a ello (…). Según lo que informan hombres dignos de fe de nuestra ciudad, en todas partes el hambre se hizo tan cruel y tan grave que los pobres recurrían a diversas raíces y frutas de árboles y carnes nauseabundas tanto para la boca como para la nariz. Pero Italia, y especialmente la Toscana, se vieron más llenas y rodeadas de ese flagelo que otras regiones. Y lo que yo puedo decir es que mi patria, Florencia, cuyos campos no son suficientes para abastecerla por más de cinco meses por año, y donde el aprovisionamiento es siempre más caro que en cualquier otro lugar de Italia, pudo mantener, durante esta hambruna, a la mitad de los pobres de Toscana, gracias a la ayuda providencial proporcionada por sus buenos ciudadanos ricos y su dinero. Y hay que recordar –fue y sigue siendo cierto– que, expulsados de los ricos dominios llenos de granos de los alrededores, y sin ningún otro recurso, los pobres empezaron a afluir, con su pobreza, a Florencia, como su único puerto de esperanza y consuelo».
>
> (Domenico Lenzi. Libro del Biadaiolo).

Si el pueblo comía y no pasaba hambre, las enfermedades no se propagaban y la actividad económica podía seguir funcionando a buen ritmo en espera de tiempos mejores.

## La dieta

¿La sociedad medieval estaba permanentemente hambrienta? No, en líneas generales no. Lo que tenía es una dieta desequilibrada, aunque con muchos matices, dependiendo de la región o clase social, del periodo al que nos refiramos o si hablamos de un ambiente urbano o rural. En general podemos decir que la alimentación medieval era muy sencilla con dos alimentos básicos para todo el cuerpo social, ya se tratase de gente acomodada o de pobres. Se trata del pan y el vino o la cerveza según la zona de Europa de la que hablemos.

Pan y vino no son los alimentos actuales, en realidad el pan medieval campesino apenas pasaba de ser una harina compuesta por diversos cereales, especialmente mijo y avena, que se cocía formando gachas que terminaba convirtiéndose en una hogaza. Un producto con una escasa capacidad nutritiva pero que, como hemos dicho, era la base de la alimentación medieval para gran parte de la población. El vino o cerveza no era mucho mejor. Apenas pasaba de ser un alimento líquido de fermentado de cereal (cerveza) o de uva (vino) y no tenían que ver con sus equivalentes modernos, pero cumplían perfectamente su función.

Estos alimentos base se completaban con los que genéricamente formaban el *companagium*, es decir el acompañamiento, los alimentos que acompañaban al pan. Hablamos de carne, pescado, frutas, verduras, hortalizas o legumbres cuya proporción en cada comida derivaba de la capacidad de producción en cada región. En este sentido, es fácil entender que el campesino estaba más ligado a lo que su región circundante podía proporcionar mientras que en las ciudades la alimentación, sin ser mucho mejor, sí podía ser más variada gracias al desarrollo de los mercados urbanos.

El cronista milanés Bonesvin de la Riva en su obra *De Magnalibus Urbis Mediolanis*, comenta que en el siglo XIII Milán contaba con más de mil tabernas, cuatrocientas cuarenta carnicerías y más de cuatrocientas pescaderías que disponen para el público producto muy variado como truchas, anguilas, lampreas, cangrejos y otros muchos mariscos y pescados, tanto de agua salada como de agua dulce.

Monje bebiendo cerveza mientras llena una jarra.

Estudios realizados en la región provenzal para los siglos XIV y XV indican que allí se consumían grandes cantidades de pan y se bebía mucho vino. Su plato de base era o bien una sopa de coles con tocino, o una sopa de legumbres, o un caldo de carne salada en el que mojaban el pan. Comían carne de cerdo salada, pescados salados, y un poco de carne fresca en las fiestas. Consumían cantidades insuficientes de queso, leche, frutas y legumbres frescas. Les faltaban proteínas animales, calcio, las vitaminas A y C. En cambio, el aporte glucídico era excesivo.

Los desequilibrios de la dieta de los provenzales variaban según las categorías sociales. Cuanto más modesto era el medio, más grande era la insuficiencia de las proteínas animales, y más aumentaba la proporción de glúcidos. Los habitantes de las costas comían más cítricos y pescado, y los montañeses consumían más leche y queso. En algunos aspectos, el campesino estaba más desfavorecido con respecto al habitante de las ciudades, pero en cambio tenía un acceso más directo a los productos de la ganadería y la agricultura.

Campesinos compartiendo pan y bebida. Libro del rey Modus y de la reina Ratio, siglo XIV.

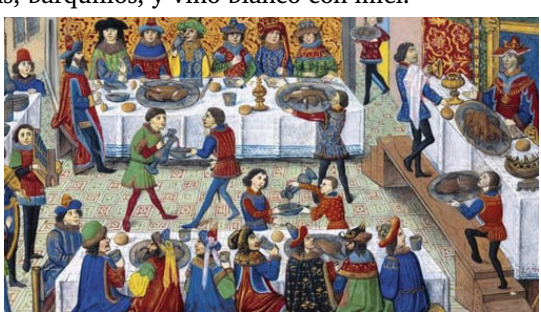
Las clases altas, ya sean urbanas o la nobleza, tenían una dieta diferente basada en su capacidad económica de comprar más productos y de mejor calidad. La nobleza se caracterizaba por tener una mesa más surtida donde la carne estaba siempre presente con un consumo abundante. Se trata de un producto caro y casi prohibitivo, de modo que se convirtió en un símbolo del poder y abundancia de quien podía

permitírselo respecto al resto de la sociedad. En el caso de la nobleza, esta carne provenía en gran medida de la caza, actividad noble por excelencia prohibida para quien no pertenecía a dicho estamento. De nuevo, como hemos dicho, el hecho de que la aristocracia tuviese sus mesas llenas de comida no significa que comiesen mejor. Se comía en exceso carne roja y vísceras como el hígado, y se bebía también demasiado bebidas alcohólicas como la cerveza. Todo este abuso de comida y bebida, que se consumía de forma tan continua y en tanta cantidad, provocaba una enfermedad típica de las clases altas, la gota. Una enfermedad que se manifiesta como una forma común y compleja de artritis caracterizada por ataques repentinos dolorosos, hinchazones, enrojecimiento y sensibilidad en las articulaciones, especialmente en el dedo gordo del pie.

De esta abundancia tampoco se escapaban las clases pudientes urbanas. Un ejemplo de finales del siglo XIV. En la década de 1390 apareció un texto conocido como el *Ménagier de Paris* escrito por un burgués rico, pero no de alta cuna, para que su recién desposada mujer de 15 años aprendiera a administrar el hogar: *«Querida hermana, para ti que tienes quince años y la semana que tú y yo estamos casados, me pediste que perdonase tu juventud y tu pequeño e ignorante servicio hasta que hayas visto y aprendido más, a lo cual me prometiste oír atentamente y poner todo tu cuidado y diligencia para que mi paz y amor guardara (…)».* En él incluyó una gran colección de recetas para todo tipo de alimentos que incluyen sopas, salchichas, platos de verduras, guisos, asados, ranas, caracoles, empanadas, platos de pescado y huevo, flanes, jaleas, tortitas, mostaza y diversas salsas.

Veamos un ejemplo de menú de lo que considera una comida sencilla de dos servicios para los días de carne.

> *Primer servicio. Puerros blancos con pollo, ganso con lonchas de cerdo y andouilles [embutido tradicional francés hecho de cerdo], tostadas, cortes de carne de vaca y de cordero, caldo con trozos de carne de liebre, vaca y conejo.*
>
> Segundo servicio. Pollo, perdiz, conejo, chorlito y cerdo relleno, faisán para los señores, carne y pescado en gelatina.
>
> Como entremeses, lucios y carpas. Entremeses elaborados: guiso de liebre, pavo, alcaraván, garza y otras cosas.
>
> Para finalizar, jabalí, arroz con leche, patés de pollo, flanes con crema, pastelitos con crema, anguilas, frutas, barquillos, y vino blanco con miel.



Banquete de la alta nobleza, vino, pan y carne son los manjares que vemos sobre las mesas.

Una mesa que, como vemos, estaba muy bien surtida, pero es una excepción en la sociedad medieval.

Vemos un auténtico despliegue alimenticio del que no se escapaba ni la mesa de los eclesiásticos quienes disfrutaban de la misma bonanza en sus mesas. El registro de gastos del día de Pascua de 1290 del obispo de Hereford (Herefordshire, G.B.) menciona que se había consumido una vaca y media salada, una vaca y tres cuartos fresca, cinco cerdos, cuatro terneros y medio, veintidós cabritos, tres piezas de caza, doce capones, ochenta y ocho palomas y mil cuatrocientos huevos, a lo que hay que

agregar el pan, el queso, la cerveza y sesenta y seis galones (trescientos litros) de vino.

Así se entiende que en el siglo XIII el predicador franciscano Bertoldo de Ratisbona, en uno de sus sermones, hubiera hablado contra la gula, o más bien, contra la glotonería. Su crítica proviene de su perspectiva de monje franciscano mendicante, de alguien que promulgaba seguir los ideales de pobreza a imagen de su santo fundador, por ello sus críticas no se aplican a toda la sociedad, sino a los pudientes, pues: «*ustedes, los pobres, no tienen mucho que ver con esa clase de pecado, ya que casi nunca tienen lo necesario*», y continúa «*los glotones devoran en un solo día lo que alimentaría a tres o cuatro personas. Cuando diez de ellos están juntos, derrochan en un solo día lo que necesitarían para vivir cuarenta personas que, por su parte, se ven obligadas a privarse de esa comida que su cuerpo necesita. ¡Todas esas enfermedades provienen de la glotonería, y también la muerte, súbita o lenta! Y observad bien una cosa: los hijos de los ricos llegan con menos frecuencia a una edad avanzada, o siquiera a la edad adulta, que los de los pobres. Esto es así por la abundancia con la que se atiborra a la progenie de los ricos, porque aunque los atiborren, siempre creen que no es suficiente*».

Este predicador sabía muy bien que las clases bajas vivían al límite de la subsistencia y aunque en las zonas rurales sus condiciones eran algo mejores, seguían sin ser lo suficientemente buenas como para que podamos hablar de una alimentación en cantidades adecuadas. La escasa alimentación debilitaba los organismos, lo que les hacía muy proclives a diversos tipos de enfermedades por la falta de defensas. Un segundo problema era el tipo de dieta, pues como hemos visto, aun comiendo cantidades suficientes, la alimentación distaba mucho de ser sana y variada, lo que creaba otro tipo de enfermedades.

Cuando llegaron los malos momentos de la peste, la sociedad no contaba con suficientes defensas ante la enfermedad. No queremos decir que de haberlas tenido se hubiera conseguido detener la peste, sino que una de las causas de su rápida expansión y su alta mortalidad es debida a la fragilidad alimenticia de los europeos a mediados del siglo XIV.

## La guerra

Las desgracias que provocan los conflictos bélicos forman parte importante de las calamidades que azotan la Edad Media. En las guerras no solo se pierden vidas humanas y se cometen todo tipo de crímenes y tropelías auspiciadas en la beligerancia del momento, sino que también se devastan territorios. Cuando pasan, en esas zonas devastadas llega el tercer jinete del Apocalipsis montado en su caballo negro: el hambre.

## La Tregua de Dios

La Europa feudal vivía en un eterno conflicto. Los diversos señores luchaban para acaparar las mayores y mejores tierras posibles frente a cualquier vecino que también pudiera desearlas. Ante la falta de un poder central fuerte que limitase todas estas tropelías, hablamos del momento en que ya había colapsado el imperio carolingio, la llamada violencia feudal entre nobles y contra los campesinos era moneda común en los campos franceses.

La Iglesia va a quedar como el único poder respetado y durante el siglo X se va a fraguar un movimiento, considerado por algunos como pacifista, que va a intentar reconducir toda esta violencia hacia otros fines, especialmente la defensa de la Cristiandad frente a un islam que se encontraba en pleno apogeo. En 989 se decreta la llamada *Pax Dei* –Paz de Dios– en el Sínodo de Charroux (departamento de Allier, Francia) por gran parte de la Iglesia francesa y en la que se prohíbe bajo excomunión

robar iglesias, a miembros del clero, al campesinado, mujeres y niños.

Unos años más tarde, en 1027 durante el Concilio de Toulouges (departamento dePirineos Orientales, Francia) se habla por primera vez de la Tregua de Dios –*Tregua Dei*– que completaría el concepto de la Paz de Dios limitando los días «hábiles» para la guerra y aumentando la protección de los no combatientes a nuevos grupos sociales como son los mercaderes y sus sirvientes o los peregrinos. Esta nueva forma de entender la guerra, y la violencia en general, tendrá mucha aceptación y acabará siendo refrendada por las iglesias de Italia y del Sacro Imperio, al punto que será recogida en el canon XXI del Tercer Concilio de Letrán: *decretamos que las treguas deben ser observadas por todos inviolablemente desde después de la puesta del sol del miércoles hasta la salida del sol del lunes, y desde el Adviento hasta la octava de la Epifanía, y desde la Septuagésima hasta la octava de Pascua. Si alguno trata de romper la tregua, y no la cumple después de la tercera advertencia, que su obispo pronuncie sentencia de excomunión y comunique su decisión por escrito a los obispos vecinos. Además, que ningún obispo reciba en comunión al excomulgado, sino que confirme por escrito la sentencia recibida. Si alguien presume infringir esto, lo hará con riesgo de su cargo. Puesto que la cuerda de tres dobleces no se rompe fácilmente, exhortamos a los obispos, teniendo en cuenta únicamente a Dios y la salvación del pueblo, y dejando a un lado toda timidez, se brinden mutuo consejo y ayuda para mantener firmemente la paz, y no omitir este deber por razón de algún afecto o aversión. Porque si alguno es hallado tibio en la obra de Dios, incurra en la pérdida de su dignidad*.

Con todas estas limitaciones, la Iglesia consiguió canalizar las ansias de violencia de la nobleza europea, principalmente la de los segundones de familias nobles que veían cortado su ascenso social por medio de la guerra, hacia otros territorios donde se les prometía no solo el ansiado ascenso sino también la salvación espiritual. Los esfuerzos e intereses bélicos de la nobleza y buscavidas europeos se enfocaron hacia territorios en los márgenes de Europa. La Reconquista en la península ibérica, el avance alemán hacia tierras eslavas en el este y las Cruzadas fueron sus principales destinos. La Tregua de Dios permitió al continente vivir un tiempo de gran tranquilidad donde la violencia y la guerra parecía ser cosa del pasado.

A partir del siglo XIII se observa un nuevo cambio. La Tregua de Dios ya parecía ser cosa del pasado, una reliquia de otros tiempos. La nobleza levantisca de tiempos anteriores estaba siendo dominada por unos monarcas cada vez más afianzados en el poder que intentaban someterlos. Ahora, la guerra no se hará por motivos personales, sino por motivos de Estado y con la bendición eclesiástica.

## La Guerra de los Cien Años

A inicios de siglo XIV, salvo algunas zonas de conflicto, Europa occidental vivía en calma, los negocios prosperaban y las ciudades ya eran una realidad palpable como centros de poder y de intercambio comercial. Las guerras, que inevitablemente existían, se reducían a las zonas fronterizas de Inglaterra con Escocia, donde Eduardo II se enfrentaba al escocés Roberto Bruce, a la frontera castellano-nazarí y a las tierras bálticas donde la orden teutónica se hallaba instalada. Por lo demás, podemos decir que Europa estaba en calma.

En cuanto a la guerra va a ser un momento de cambio. Las guerras privadas endémicas, tan castigadas por la Paz y Tregua de Dios, se ven suplantadas por la lucha de reyes por mantener su dinastía y sus derechos bendecidos por la Iglesia, lo que hacía que se tratase de guerras justas a ojo de la Iglesia. En este tiempo se generaliza una forma de combate muy conocida en la península ibérica: la razzia o cabalgada. Esta táctica militar consiste en la entrada rápida en territorio enemigo devastando todo aquello que se encontraba a su paso y volviendo lo antes posible a territorio amigo con un botín. De la cabalgada no era solo interesante el botín, sino la desolación que se deja en el territorio enemigo, tanto en muertes como en la destrucción de sus recursos que potencialmente pudieran usarse contra ellos.

Los desastres de la guerra. Grabado de un Apocalipsis inglés del siglo XIII.

Eduardo III de Inglaterra inició las hostilidades intentando la toma de la ciudad de Cambrai (departamento Norte) que fracasó por problemas logísticos y la solidez de las defensas de la ciudad obligándole a levantar el bloqueo a las tres semanas de iniciarse. Los ingleses, ante tal fracaso, decidieron adoptar la estrategia de las cabalgadas entrando con profundidad en Picardía buscando un doble objetivo: provocar a los franceses para que entablasen una batalla campal y devastar territorio francés en lo que llamamos política de tierra quemada. Es claro que más que el ejército francés quien sufrió los efectos de la campaña fue el campesinado picardo, pues se habla que los ingleses quemaron más de 200 localidades.

> «[Eduardo III] Regresó allí [Francia] nuevamente en 1339, ahora con un ejército considerable, y esta vez la mayoría de los señores de los Países Bajos y ciertos príncipes alemanes que están involucrados acuerdan enviar declaraciones de guerra a Felipe [Felipe IV de Francia]. Es de nuevo el obispo de Lincoln quien las lleva a París, junto con un renovado desafío de Eduardo. Este, en lugar del desafío anterior, marca la apertura efectiva de las hostilidades. Las ciudades en territorio francés son atacadas, mientras que un ejército francés, dirigido por el hijo mayor de Felipe, el duque de Normandía, marcha para enfrentarse a Eduardo, aunque no hay batalla».
>
> (Jean de Froissart. Crónica).

La guerra de los Cien Años va a suponer para territorio francés todo un cataclismo, la larguísima duración de las hostilidades, el alcance territorial de la guerra que abarcó todo el reino, la destrucción provocada y las pérdidas humanas dejarán como resultado un país devastado pese a la victoria final de las armas francesas.

La destrucción de campos y propiedades fue sistemática. Para el pueblo llano tan malo era el ejército enemigo como el propio. Al no estar muy desarrollada la logística militar, la dificultad de alimentar ejércitos de varios miles de hombres y bestias era muy complicada, por lo que tenían que sobrevivir sobre el terreno a costa de unos campesinos que poco o nada podían hacer ante el robo de sus exiguas pertenencias. A los ejércitos regulares había que sumar bandas de soldados licenciados o mercenarios convertidos en bandidos que, agrupados en pequeños ejércitos, asolaban las campiñas francesas al calor de la falta de un poder fuerte que acabase con sus desmanes. Las ciudades tampoco se libraban de la destrucción. La guerra engendra el caos, el desempleo y la ruina del comercio. Los motores económicos de las ciudades del norte de Francia se pararon, los productos de primera necesidad apenas llegaban a la ciudad, ya fuera porque eran robados por cualquiera de los bandos o bien porque no había.

Grabado con una imagen de la Guerra de los Cien Años.

Las características de esta guerra entre reinos desarrollada en territorio francés nos llevan a incluir un nuevo factor, la opresión fiscal. La guerra cuesta dinero, mover tantas tropas y mantenerlas en el campo de batalla durante tanto tiempo va a obligar a los reyes de Francia e Inglaterra a elevar al máximo la fiscalidad de sus respectivos reinos. Inglaterra y Francia serán esquilmadas con impuestos directos e indirectos que se aplicaban a una población que ya de por sí tenían unas condiciones de vida deterioradas. Las hambrunas y la desolación se generalizaron en el centro de Francia con especial incidencia en la región parisina, Normandía o Champaña, debilitando a la población pocos años antes de la llegada de la peste negra.

Una ciudad tras el paso de un ejército que suponemos enemigo, casas quemadas, asesinatos, hambre y muerte.

## LA HIGIENE

## La ciudad como foco de contaminación

La ciudad siempre fue un gran polo de atracción. Su dinamismo, su capacidad económica que crea múltiples ofertas de trabajo y la libertad individual que proporciona al individuo -sobre todo comparado con el mundo señorial circundante- hacen que a lo largo del siglo XIII y en la Baja Edad Media, los núcleos urbanos concentrasen cada vez más habitantes. Sin embargo, las ciudades medievales eran un gigante con pies de barro. Si los romanos pusieron mucha atención a la higiene urbana creando canalizaciones, acueductos que transportaban agua limpia para

consumo humano y un sistema de alcantarillado adecuado para expulsar río abajo los excrementos de la urbe, en la Edad Media, la ciudad era caótica y las autoridades municipales dejaron que creciese según su propio ritmo y al albur de sus ciudadanos.

La ciudad se definía por su muralla como elemento físico que la separaba de la naturaleza. Para las Partidas de Alfonso X el Sabio, la ciudad era *todo aquel lugar que es cercado de los muros*. Una muralla que tenía aspectos positivos, defendía la ciudad de potenciales enemigos que quisiesen conquistarla y permitía el cobro de tasas a los productos que llegasen de fuera. También tenía aspectos negativos, pues la ciudad se desarrollaba en un espacio cerrado, una especie de jaula donde se hacinaba, cada vez en mayor medida, la población.

La falta de espacio intramuros provocaba que la casa urbana fuese muy diferente de la casa campesina. Si esta constaba –por norma general– de un único espacio de habitabilidad, una gran sala «multiusos» donde se trabajaba, cocinaba, comía y dormía, la urbana contaba con varias estancias bien diferenciadas. Si la urbana era básicamente de madera y adobe, la campesina se construía con los elementos constructivos que se pudieran tener más a mano, como adobe, ladrillo o madera. Ante la falta de espacio constructivo las casas urbanas buscaban la verticalidad, la construcción en altura con al menos dos pisos, uno inferior para las actividades económicas como una tienda o un taller y uno superior que sería propiamente la vivienda familiar con varias estancias. En ciudades donde el espacio urbano lo permitía, las casas podían contar con un patio con un pozo y bodega en el subsuelo. Cierto es que este modelo habitacional urbano variará mucho según en qué zona de Europa nos encontremos. Mientras que en Andalucía las casas se articulan en torno a un patio central, en Ámsterdam, la falta de espacio hizo que se construyese en altura con casas de varios pisos.

La Veduta della Catena, 1887. Francesco y Raffaello Petrini. Famosa vista de Florencia basada en una imagen de finales del siglo XV en pleno periodo mediceo cuando era una de las ciudades más pujantes de Europa.

El problema de la casa urbana, aparte del hacinamiento, eran los inexistentes sistemas sanitarios. Solo los ricos contaban con alguna letrina muy rudimentaria sin ninguna forma de evacuar los excrementos de forma limpia. El sistema habitual era vaciar por las ventanas recipientes llenos de orina o agua sucia, una acción que en España se indicaba con el conocido ¡Agua va!. Un documento de 1342 relativo al Perigord (antigua región francesa situada al suroeste del país, actualmente Nueva Aquitania) recordaba que «*para el buen orden de la ciudad, debía cuidarse siempre que no se arrojaran por las ventanas aguas fétidas y podridas que envenenaban el aire y a la gente del vecindario*». Pero la insalubridad comenzaba ya en el interior de la casa. La ubicación de las letrinas cerca de la cocina, su escasez y su mala construcción provocaba la posible contaminación del agua potable y de la comida. Ello llevaba a la existencia de parásitos intestinales que denotan la falta de higiene personal, la insuficiente cocción de los productos crudos, la escasa limpieza de los vegetales y la convivencia cercana, incluso en la misma estancia, con animales.

Si dentro de casa la situación era mala, en las calles la situación era crítica. Las calles de las ciudades medievales solían ser estrechas, con una anchura que oscilaba entre los dos y los cinco metros, salvo para las grandes arterias, que podían llegar a los diez o doce metros. Eran asimismo con mucha frecuencia tortuosas, con pocas

secciones rectilíneas y abundancia de tramos, lo que dificultaba su limpieza, que ya de por sí era escasa o nula, haciendo que resultansen malolientes. Algunas veces, tenía que intervenir hasta el rey para acabar con tal situación.

> «Después de que el rey [Felipe Augusto] regresó a la ciudad de París, se quedó solo unos pocos días. Pasó una hora por su palacio pensando en sus tareas, como alguien que tenía interés por su reino para mantenerlo y mejorarlo. Se apoyó en una de las ventanas de la sala donde solía apoyarse por saludable y para tomar el aire. En ese momento pasaban carretas que avanzaban por la calle revolviendo el barro y la suciedad lanzando al aire un mal olor intenso e insufrible que llegó hasta la ventana donde el rey estaba apoyado. Cuando sintió un hedor que era tan corrupto que se tuvo que marchar de la ventana por tener arcadas.
>
> Por esa razón concibió en su valentía hacer una obra generosa y suntuosa, pero muy necesaria y como todos sus antecesores nunca se atrevieron a acogerlo para empezar, por los grandes costes que suponía ese trabajo. Entonces juntó al preboste y a los burgueses de París, y les ordenó que todas las calles y callejuelas de la ciudad fuesen pavimentadas con piedra arenisca grande y fuerte, con cuidado y bien».
>
> (Chronique de Saint Denis).

Con los comercios de la ciudad pasaba lo mismo. Los carniceros y matarifes trabajaban también intramuros matando los animales y preparando las piezas para su venta dentro de la ciudad. Los desperdicios y la sangre eran arrojados a la calle sin contemplaciones, ensuciándolas y esparciendo un olor intenso a podredumbre y, más grave aún, contaminando las aguas que posteriormente hombres y animales beberían. Por ello, aunque ya algo tarde, se comienza desde mediados del siglo XIV a regular el trabajo de los carniceros, prohibiéndoles tirar las tripas a la calle tal cual, sino en un área adecuada, con ventilación y siempre alejada lo más posible de la ciudadanía y de las fuentes de agua potable. Lo mismo podemos decir de pescaderías y sobre todo de las tenerías, que usaban productos químicos nocivos para la salud, que con el tiempo acabaron fuera de la ciudad a cierta distancia y siempre río abajo.

Alegoría del buen gobierno. Fresco pintado por Ambrogio Lorenzetti en el Salón de los Nueve del ayuntamiento de Siena. A la derecha vemos diversos oficios en plena faena, así como animales intramuros de la ciudad.

En consecuencia, las enfermedades eran muy comunes en el entorno urbano, las condiciones de hacinamiento e insalubridad fueron el caldo de cultivo adecuado para que todo tipo de enfermedades ligadas a la falta de higiene prosperasen. De hecho, según los historiadores conocedores del tema, hay una sobremortalidad urbana como característica estructural de la sociedad medieval. La ciudad estaba llena de múltiples tipos de insectos (moscas, pulgas, cucarachas) capaces de facilitar la transmisión de algunas enfermedades como el cólera, pero el animal más frecuentemente ligado a la suciedad urbana es la rata, la misma que servirá de transmisora de pulgas infectadas con *Yersinia Pestis*.

Durante las epidemias era muy habitual encalar las iglesias pues la cal tenía la capacidad de matar los gérmenes. A veces, como en este caso de la iglesia de San Lorenzo de Sahagún, al quitar el encalado nos encontramos con la sorpresa de unas preciosas yeserías policromadas mudéjares.

## La higiene personal y los baños

¿Cómo era la higiene personal de la gente del medievo? En una palabra, escasa, y eso en el mejor de los casos. Las casas no contaban con ninguna habitación dedicada a tal uso, como dijimos, solo las casas de los ricos contaban con un rudimentario retrete, pero nada más. En el siglo XIII y en las clases acomodadas, ya era una costumbre común lavarse las manos antes y después de comer, así como los dientes.

> «No toleres ninguna mancha en tu atuendo; lávate las manos, límpiate los dientes; si en las uñas te aparece una mota de suciedad, no permitas su presencia».
>
> (El libro de la rosa).

Para poder asearse y bañarse se tenía que acudir a establecimientos adecuados para tal fin, los baños. Estos baños son herederos directos de las termas romanas o de los baños musulmanes en el sur de Europa, pero a otra escala y, en general, mucho más modestos. En principio, las casas de baño tenían una doble connotación que la Iglesia no veía con buenos ojos. La parte positiva es que se consideraba que eran necesarios para la higiene y tanto reyes como el papa disponían de baños privados. La parte negativa es que las casas de baño públicas eran sospechosas de ser mucho más que lugares de limpieza corporal. Las casas públicas de baño eran lugares mixtos con hombres y mujeres relajándose desnudos y disfrutando de un buen baño caliente al mismo tiempo. Una situación que se aproximaba más al erotismo y a actividades de tipo sexual, como las que aparecen en las novelas del periodo, como *El libro de la rosa*, *La castellana de Vergi*, o la novela occitana *Flamenca* que hace de los baños el punto de encuentro de los amantes mientras que se nos describe la importancia curativa del agua.

El erotismo en los baños. *Memmo di Filippucio*. Fresco en la iglesia de San Giminiano,

Y en cada uno de los baños
manaba agua caliente
que salía hirviendo;
y de otra parte manaba agua fría
con la que se enfriaba
siempre que padecían males;
Y cada baño estaba bien cubierto
y cerrado con muros,
como si fuera una casa,
y había habitaciones
[illegible]

En Borbón había unos baños magníficos;
todo el que quería, fuera del lugar o foráneo, podía bañarse con toda su satisfacción.
En cada baño se podía encontrar escrito las posibilidades de servicio;
no hubo jamás abuso
que lo viera da caliente.
Había baños adecuados para todo el tiempo necesario.
y cada uno se podía bañar cuando quería:
no encontraría quien, se lo impidiera,
después de haber convenido
hablado con el patrón un lugar apartado,
en el que se podía descansar y tenderse,
y refrescarse a voluntad.

En los últimos siglos del medievo, la consideración del baño como un sitio donde fluían las bajas pasiones cambió. La sociedad comenzó a ver los baños no como un lugar donde podía establecerse cierta concupiscencia –que en verdad aún se mantenía en ciertos locales ya claramente vinculados al comercio carnal–, sino un lugar de higiene, donde la idea misma del baño se equiparaba con la purificación del alma, un espacio donde hombres y mujeres de cualquier edad podían convivir sin escandalizar demasiado.

Como siempre suele pasar, los baños no estaban al alcance de todos. Todo tenía un precio que los grupos más desfavorecidos y las gentes pertenecientes a los bajos fondos no podían pagar. En número incontable vagaban por la ciudad rodeados de toda esa miseria e insalubridad en busca de la suficiente comida para sobrevivir al día a día. Cuando llegue la peste serán los primeros en morir.

# 4

# La peste negra

## La rata negra

La rata culpable de transmitir la peste negra es la rata negra. Poco sabemos del origen de este roedor. A lo largo del tiempo apareció y desapareció de diversos lugares de Eurasia. Las evidencias de ADN y diversos fragmentos óseos indican que tuvo su origen en la región del sureste de Asia, en la península malaya, desde donde se dispersó colonizando el resto del continente, llegando a Europa probablemente en tiempos del Imperio romano de la mano de los comerciantes que, sin saberlo, las admitían como polizonas en los navíos que comunicaban la India y el mundo grecorromano.

La rata negra.

La dispersión por el territorio romano fue rápida. La rata negra se adaptó perfectamente al nuevo hábitat e incluso a los climas fríos del norte de Europa donde se documenta su presencia, gracias a la arqueología, durante la Alta Edad Media. Con todo, en las zonas europeas más frías, como Escandinavia, la rata negra, aunque se documenta, no se adapta bien, siendo terreno abonado para otro tipo de rata:la rata marrón, más grande, más agresiva pero menos dañina para el ser humano del que

suele huir y esconderse, todo lo contrario que su pariente la rata negra.

El motivo principal de esta rápida difusión es su fácil adaptabilidad a hábitats cambiantes. Por un lado, tenemos que hablar de su dieta omnívora pues comen una amplia variedad de alimentos, que incluyen semillas, frutas, hojas, hongos e incluso pueden ser carnívoras al alimentarse de pequeños animales tanto vertebrados como invertebrados. Esta dieta tan variada justifica el segundo de los motivos, su preferencia por vivir cerca de los hábitats humanos donde la comida es abundante.

La rata negra infesta un barco y devora un cadáver que suponemos infectado de peste negra. Grabado medieval.

## El contagio

La peste bubónica comienza de forma oculta como una epizootia entre las propias ratas, y se difunde entre ellas con un patrón bastante regular que ha permitido establecer de forma interesante el marco temporal de infección en una localidad cualquiera.

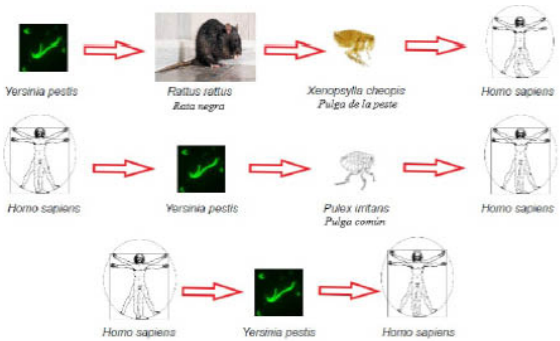
Todo empieza cuando una de las pulgas Xenospsylla cheopis ingiere sangre con gran carga bateriana. Sucede que bacilo es más grande que el propio tubo digestivo de la pulga y, con una cierta cantidad de ellos, se forma un tapón que evita que la pulga pueda alimentarse correctamente, pues la sangre no le llega de forma adecuada. Lo que se produce es un flujo-reflujo entre pulga y huésped que permite que se transfieran alrededor de 24.000 bacterias entre uno y otro. La pulga, hambrienta, muerde repetidamente a su huésped buscando alimentarse, por lo que a cada picadura regurgita bacterias sobre la herida que produce a su víctima. La dosis de contagio es, por tanto, muy alta y ese es uno de los motivos por los que tan pocos contagiados sobreviven a la peste.

*Xenospsylla cheopis.*

En general se necesitan entre 10 días a dos semanas para que una colonia de ratas quede completamente infectada, hayan muerto todas y las pulgas tengan necesidad de buscar nuevos huéspedes fuera de la ya extinta colonia. Tras tres días de ayuno, las pulgas se aventurarán fuera de su hábitat de alimentación habitual buscando nuevos cuerpos a los que parasitar y la cercanía del ser humano hará que se conviertan en inesperados receptores de tales pulgas. El ser humano queda

contagiado después de un periodo de incubación de entre 3 a 5 días. A continuación, tendrá lugar la aparición de los primeros enfermos con síntomas en otros 3 a 5 días. La muerte de la mayoría de los enfermos se producirá, como máximo, en los siguientes 8 días. En total, desde el momento en que una colonia de ratas queda infectada hasta las primeras muertes entre humanos, podemos estar hablando de un periodo de tres semanas, cuatro como lo máximo.

Todo este periodo está aún caracterizado por unos casos esporádicos de enfermedad. Esta fase se denomina fase endémica y rápidamente se transforma en epidémica con el crecimiento exponencial de casos de peste a las pocas semanas de la aparición de estos primeros enfermos. Sin embargo, también debe tenerse en cuenta el tiempo de incubación, el curso de la enfermedad y la muerte de un número creciente de personas infectadas al final de la fase endémica. Todos estos elementos forman también parte del proceso epidémico. Es necesario que transcurra cierto tiempo antes de que el repentino aumento de contagios presagie el comienzo de la fase epidémica. En total, desde que las ratas se infectan hasta que se puede declarar la aparición del brote epidémico se tiende a tardar entre 39 y 40 días o un poco más hasta aproximadamente 45 días.




Cuadro con las tres formas de contagio.

Aunque hablamos de ratas y pulgas como las causantes de la peste, en realidad no es verdad, el verdadero culpable es un bacilo microscópico llamado *Yersinia Pestis*. Este sí es el verdadero asesino escondido en el flujo sanguíneo. Usa a las ratas y a las pulgas como sus meros transmisores, pero no lo hace de forma exclusiva, pudiéndose dar diversas formas de contagio, incluso más rápidamente y más agresivas, sin que aparezcan ambos animales. Hablamos así de tres formas diferentes de contagio posibles:

Como podemos ver en el cuadro, la primera de las posibilidades de contagio es la más reconocida. El bacilo afecta a la rata negra que, al ser parasitada por la pulga, queda automáticamente infectada. Al morir todos sus huéspedes ratas, las pulgas han de buscar otros nuevos huéspedes encontrándose el ser humano entre ellos.

Las otras dos formas implican algo muy diferente y para que se produzca es necesario el contacto humano. En los usos de toda sociedad humana el cuidado del enfermo es algo fundamental, casi un deber religioso. *«Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver» (Mateo 25, 34-36)*. Por ello siempre que hay un conocido o un familiar enfermo, existe una costumbre universalmente aceptada de visitar al doliente y, llegado el caso, de acudir a los velatorios y/o funeral donde se reúne una masa humana muy susceptible de infectarse. Cuantos más enfermos y fallecidos más veces se repetirá el patrón antes mencionado, que solo acabará cuando se produzca la extinción de todos los potenciales huéspedes que la pulga pudiera encontrar. En el cuadro observamos dos formas diferentes de propagarse el contagio entre el ser humano, una primera que

implica un nuevo actor, en este caso la pulga común que se podría encontrar casi en cualquier lugar, y una segunda en la que directamente desaparece todo tipo de intermediario y el contacto con cualquier persona infectada podría suponer la transmisión del bacilo entre el enfermo y los individuos sanos.

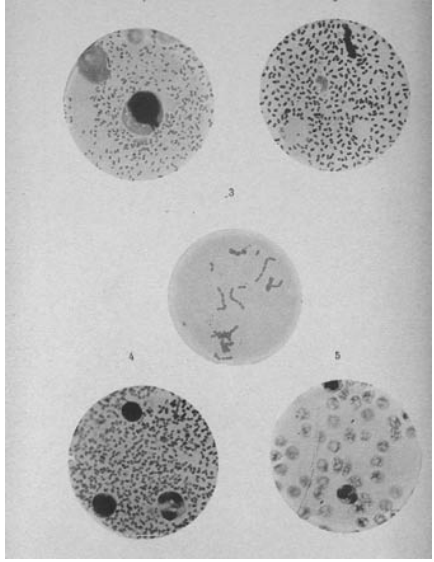
Es por ello que cuando la sociedad se dio cuenta de que el simple contacto o el hecho de encontrarse en un lugar donde hubiese infectados podría causar la muerte, los lazos de solidaridad tradicionales tendieron a desaparecer. Así lo recogemos en múltiples documentos de la época, de una punta a otra de Europa.

> «Esa pestilencia privó de habitantes a ciudades, castillos y pueblos, de modo que apenas se podía encontrar a nadie que habitara allí; la pestilencia era tan contagiosa que quien tocaba a muertos o enfermos se contagiaba inmediatamente y moría; y el penitente y el confesor fueron llevados al mismo tiempo a la tumba. Por causa del miedo y el pavor, las obras piadosas y misericordiosas, como son visitar a los enfermos y enterrar a los muertos, los hombres apenas se atrevieron a ejercerlas».
>
> (Anales de Irlanda, John Friar).

Miniatura de la Biblia de Toggenburg, Suiza 1411.

## *Yersinia Pestis*

Hasta finales del siglo XIX el bacilo que provocó la peste negra, y todos sus rebrotes posteriores a lo largo del tiempo, era absolutamente desconocido. En 1894 la epidemia de la peste apareció de nuevo. Surgida del interior de Mongolia, llegó a las costas del Mar de la China afectando con fuerza la colonia británica de Hong Kong. A esta ciudad fue enviado por el gobierno francés y el Instituto Pasteur el médico y microbiólogo franco-suizo Alexandre Yersin, establecido en la Indochina francesa. Su misión consistiría en estudiar las razones de la epidemia. Yersin no es el único médico presente para estudiar la epidemia. En Hong Kong se encuentra otro equipo de investigadores, en este caso japoneses, dirigidos por el prestigioso científico Kitasato Shibasaburo.



Plancha original de A. Yersin con las primeras imágenes de la bacteria. 1. Pulpa de bubón de un chino que sufre la peste. 2. Pulpa de los ganglios muertos espontáneamente por la peste. 3. Cultivo joven de cocobacilo de la peste de bubón. 4. Pulpa de los ganglios de un ratón inoculado con un cultivo. 5. Sangre recogida justo antes de la muerte del cuerpo de un hombre fallecido por la peste de forma fulminante.

Gracias a poder acceder a la morgue, Yersin consigue coger unos bubones y llevarlos de vuelta a su laboratorio improvisado en Hong Kong merced a los equipos que había podido conseguir en Saigón. Los síntomas que observó entre los chinos eran idénticos a los de las antiguas epidemias que habían afectado históricamente a Europa. El doctor Yersin observó en los pacientes:

- Desarrollo rápido tras una incubación de 4 días y medio a 6 días.
- Fuerte fiebre acompañada de delirio. Aparece el bubón desde el principio, generalmente solo uno, que se desarrolla en el 73 % de los casos en la parte de la ingle o en el 10 % de los casos en la axila. También aparecen en otras partes del cuerpo como la nuca, pero es poco habitual (el 17 % de los casos restantes).
- Los ganglios adquieren rápidamente el tamaño de un huevo de pollo.
- La muerte llega en torno a las 48 horas y de manera frecuente incluso antes. La mortalidad supera el 95 % en los hospitales.
- En caso de que el paciente consiguiese pasar esas fatídicas 48 horas hasta los 5/6 días el pronóstico es mejor, el bubón se suaviza y se puede operar para dar paso al pus.

El estudio del doctor Yersin junto con unas cepas de la peste llegó a París para ser leída el 30 de junio de 1894 en la *Académie des Sciences* y publicada en los *Annales de l'Institut Pasteur*.

Por su parte, el equipo japonés del doctor Kitasato publicó sus descubrimientos de un bacilo de la peste obtenido de la sangre en la revista *The Lancet*:

> «Ahora daré algunas notas breves sobre el bacilo. Los bacilos se encuentran en la sangre, en los bubones, en el bazo y en el resto de los órganos internos de las víctimas de la plaga. Los bacilos son varillas con extremos redondeados, que se tiñen fácilmente con los colorantes de anilina ordinarios. Los polos se tiñen más oscuros que la parte media, especialmente en preparaciones de sangre y presentan una cápsula a veces bien marcada, a veces indistinta.

Los bacilos que se encuentran en el bazo se tiñen mejor con una solución de azul de metilo. (…) El crecimiento de los bacilos es más fuerte en el sérum de la sangre a la temperatura normal del cuerpo humano (34 ºC [sic]): bajo estas condiciones se desarrollan exuberantemente y son de consistencia húmeda y de color gris amarillento; no licúan el suero».

Pese a estos dos grandes estudios, ninguno podrá resolver el problema de la transmisión de la enfermedad de las ratas a los humanos. Aunque Yersin subraya en su estudio su gran presencia en los lugares donde están los enfermos, este doctor francés considerará como transmisor posible la mosca, al ejemplo de cualquier otra enfermedad tropical que trataba en Indochina. Será el doctor Paul-Louis Simond, tiempo después, quien demuestre el papel de la pulga de la rata como el verdadero transmisor del bacilo.

Hoy en día y desde 1970, el bacilo recibe su nombre en honor del eminente doctor franco suizo A. Yersin.

## Los síntomas

Toda la literatura médica que estudia los síntomas de la peste divide sus síntomas en tres tipos de infecciones basadas en buena parte en las formas en que un individuo se ha contagiado. Así, hablamos de una primera fase o infección bubónica, que afecta al sistema linfático, caracterizada por los famosos bubones y con ciertas posibilidades de supervivencia. Esta primera infección puede provocar dos fases siguientes, que denominamos secundarias, que se retroalimentan a su vez entre sí y con la infección bubónica. Si la infección llega al torrente sanguíneo hablamos de infección septicémica cuya mortalidad es realmente muy alta. Si la infección alcanza a los pulmones hablamos de infección pneumónica, la más letal pues su mortalidad es superior al 99 % de los infectados.

## Infección bubónica

Después de un periodo de incubación que se extiende entre dos a seis días tras haber sido mordidos por las pulgas, los pacientes infectados desarrollan bubones en los nódulos linfáticos del cuello, las axilas o las ingles dependiendo de en qué sitio se ha producido la picadura. Normalmente, el inicio es un repentino cambio con escalofríos inexplicables y un aumento de la temperatura corporal entre los 38,8 y 39,4 grados Celsius. En esta fase el paciente comienza a sentir un fuerte dolor de cabeza acompañado de debilidad generalizada y dolores en otras partes del cuerpo. Todo ello provoca que el enfermo se vuelva confuso, inquieto por todo lo que le está pasando, irritable por los múltiples dolores o incluso apático; ya en este momento habla con dificultad e incluso pueden producirse vómitos.

«Aparecieron las «ampollas de quemaduras» y los forúnculos se desarrollaron en diferentes partes del cuerpo: en los órganos sexuales, otras veces en los muslos, o en los brazos, y en otros casos en el cuello. Al principio, eran del tamaño de una avellana y el paciente sufría un violento ataque de escalofríos que pronto lo dejaban tan débil que ya no podía estar de pie, viéndose obligado a permanecer en su cama consumido por una fiebre violenta y vencido por una gran tribulación. Pronto los forúnculos crecían al tamaño de una nuez, luego al de un huevo de gallina o de un ganso, y eran extremadamente dolorosos e irritaban el cuerpo provocando el vómito de sangre al viciarse los jugos. La sangre subía por los pulmones afectados hasta la garganta, produciendo una putrefacción y efecto de descomposición en última instancia en todo el cuerpo. La enfermedad duraba tres días, y en el cuarto, a más tardar, el paciente sucumbía».

(Miguel da Piazza. Historia Sícula).

Detalle de un grabado medieval con los famosos bubones.

## Infección septicémica

También provocada por los mordiscos de la pulga, la peste septicémica se produce cuando las bacterias de la plaga han alcanzado la sangre y se multiplican sin control. Los pacientes presentan un cuadro de síntomas variado que son los mismos de la infección bubónica (dolor de cabeza, fiebre, escalofríos, fiebres y debilidad generalizada), junto con otros propios como los sangrados de la boca, nariz, recto o debajo de la piel y, especialmente, el oscurecimiento y muerte del tejido cutáneo por gangrena en las extremidades (manos, pies y nariz). Su mortalidad, que se produce entre los siete a diez días, es muy alta pero inferior al 90 %.

De la observación de este ennegrecimiento de la piel y de su alta mortalidad proviene el nombre común con el que conocemos toda la epidemia, la peste negra.

## Infección neumónica (pulmonar)

Aunque es la menos frecuente es la más letal de todas con tasas superiores al 99 %. Se produce cuando el patógeno alcanza los pulmones. Aunque puede ser una derivada de cualquiera de las dos anteriores, también se puede transmitir de persona a persona directamente sin agente transmisor a través de las microgotas de la tos. El enfermo transmisor puede expulsar en la saliva y sangre la batería contaminante. En este caso hablamos de infección neumónica primaria pues el esputo del enfermo atraviesa la tráquea y llega directamente a los pulmones. Los signos y síntomas aparecen rápidamente, y junto con los comunes dolores de cabeza, fiebre y debilidad generalizada, el enfermo sufre de tos con esputos de sangre, falta de aliento, náuseas y vómitos. Al alcanzar los pulmones, este tipo de peste avanza con rapidez y puede causar insuficiencia respiratoria, acabando con la vida del enfermo en menos de 48 horas.

La infección neumónica no depende ni de la rata ni de la pulga, se produce por una interacción directa entre los individuos. Esto ha dado argumentos a una corriente historiográfica de «negacionistas de la plaga» que niegan la vinculación de la peste negra con *Yersinia Pestis*. Estos negacionistas postulan que la bacteria responsable de la peste negra no fue la reconocida por todos, sino el ántrax. El ántrax lo causa una bacteria (*bacillus anthracis*) que puede encontrarse naturalmente en la tierra y afecta comúnmente a los animales, tanto domésticos como salvajes. El ser humano se puede infectar cuando las esporas ingresan en el organismo ya sea por la respiración, beber agua, comer alimentos contaminados o cuando penetran en el organismo a través de heridas o rasguños en la piel. Aunque tiene muchos síntomas que puedan recordar a los de la pandemia que provoca *Yersinia pestis*, sin embargo, el ántrax no es contagioso, no se puede contraer por contacto con otra persona como si se tratase de

un simple resfriado. Los defensores de la teoría que niegan validez a la peste bubónica se hacen preguntas que sin duda son interesantes como: ¿por qué las descripciones de la tercera pandemia son tan diferentes de aquellas registradas por los observadores contemporáneos de la segunda (la peste negra)? ¿cómo esta enfermedad que depende del movimiento gradual de ratas barre tan rápido el continente europeo? ¿cómo es posible que la peste estallase en el norte de Europa (Islandia, Escandinavia o Rusia) durante el invierno cuando las pulgas están inactivas?

Mientras que las dos primeras preguntas son de difícil respuesta, la tercera ya ha sido respondida. La osteoarqueología (la excavación y examen científico de huesos humanos de sitios arqueológicos) es concluyente respecto a la presencia afirmativa de *Yersinia Pestis* en el norte de Europa; es más, en los mismos cementerios donde se documenta la plaga no aparece ningún patógeno epidémico diferente, ni siquiera de ántrax. Así visto, la peste neumónica parece ser la principal causante de las muertes en los territorios del norte. Este tipo de infección se propaga con mayor facilidad en climas fríos donde tendemos a toser, a estornudar y a congregarnos en interiores donde nos protegemos de las inclemencias climáticas.

# 5

# La peste negra avanza por Europa

## Caffa

No se sabe bien ni cuándo ni dónde, pero en líneas generales se cree que apareció en algún momento en torno a la década de 1330 en las aisladas planicies del Asia Central. Desde este punto indeterminado la plaga se difundió en todas las direcciones, sin duda con el mismo grado de virulencia con el que será conocido. Sin embargo y aunque sabemos que azotó tierras chinas, el suroeste del continente asiático y en el subcontinente indio, los textos que han pervivido de aquellas regiones poca información nos ofrecen.

Todos los cronistas y geógrafos contemporáneos vinculan el punto de origen de la peste con las estepas. Dos autores andalusíes, contemporáneos a la peste negra, lo hacen desde las regiones aún más alejadas. Ibn Khatimah escribió un tratado de la plaga en Almería en 1349, según sus fuentes de información el origen se encuentra en la China y desde allí avanzó hacia occidente. De una opinión semejante es Ibn al-Jatib quien apunta a una segunda zona cero, el valle del Indo, unos catorce años antes de que llegase a Europa occidental (1333-1334).

Fortaleza genovesa de Caffa.

La peste comienza a documentarse de forma fehaciente en el mundo musulmán a mediados de la década de 1340. Es en este momento cuando la peste va a entrar en Europa desde Asia central. En 1343, Janibeg, que era el Khan de los Kipchack, una confederación de pueblos nómadas túrquicos y base de la famosa Horda de Oro que 30 años antes se habían convertido oficialmente al islam, decidió emprender una campaña militar contra las posesiones cristianas en la península de Crimea, localizadas en uno de los extremos occidentales de la ruta de la seda. Estas posesiones, que no pasaban de ser más que puestos comerciales o factorías, proporcionaban pingües beneficios a los genoveses, sus poseedores. En 1343 Tana, actualmente desaparecida y localizada junto a la ciudad de Azov (Rusia), cayó en manos de la Horda de Oro y ese mismo año asediaron Caffa (actualmente llamada Feodosia) y una segunda vez en 1345-47. En 1346 el ejército tártaro utilizará la epidemia como arma bacteriológica, pues durante el asedio de la ciudad arrojaron contra los sitiados los cuerpos de personas muertas a causa de la peste. Esta táctica, aunque ya estaba más que probada, no surgió efecto pues la plaza resistió obligando a los tártaros a replegarse.

> «Los tártaros moribundos, aturdidos y estupefactos por la inmensidad del desastre provocado por la enfermedad, y al darse cuenta de que no tenían esperanzas de escapar, perdieron el interés por el asedio. Pero ellos ordenaron que los cadáveres fueran colocados en catapultas y arrojados a la ciudad con la esperanza de que el intolerable hedor mataría a todos los que estaban dentro. Lo que parecían montañas de muertos fueron arrojados a la ciudad y los cristianos no pudieron esconderse ni huir o escapar de ellos, aunque arrojaron tantos cuerpos como pudieron en el mar. Y pronto los cadáveres en descomposición mancharon el aire y envenenaron el suministro de agua, y el hedor era tan abrumador que apenas uno de cada varios miles estaba en condiciones de huir de los restos del ejército tártaro. Aún más, una persona infectada podía contagiar a personas y lugares con la enfermedad tan solo con la mirada. Nadie conocía ni podía descubrir un medio de defensa».
>
> (Gabriel de Mussis. Istoria de Morbo sive Mortalitate quae fuit Anno Dni MCCCXLVIII).

Caffa resistió e incluso los genoveses pudieron retomar Tana, al final fue una victoria de la pequeña república italiana. Sin embargo, lo que ellos, ni unos ni otros, sabían, es que esta plaga no la transmitían los cadáveres, sino los enfermos. Resumiendo, tanto el ejército tártaro en sus desplazamientos como la genovesa Caffa fueron el punto cero, documentado, de la entrada de la peste negra en Europa. Nuevas líneas en la investigación plantean que no hubo un punto único, sino un sistema de transmisión único. El comercio de grano por toda la región del Mar Negro y los buques comerciales de grano fueron los reservorios necesarios de pulgas y ratas y desde donde viajaron a todas las partes del Mediterráneo.

## Rápida difusión por Europa

Unos meses más tarde ya había cruzado el Mar Negro, los primeros casos en Constantinopla aparecen casi inmediatamente gracias a los mercaderes genoveses que comunicaban la metrópoli con la lejana colonia. Desde Constantinopla, la peste viajará en todas las direcciones a una velocidad inusitada a lomos de mercantes, caravanas, ejércitos, peregrinos y en barcos de transporte.

A inicios de octubre de 1347 el cronista franciscano Miguel de Piazza nos cuenta que la peste negra aparece en Messina (Sicilia). Hasta allí había llegado navegando en doce galeras genovesas que partieron de Constantinopla o incluso desde la propia Crimea. Desde el puerto de Messina la enfermedad alcanzó toda la isla y cruzó el estrecho adentrándose en tierras calabresas. Sicilia sirvió como punto de difusión para Europa occidental del mismo modo que la capital bizantina lo fue para la Europa oriental. Siguiendo las principales rutas marítimas, rápidamente las costas itálicas,

Provenza, norte de África, Aragón y las islas fueron infectadas antes de finales de año.

«Toda la Provenza fue contagiada de estas calamidades, y se supone que toda la costa y todos los países vecinos se infectaron, por medio del aliento hediondo del viento que sopló hacia el sur desde la región afectada por la peste; y siempre, día tras día, moría más gente. Ahora, por voluntad de Dios, ha llegado a nuestras costas, tal como algunos creen, de esa manera descrita. El 31 de diciembre de 1347 tres galeras cargadas de especias y otras mercancías arribaron al puerto de Génova después de ser impulsadas por una tormenta del este. Las tres estaban horriblemente infectadas y cuando los genoveses se dieron cuenta de esto, y de que otros hombres morían repentinamente sin remedio, los barcos fueron expulsados del puerto con flechas ardientes y otras máquinas de guerra. Porque no había nadie que se hubiera atrevido a tocarlos o hacer negocios con ellos que no hubiese muerto inmediatamente. Y así, de puerto en puerto, una de las galeras recaló finalmente en Marsella y a su llegada ocurrió lo mismo, la gente se infectó sin explicación alguna y morían repentinamente, y entonces los ciudadanos expulsaron a la galera. Esta galera se unió a las otras dos que andaban vagando por el mar y se dice que se dirigen hacia el Atlántico a lo largo de la costa de la península ibérica y que si pueden, recalarán en los puertos más sureños para concluir su comercio. La infección que dejaron estas galeras atrás a lo largo de todo su recorrido, particularmente en las ciudades y regiones costeras, primero en Grecia, luego en Sicilia e Italia (especialmente en Toscana) y posteriormente en Marsella y luego como resultado a lo largo de Languedoc, fue tan grande que su duración y horror apenas puede ser creído, y mucho menos descrito».

(Carta del canónigo Louis Heyligen en 1348).

Venecia y Génova, las grandes potencias marítimas del momento, ya sufrían en enero de 1348 (escasamente tres meses después de documentarse la peste en Sicilia). En menos de un mes después llegó a la comercial Pisa, entrando a través del Arno a Florencia y al resto de Italia, que ya en el invierno estaba complemente infectada. De Italia a gran velocidad llegó a Francia, se cree que por causa de una galera infectada que había sido expulsada del puerto de Génova. De la costa provenzal poco a poco fue entrando tierra adentro remontando el Ródano llevada por cualquiera que hubiese estado en contacto con alguien enfermo. En un tiempo récord, pocos meses después (junio-julio de 1348) la encontramos documentada ya en Burdeos y en la costa atlántica. A París llegó en agosto. Antes de finalizar el año, la peste negra estaba asentada en las islas británicas.

Difusión de la peste negra por el Mediterráneo.

En 1349, aparece en los puertos que rodeaban el mar del Norte y luego se propagó en toda la Alemania septentrional. Ese mismo año llegó a Bergen, Noruega, uno de los principales puertos del reino transportada desde Inglaterra. En esta ciudad la peste fue terrible pues se estima que acabó con dos tercios de la población. La ciudad de Lübeck se vio afectada a comienzos de junio de 1350, e inmediatamente después los puertos y los países ribereños del Báltico. En 1350-1351 resultaron afectadas Polonia, Lituania y Curlandia. En 1352, completando su círculo de terror, la peste entró desde el norte en Rusia asolando Moscú y otras grandes ciudades rusas.

Las *Crónicas de Pskov* nos narran la dramática situación que se vivió en dicha ciudad rusa:

«Y así fue en aquellos días. Debido a la gran cantidad de moribundos, los sacerdotes no podían sacar a los muertos de las casas de uno en uno, por lo que dieron instrucciones para

que cada persona llevase a sus muertos al cementerio [cada iglesia tenía su cementerio]. En una noche, pudieron llegar a acumularse treinta o más cuerpos para ser enterrados de una única iglesia, todos ellos recibieron un funeral común con himnos, pero de forma individualizada cada hombre, mujer o niño recibió la absolución y, luego, tres o cinco muertos fueron enterrados en una tumba individual, y esto pasaba en cada iglesia. No había lugar donde enterrar a los muertos pues todas las tumbas estaban llenas, por lo que fuera de las iglesias y de los cementerios se abrieron largas trincheras donde los muertos fueron enterrados».

La fulgurante expansión por vía marítima es paralela al avance por vía terrestre. En junio de 1348 ya aparece al otro lado de los Alpes con una rápida dispersión por toda la Europa central en los meses siguientes.

Posibles rutas de transmisión de la peste por Europa. Como se puede ver los datos para Europa central y oriental son muy imprecisos.

## La difusión de la pandemia en el mundo islámico

Aunque enfocamos nuestro estudio en la Europa cristiana, debemos mencionar también lo que sucede al otro lado del Mediterráneo en tierras musulmanas. Desde Constantinopla los mercaderes que comerciaban con la ciudad comenzaron a propagarla por las costas de Oriente Medio, y en la misma rápida difusión que hubo en territorio cristiano en pocos meses ya estaba instalada desde tierras hispanas hasta las fronteras de la India. Viajeros musulmanes, médicos y burócratas tomaron nota de la devastación que provocó en sus ciudades. Como en territorio cristiano la muerte estaba a la vuelta de la esquina.

Curiosamente, y aunque punto cero de la peste, esas estepas ignotas del Asia Central estaban más cerca del mundo islámico que del cristiano y no hay claras evidencias en los textos musulmanes de la peste antes de su aparición en Crimea en 1346. Por otro lado, sí es cierto que algunos escritos persas mencionan varios estallidos de «una plaga» en Azerbaiyán y Bagdad en 1347, no parece –según los textos consultados– que se trate de la misma peste que asoló Europa. La peste negra como tal entró por Oriente Medio llevada, como dijimos anteriormente, por los mercaderes. En otoño de 1347 ya se encuentra en Egipto. Un cronista contemporáneo pone el foco en una nave esclavista con una tripulación de 32 mercaderes y 300 marineros y esclavos que llegó al puerto de Alejandría. Al atracar tan solo cuatro mercaderes y un esclavo seguían vivos, el resto estaban muertos en esa tumba flotante. Remontando el Nilo la peste negra alcanzó el interior de África.

Por una triple vía, Anatolia, Egipto y la franja costera palestina, la peste retorna a Asia. Gaza a finales de 1347, Aleppo a principios de 1348, Antioquía y Armenia también en ese año. Desde Oriente Medio se propagó siguiendo las principales rutas

comerciales que cruzaban Asia hasta China. La ruta de la seda fue muy afectada y la peste se difundió por Persia y la India. En 1349 la plaga –la peste negra– asolaba ya Bagdad. En 1351 llegó a la India. Los peregrinos que iban a La Meca llevaron la peste a la ciudad santa con una fuerte mortalidad entre sus habitantes. En 1351 alcanzó todos los extremos de la península arábiga. En el norte de África la situación fue exactamente la misma, amén de Egipto –uno de los primeros territorios infectados. El siguiente punto donde se documenta la peste es en Túnez. Su cercanía con Sicilia y sus importantes puertos comerciales fueron decisivos para la rápida llegada en 1348. De nuevo como sucedió en en el resto de los lugares, la peste, tras asentarse en tierra tunecina, se expandió por Argelia y Marruecos. El filósofo e historiador Ibn Jaldún en su *Al Muqaddimah* copia el siguiente poema del tunecino Abul-Qasum ar-Rahawi:

> «Constantemente pido a Dios por su perdón.
>
> Se acabó la vida y la comodidad.
>
> En Túnez, tanto por la mañana como por la tarde.
>
> Y la mañana pertenece a Alá tanto como la tarde.
>
> Hay miedo, hambre y muerte, provocados por los tumultos y la peste».

Aunque la obra no es estrictamente contemporánea a los hechos, Ibn Jaldún sabía de lo que hablaba pues había perdido a sus padres y a gran parte de sus maestros durante la peste.

El triunfo de la muerte, Pieter Brueghel el Viejo.

## En la península ibérica

La costa mediterránea peninsular se encontraba completamente abierta y desprotegida frente a la pandemia adonde llegó desde diversos frentes: desde territorio francés por tierra o por mar, por el mar saltando de isla en isla o desde el sur por el norte de África a territorio granadino.

Los primeros territorios ibéricos en ser alcanzados por la plaga fueron las islas Baleares. Ya en una fecha tan temprana como el 26 de febrero de 1348, el gobernador de Mallorca había enviado cartas a los alguaciles de su administración para que inspeccionasen con cuidado las naves que provenían del este, principalmente las italianas, pues –y esto lo podemos inferir– a su oído ya habían llegado noticias de la peste y de su transmisión causada por los navíos que atracaban provenientes de esos territorios orientales. Como sabemos, y pese al aviso, todo fue inútil.

En territorio continental, las primeras zonas infectadas en torno al mes de abril de 1348 fueron tierras fronterizas con el reino francés y más cercanas al Mediterráneo, los condados catalanes del Rosellón y Cerdaña. En mayo, casi al tiempo que la peste penetraba por territorio francés, ya apareció en los puertos de Barcelona y Valencia. En la ciudad del Turia llegaron a alcanzarse picos de 1.500 muertos diarios. Una de las víctimas más destacadas de la peste fue la reina aragonesa Leonor de Portugal, muerta en Jérica (Castellón) el 30 de octubre tras haber contraído la

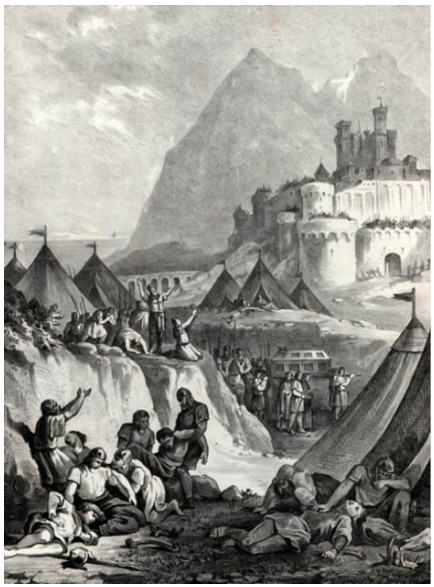
peste estando en Teruel.

Por su cercanía con Francia la peste negra llegó al reino de Navarra. Llegó muy pronto, con toda seguridad a través del Camino de Santiago, la gran vía de comunicación de la España medieval. Gracias a los documentos, sabemos que Pamplona ya estaba infestada al menos el 24 de junio de 1348, cuando no se pudo cobrar ciertos alquileres debido a que sus habitantes habían muerto *por razón de la mortaldad*. Debido al alto poblamiento de Navarra, en pocos días llegó a todos los rincones del reino, afectando también durante el mes de julio los territorios de la corona castellana de la ribera derecha del Ebro.

El reino nazarí sufrió los primeros brotes a principios de verano. Almería y Granada se verían rápidamente afectadas. Tal y como indica el poeta y médico musulmán Ibn Jatima la plaga llegó al puerto almeriense el 1 de junio de 1348 con una tasa de mortalidad diaria de 70 personas.

De forma inmediata ya se documentan los primeros casos en el interior de la península en territorio castellano y portugués. El caso castellano es destacado. El rey Alfonso XI había puesto asedio a la fortaleza de Gibraltar en 1349 en su intento de tomar el control de toda la bahía de Algeciras. En el campamento cristiano aparecerá la peste y el rey morirá por su causa el 26 de marzo de 1350. La *Crónica de Alfonso XI* lo cuenta de la siguiente forma:

> «le fué dicho et aconsejado [al rey] que se partiese de la cerca, por quanto morían muchas compañas de aquella pestilencia, et estaba el su cuerpo en grand peligro: empero por todo esto nunca el Rey quiso partirse del dicho real sobre Gibraltar […] Et fué la voluntat de Dios que el Rey adolesció, et ovo una landre. Et finó viernes de la semana sancta, que dicen de indulgencias, que fué à veinte et siete días de Marzo en la semana sancta antes de Pascua en el año del nascimiento de nuestro Señor Jesu-Christo de mil et trescientos et cincuenta años, que fué entonces año de jubileo»
>
> (Crónica del muy alto et muy católico
>
> rey D. Alfonso el Onceno).



La peste asola el campamento cristiano frente a Gibraltar. Grabado decimonónico.

La desgracia para la corona castellana pudo ser mayor si el ya rey Pedro I hubiese muerto en agosto de ese mismo año por una epidemia desconocida que afectó a toda Sevilla. ¿Se trató de un rebrote de la peste negra en la ciudad? Muchos expertos así lo piensan.

En Galicia, exactamente en las localidades de Bayona y Tuy, la información de la que disponemos habla de la llegada de la peste durante los últimos meses de 1348. Si tenemos en cuenta que la primera mención en las costas mediterráneas peninsulares se produjo durante la primavera, la rapidez en su difusión es impresionante. Es decir, a lo largo de los meses centrales de 1348 la peste alcanzó ya ambas mesetas. La peste, o el morbo como se conocía, tuvo una fuerte presencia en la meseta norte en todos los lugares principales. Los datos, siempre indirectos y no completos, nos impiden conocer su incidencia en zonas como el País Vasco o Cantabria o en ciudades de la importancia de Toledo, Burgos o Valladolid.

De Portugal tenemos noticias de que ya había casos al menos el 29 de septiembre, según se registra en el llamado *Livro das Eras* de Santa Cruz de Coimbra. Un monje escribió: «*Era de mil trescientos y ochenta y seis años* [1348] *fue grande la mortalidad en el mundo así que igualmente murieron dos tercios de las gentes. Esta mortalidad duraba en la tierra por espacio de tres meses. Y el mayor dolor de los dolores eran los bubones que tenían en las axilas y sobre los brazos. Y la mayor parte de la gente tanto las que murieron como las que sobrevivieron, todos tuvieron estos dolores*». En una nota aparte el monje escribió la fecha «*Por san Miguel de Septiembre* [el día 29] *se produjo esta Pestilencia*».

## Florencia y Bocaccio

Florencia será desde mediados del siglo XIII una ciudad en crecimiento, aunque bloqueada en su acceso al mar por una de las grandes potencias marítimas, Pisa. Sin embargo, Pisa será derrotada en agosto de 1284 en la batalla de Meloria acabando con todo su poder marítimo. Esta derrota pisana permitirá que Florencia comience a ocupar el lugar más preminente de toda la Toscana. Con el paso del tiempo, el aumento de la población en las áreas rurales producirá más alimentos y bienes de primera necesidad que, a su vez permitió que hacia Florencia hubiese una fuerte emigración de gente con diversos oficios. Todos estos emigrantes y el auge económico del entorno contribuyeron a crear la ciudad que todos conocemos, al punto que se estima que en el territorio de la república vivirían hasta 400.000 personas.

La peste negra vendrá a cambiar todo, al punto de considerarse a la ciudad del Arno intrínsecamente asociada con la epidemia. Florencia será la primera gran ciudad de Europa occidental afectada con una gran mortalidad, o así nos lo cuenta en una brillante descripción Giovanni Bocaccio, el afamado escritor florentino que vivió en primera persona los tiempos de la peste. En el proemio de la primera jornada de su *Decamerón* nos dejó escrito un vívido relato de lo sucedido. Con esta brillante descripción pretende situarnos en los hechos y motivos que justifican la decisión de siete mujeres y tres hombres de la alta sociedad florentina de abandonar la ciudad. Tras escuchar misa en Santa María Novella, estas diez personas deciden huir de la ciudad escapando de la enfermedad, los diez se refugiarán en una villa abandonada en las cercanías de Fiesole, en Villa Palmieri. Allí y durante una serie de días se contarán varios de relatos de tipo erótico, procaces y anticlericales, como una forma de pasar el tiempo y matar el aburrimiento.

> «Digo, pues, que ya habían los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios llegado al número de mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste que o por obra de los cuerpos superiores o por nuestras acciones inicuas fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para nuestra corrección que había comenzado algunos años antes en las partes orientales privándolas de gran cantidad de vivientes y, continuándose sin descanso de un lugar en otro, se había extendido miserablemente a Occidente».

Bocaccio no nos cuenta ni más ni menos que lo mismo que documentamos en toda Europa. Ninguna de las respuestas que se dieron a la pestilencia, médicas o espirituales, sirvió de nada.

«Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas no una vez sino muchas ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. (…). Y para curar tal enfermedad no parecía que valiese ni aprovechase consejo de médico o virtud de medicina alguna; así, o porque la naturaleza del mal no lo sufriese o porque la ignorancia de quienes lo medicaban (de los cuales, más allá de los entendidos había proliferado grandísimamente el número tanto de hombres como de mujeres que nunca habían tenido ningún conocimiento de medicina) no supiese por qué era movido y por consiguiente no tomase el debido remedio, no solamente eran pocos los que curaban sino que casi todos antes del tercer día de la aparición de las señales antes dichas, quién antes, quién después, y la mayoría sin alguna fiebre u otro accidente, morían».

La peste en Florencia descrita por Bocaccio.

También nos describe cómo era la enfermedad tal cual él, que no era médico, vio sus efectos externos en sus conciudadanos.

«Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes. Y así como la buba había sido y seguía siendo indicio certísimo de muerte futura, lo mismo eran estas a quienes les sobrevenían».

La enfermedad tuvo una rápida propagación por toda Florencia. Bocaccio achaca esta difusión en gran medida a no aislar a los enfermos de los sanos, ni en sus personas ni en sus propiedades, pues la peste se encontraba en todos lados.

«Y esta pestilencia tuvo mayor fuerza porque de los que estaban enfermos de ella se abalanzaban sobre los sanos con quienes se comunicaban, no de otro modo que como hace el fuego sobre las cosas secas y engrasadas cuando se le avecinan mucho. Y más allá llegó el mal: que no solamente el hablar y el tratar con los enfermos daba a los sanos enfermedad o motivo de muerte común, sino también el tocar los paños o cualquier otra cosa que hubiera sido tocada o usada por aquellos enfermos, que parecía llevar consigo aquella tal enfermedad hasta el que tocaba. Y asombroso es escuchar lo que debo decir, que si por los ojos de muchos y por los míos propios no hubiese sido visto, apenas me atrevería a creerlo, y mucho menos a escribirlo por muy digna de fe que fuera la persona a quien lo hubiese oído. Digo que de tanta virulencia era la calidad de la pestilencia narrada que no solamente pasaba del hombre al hombre, sino lo que es mucho más (e hizo visiblemente otras muchas veces): que las cosas que habían sido del hombre, no solamente lo contaminaban con la enfermedad sino que en brevísimo espacio lo mataban. De lo cual mis ojos, como he dicho

hace poco, fueron entre otras cosas testigos un día porque, estando los despojos de un pobre hombre muerto de tal enfermedad arrojados en la vía pública, y tropezando con ellos dos puercos, y como según su costumbre se agarrasen y le tirasen de las mejillas primero con el hocico y luego con los dientes, un momento más tarde, tras algunas contorsiones y como si hubieran tomado veneno, ambos a dos cayeron muertos en tierra sobre los maltratados despojos».

Ante tal situación, el tejido socioeconómico de la ciudad se deshace y la autoridad desaparece al ritmo que los magistrados son también afectados por la peste. Tan solo, aunque Bocaccio no lo menciona, la cofradía de la iglesia de Orsanmichele parecía auxiliar a los enfermos y su actividad caritativa se volvió fundamental tanto para asuntos religiosos como sociales.

«Y en tan gran aflicción y miseria de nuestra ciudad, estaba la reverenda autoridad de las leyes, de las divinas como de las humanas, toda caída y deshecha por sus ministros y ejecutores que, como los otros hombres, estaban enfermos o muertos o se habían quedado tan carentes de servidores que no podían hacer oficio alguno; por lo cual le era lícito a todo el mundo hacer lo que le pluguiese».

Ante la falta de una autoridad, los florentinos comienzan a pensar en sí mismos y en cómo sobrevivir a la pesadilla por sus propios medios.

«De tales cosas, y de bastantes más semejantes a estas y mayores, nacieron miedos diversos e imaginaciones en los que quedaban vivos, y casi todos se inclinaban a un remedio muy cruel como era esquivar y huir a los enfermos y a sus cosas; y, haciéndolo, cada uno creía que conseguía la salud para sí mismo».

Iglesia de Orsanmichele.

Ante este individualismo y «sálvese quien pueda» que nos cita Bocaccio hay cuatro posturas diferentes. Por un lado, aquellos que se recluyeron en sus casas sin tener contacto con nadie, un aislamiento social con un componente de austeridad y sobriedad de tipo ascético.

«Y había algunos que pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo debía ofrecer gran resistencia al dicho accidente y, reunida su compañía, vivían separados de todos los demás recogiéndose y encerrándose en aquellas casas donde no hubiera ningún enfermo y pudiera vivirse mejor, usando con gran templanza de comidas delicadísimas y de óptimos vinos y huyendo de todo exceso, sin dejarse hablar de ninguno ni querer oír noticia de fuera, ni de muertos ni de enfermos, con el tañer de los instrumentos y con los placeres que podían tener se entretenían».

Pero si parte de la sociedad pensaba así, otros pensaban exactamente lo contrario optando por un cierto nihilismo y ante «la segura muerte», optaron por beber hasta la extenuación, cantar y, en general, dejarse llevar por los más bajos placeres, pero igualmente que los anteriores, alejándose de la sociedad abandonando a los enfermos a su segura muerte.

«Otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar y andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese; y tal como lo decían, lo ponían en obra como podían yendo de día y de noche ora a esta taberna ora a la otra, bebiendo inmoderadamente y sin medida y mucho más haciendo en los

demás casos solamente las cosas que entendían que les servían de gusto o placer. Todo lo cual podían hacer fácilmente porque todo el mundo, como quien no va a seguir viviendo, había abandonado sus cosas tanto como a sí mismo, por lo que las más de las casas se habían hecho comunes y así las usaba el extraño, si se le ocurría, como las habría usado el propio dueño. Y con todo este comportamiento de fieras, huían de los enfermos cuanto podían».

Un tercer grupo podemos decir que se encontraba a mitad de camino entre los ascéticos y los dados a los placeres. Básicamente actuaban como si la ciudad no estuviese sufriendo.

«Muchos otros observaban, entre las dos dichas más arriba, una vía intermedia: ni restringiéndose en las viandas como los primeros ni alargándose en el beber y en los otros libertinajes tanto como los segundos, sino suficientemente, según su apetito, usando de las cosas y sin encerrarse, saliendo a pasear llevando en las manos flores, hierbas odoríferas o diversas clases de especias, que se llevaban a la nariz con frecuencia por estimar que era óptima cosa confortar el cerebro con tales olores contra el aire impregnado todo del hedor de los cuerpos muertos y cargado y hediondo por la enfermedad y las medicinas».

Bocaccio no critica las tres posturas anteriores. Son simplemente formas de enfrentarse a la pandemia, ninguno de aquellos abandonaba la ciudad y se mantenía, más o menos firme, en su lugar, abriendo sus comercios, negociando o realizando cualquiera de sus actividades cotidianas. Sin embargo, hay un cuarto grupo que él censura ya que iban un paso más allá que los anteriores. Abandonaban la ciudad y sus responsabilidades como ciudadanos de Florencia. Curiosamente lo que esos diez jóvenes protagonistas habían hecho.

«Algunos eran de sentimientos más crueles (como si por ventura fuese más seguro) diciendo que ninguna medicina era mejor ni tan buena contra la peste que huir de ella; y movidos por este argumento, no cuidando de nada sino de sí mismos, muchos hombres y mujeres abandonaron la propia ciudad, las propias casas, sus posesiones y sus parientes y sus cosas, y buscaron las ajenas, o al menos el campo, como si la ira de Dios no fuese a seguirles para castigar la iniquidad de los hombres con aquella peste y solamente fuese a oprimir a aquellos que se encontrasen dentro de los muros de su ciudad como avisando de que ninguna persona debía quedar en ella y ser llegada su última hora».

Los enfermos ante la peste estaban desamparados, nadie se encargaba de ellos y morían solos y abandonados por todos. Tan solo el apoyo de los suyos podía dar consuelo a los enfermos. La ciudad había perdido todo el sistema de atención pública y empieza a surgir una fuerte demanda de cuidadores (criados), por lo que los pocos disponibles aprovecharon la ocasión para subir sus emolumentos. Lo cruel, según Bocaccio, es que si muchos enfermos hubiesen tenido un cuidador se hubieran salvado.

Los jóvenes del Decamerón pertenecerían a este grupo. El Decamerón. John Waterhouse.

«Y aunque estos que opinaban de diversas maneras no murieron todos, no por ello todos se salvaban, sino que, enfermándose muchos en cada una de ellas y en distintos lugares (habiendo dado ellos mismos ejemplo cuando estaban sanos a los que sanos quedaban) abandonados por todos, languidecían ahora. Y no digamos ya que un ciudadano esquivase al otro y que casi ningún vecino tuviese cuidado del otro, y que los parientes raras veces o nunca se visitasen, y de lejos: con tanto espanto había entrado esta tribulación en el pecho

de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano, y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble, los padres y las madres a los hijos, como si no fuesen suyos, evitaban visitar y atender. Por lo que a quienes enfermaban, que eran una multitud inestimable, tanto hombres como mujeres, ningún otro auxilio les quedaba que o la caridad de los amigos, de los que había pocos, o la avaricia de los criados que por gruesos salarios y abusivos contratos servían, aunque con todo ello no se encontrasen muchos y los que se encontraban fuesen hombres y mujeres de tosco ingenio, y además no acostumbrados a tal servicio, que casi no servían para otra cosa que para llevar a los enfermos algunas cosas que pidiesen o mirarlos cuando morían; y sirviendo en tal servicio, se perdían ellos muchas veces con lo ganado. Y además, se siguió de ello la muerte de muchos que, por ventura, si hubieran sido ayudados se habrían salvado; de los que, entre el defecto de los necesarios servicios que los enfermos no podían tener y por la fuerza de la peste, era tanta en la ciudad la multitud de los que de día y de noche morían, que causaba estupor oírlo decir, cuanto más mirarlo».

Debido a ello, se rompe un tabú y los velatorios y entierros cambian ante el miedo a juntarse la gente y contagiarse.

«Y de este ser abandonados los enfermos por los vecinos, los parientes y los amigos, y de haber escasez de sirvientes se siguió una costumbre no oída antes: que a ninguna mujer por bella o gallarda o noble que fuese, si enfermaba, le importaba tener a su servicio a un hombre, como fuese, joven o no, ni mostrarle sin ninguna vergüenza todas las partes de su cuerpo no de otra manera que hubiese hecho a otra mujer, si se lo pedía la necesidad de su enfermedad; lo que en aquellas que se curaron fue razón de honestidad menor en el tiempo que sucedió. (…). Por lo cual, casi por necesidad, cosas contrarias a las primeras costumbres de los ciudadanos nacieron entre quienes quedaban vivos. Era costumbre, así como ahora vemos hacer, que las mujeres parientes y vecinas se reuniesen en la casa del muerto, y allí, con aquellas que más le tocaban, lloraban; y por otra parte delante de la casa del muerto con sus parientes se reunían sus vecinos y muchos otros ciudadanos, y según la calidad del muerto allí venía el clero, y él en hombros de sus iguales, con funeral pompa de cera y cantos, a la iglesia elegida por él antes de la muerte era llevado. Las cuales cosas, luego que empezó a subir la ferocidad de la peste, o en todo o en su mayor parte cesaron casi y otras nuevas sobrevivieron en su lugar. Por lo que no solamente sin tener muchas mujeres alrededor se morían las gentes sino que eran muchos los que de esta vida pasaban a la otra sin testigos; y poquísimos eran aquellos a quienes los piadosos llantos y las amargas lágrimas de sus parientes fuesen concedidas, sino que en lugar de ellas eran por los más acostumbradas las risas y las agudezas y el festejar en compañía; la cual costumbre las mujeres, en gran parte pospuesta la femenina piedad a su salud, habían aprendido óptimamente. Y eran raros aquellos cuerpos que fuesen por más de diez o doce de sus vecinos acompañados a la iglesia; a los cuales no llevaban sobre los hombros los honrados y amados ciudadanos, sino una especie de sepultureros salidos de la gente baja que se hacían llamar faquines y hacían este servicio a sueldo poniéndose debajo del ataúd y, llevándolo con presurosos pasos, no a aquella iglesia que hubiese antes de la muerte dispuesto, sino a la más cercana la mayoría de las veces lo llevaban, detrás de cuatro o seis clérigos con pocas luces y a veces sin ninguna; los que, con la ayuda de los dichos faquines, sin cansarse en un oficio demasiado largo o solemne, en cualquier sepultura desocupada encontrada primero lo metían».

Estos cambios de costumbres no se aplican a toda la sociedad, incluso en la muerte hay diferencias entre ricos y pobres. Los desafortunados que tienen la desgracia de morir son tratados como si fuesen cualquier otro desperdicio urbano.

«De la gente baja, y tal vez de la mediana, el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque éstos, o por la esperanza o la pobreza retenidos la mayoría en sus casas, quedándose en sus barrios, enfermaban a millares por día, y no siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos. Y bastantes acababan en la vía pública, de día o de noche; y muchos, si morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera, hacían sentir a los vecinos que estaban muertos; y entre éstos y los otros que por toda parte morían, una muchedumbre. Era sobre todo observada una costumbre por los vecinos, movidos no menos por el temor de que la corrupción de los muertos no los ofendiese que por el amor que tuvieran a los finados. Ellos, o por sí mismos o con ayuda de algunos acarreadores cuando podían tenerla, sacaban de sus casas los cuerpos de los ya finados y los ponían delante de sus puertas (donde, especialmente por la mañana, hubiera podido ver un sinnúmero de ellos quien se hubiese paseado por allí) y allí hacían venir los ataúdes, y hubo tales a quienes por defecto de ellos pusieron sobre alguna tabla».

Los muertos poco a poco se acumulaban y no había forma fácil de deshacerse de

tantos cuerpos. Ante tal situación los florentinos nuevamente rompen otros muchos tabúes de respeto ante los muertos y tiene que optar por medidas prácticas y rápidas para deshacerse de los cuerpos enfermos.

> «Tampoco fue un solo ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una vez sola sino que se habrían podido contar bastantes de los que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo, o así sucesivamente, contuvieron. Y muchas veces sucedió que, andando dos curas con una cruz a por alguno, se pusieron tres o cuatro ataúdes, llevados por acarreadores, detrás de ella; y donde los curas creían tener un muerto para sepultar, tenían seis u ocho, o tal vez más. Tampoco eran éstos con lágrimas o luces o compañía honrados, sino que la cosa había llegado a tanto que no de otra manera se cuidaba de los hombres que morían que se cuidaría ahora de las cabras; por lo que apareció asaz manifiestamente que aquello que el curso natural de las cosas no había podido con sus pequeños y raros daños mostrar a los sabios que se debía soportar con paciencia, lo hacía la grandeza de los males aún con los simples, desaprensivos y despreocupados. A la gran multitud de muertos mostrada que a todas las iglesias, todos los días y casi todas las horas, era conducida, no bastando la tierra sagrada a las sepulturas (y máxime queriendo dar a cada uno un lugar propio según la antigua costumbre), se hacían por los cementerios de las iglesias, después que todas las partes estaban llenas, fosas grandísimas en las que se ponían a centenares los que llegaban, y en aquellas estibas, como se ponen las mercancías en las naves en capas apretadas, con poca tierra se recubrían hasta que se llegaba a ras de suelo».

Si la situación social la describe con esos términos, de forma mucho más sucinta, pero de forma igual de clara, nos describe la grave situación económica, pues las cuatro posturas que nos había comentado anteriormente suponían tanto un abandono de sus obligaciones cívicas como de las económicas. Cada cual por sus motivos abandonaron cualquier obligación o trabajo que habían tenido antes. La ciudad no solo sufría la peste, sino que además comenzó a sufrir escasez de productos básicos.

> «Y por no ir buscando por la ciudad todos los detalles de nuestras pasadas miserias en ella sucedidas, digo que con un tiempo tan enemigo que corrió ésta, no por ello se ahorró algo al campo circundante; en el cual, dejando los burgos, que eran semejantes, en su pequeñez, a la ciudad, por las aldeas esparcidas por él y los campos, los labradores míseros y pobres y sus familias, sin trabajo de médico ni ayuda de servidores, por las calles y por los collados y por las casas, de día o de noche indiferentemente, no como hombres sino como bestias morían. Por lo cual, éstos, disolutas sus costumbres como las de los ciudadanos, no se ocupaban de ninguna de sus cosas o haciendas; y todos, como si esperasen ver venir la muerte en el mismo día, se esforzaban con todo su ingenio no en ayudar a los futuros frutos de los animales y de la tierra y de sus pasados trabajos, sino en consumir los que tenían a mano. Por lo que los bueyes, los asnos, las ovejas, las cabras, los cerdos, los pollos y hasta los mismos perros fidelísimos al hombre, sucedió que fueron expulsados de las propias casas y por los campos, donde las cosechas estaban abandonadas, sin ser no ya recogidas sino ni siquiera segadas, iban como más les placía; y muchos, como racionales, después que habían pastado bien durante el día, por la noche se volvían saciados a sus casas sin ninguna guía de pastor».

Bocaccio termina pintándonos un paisaje desolador, es la tormenta perfecta, la conjunción de diversos factores negativos como el abandono de los campos, la falta de cuidados para los enfermos o la peste en sí, que en unos meses se llevó la vida de más de cien mil florentinos (por suerte, en realidad, no fueron tantos).

> «¿Qué más puede decirse, dejando el campo y volviendo a la ciudad, sino que tanta y tal fue la crueldad del cielo, y tal vez en parte la de los hombres, que entre la fuerza de la pestífera enfermedad y por ser muchos enfermos mal servidos o abandonados en su necesidad por el miedo que tenían los sanos, a más de cien mil criaturas humanas, entre marzo y el julio siguiente, se tiene por cierto que dentro de los muros de Florencia les fue arrebatada la vida, que tal vez antes del accidente mortífero no se habría estimado haber dentro tantas?»

# 6

# La respuesta médica y social

La peste negra cogió a los especialistas en medicina por sorpresa, nunca, ni en territorio cristiano ni en territorio islámico había llegado una pandemia así, por lo que ninguno de los remedios existentes era el adecuado para atajar la peste negra. La medicina medieval es directa deudora de la medicina antigua, de Galeno e de Hipócrates, completada con estudios realizados por Avicena y otros estudiosos musulmanes ya conocidos en la Europa del momento. Esta uniformidad en el conocimiento va a provocar que a ambos lados del Mediterráneo los doctores tengan siempre el mismo tipo de respuestas ante la enfermedad, con dos preguntas siempre en mente: ¿cómo evitar el contagio?, ¿cómo curar a los enfermos?

## Causas de la peste

Como vimos anteriormente, tanto cristianos como musulmanes tenían claro que la causa última de la peste era Dios/Alá. Lo que les diferenciaba era el motivo, la razón por la que la divinidad había enviado la peste a los hombres. Si para los cristianos era un castigo por los pecados y la relajación moral de la sociedad, para los musulmanes se trataba de una prueba a los fieles.

Santo Tomás de Aquino, Carlo Crivelli, segunda mitad siglo del s. xv.

Santo Tomás de Aquino y otros filósofos desarrollaron la idea del orden natural basándose en las enseñanzas de Aristóteles. Dios como la causa primera del Todo podía actuar a su propio arbitrio y de forma independiente a las llamadas leyes naturales, consideradas como la causa segunda. Estas causas segundas sí eran accesibles a la razón humana a través del conocimiento y del estudio.

En consecuencia y dejando de lado siempre la causa primera, había una serie de causas naturales que habían provocado la aparición de la peste que se dividieron, a su vez, en dos tipos: unas causas universales o celestes (alineamiento de cuerpos celestes, el zodíaco) y unas causas terrenales mucho más próximas y coyunturales de cada momento. Pese a lo extraño que nos pueda parecer, para los doctores medievales, tanto unas como otras son igual de serias y merecían un estudio científico.

## Causas celestes

El alineamiento de los planetas y el zodíaco fue considerado como causa justificativa de las enfermedades, es más, gracias a su estudio se podían prever las enfermedades que iban a azotar a una región en un año concreto. Unos pocos años antes de la peste, en 1340, Agostino da Trento, prelado eremita de San Agustín al servicio del obispo de Trento Nicolás Abrein, se veía capaz de profetizar el número y el tipo de enfermedades que iba a sufrir la ciudad trentina. En su estudio daba explicaciones astrológicas a la pestilencia y da instrucciones acerca de cómo guardarse frente a ellas:

> «Mostraré nueve conclusiones y muchas correlaciones. Primero mostraré que las enfermedades de este año han sido y serán debidas a la mala naturaleza de la constelación, a saber, Marte y la sexta casa. Segundo mostrar la naturaleza especial de lo que fueron y serán las enfermedades de este año en general. Tercero, asignaré [el lugar] de dónde provienen las enfermedades particulares tanto las mixtas como las simples. Cuarto, declarar cómo se debe tener cuidado con las enfermedades simples y mixtas. Quinto, voy a explicar a qué personas las enfermedades que se presentan este año en general según la naturaleza de los planetas. Sexto, declararé a que miembros las dolencias se producen en particular, y las raíces de las que proceden. Séptimo, declaro los términos de las enfermedades ya sean terminales en lo bueno o en lo malo y cómo se hace el pronóstico. Octavo, voy a explicar las regiones en las que ocurren las enfermedades de acuerdo con los principios de los astrónomos. Noveno, declararé de alguna manera el ascenso de tu ciudad de Trento a partir de la cual sus médicos podrán obtener varios accidentes en este año y otros según la conjunción y oposición de los planetas».

Gentile da Foligno, otro de los grandes médicos italianos del momento y que

acabará sucumbiendo a la peste negra, era de la misma opinión, aunque mucho más matizada. Las causas celestes eran importantes, tal cual él mismo había leído en el *Canon* de Avicena, pero no tanto, ya que apunta hacia otro lado, a las causas terrestres. Pero la que más sorprende es el caso de la Universidad de París, cuyos estudios médicos se consideraban de los más relevantes en Europa. En un texto conocido como la *Consultation*, datado en octubre de 1348, plantea de forma sorprendente que la causa primigenia se encuentra en una conjunción celestial.

> «Digamos entonces que la causa remota y la causa primaria de esta pestilencia fue y es una constelación celestial. En el año del Señor de 1345 se produjo la máxima conjunción de los tres planetas más altos *[posteriormente se nos dirá que se trata de Saturno, Júpiter y Marte]*, especialmente el vigésimo día del mes – martes -, en Acuario, a la primera hora de la tarde; de hecho una conjunción, con algunas otras conjunciones y los primeros eclipses de corrupción son muy mortales (…)».

Detalle del Triunfo de la muerte. Giacomo Borlone de Buschis. Oratorio dei Disciplini, Clusone.

Toda esta argumentación los maestros parisinos la basaban en la autoridad de la obra *De causis proprietatum elementorum* -entonces atribuida a Aristóteles, aunque en realidad se trate de un escrito pseudo-aristotélico- y de su posterior comentario a la obra de San Alberto Magno. En el pseudo-aristóteles la conjunción de Saturno y Júpiter originaba *grandes mortalidades y despoblamientos de los reinos*. El comentario de Alberto Magno añadía que la conjunción de Marte y Júpiter provocaba *una gran pestilencia en el aire, sobre todo si tiene lugar en un signo cálido y húmedo, como actualmente ocurre*. Ello era consecuencia del efecto combinado de las acciones de ambos planetas, puesto que *Júpiter, planeta cálido y húmedo, elevó vapores malos de la tierra y del agua, mientras Marte, planeta intemperadamente cálido y seco, inflamó los vapores elevados, originando con ello la multiplicación en el aire, de relámpagos, chispas, vapores pestíferos y fuegos*. La *Consultation* tuvo mucho éxito, publicado por la universidad parisina fue utilizado como un texto fundamental de la práctica médica, principalmente en el centro y norte del continente. Sus postulados serán defendidos y agrandados por múltiples teólogos y hombres de Iglesia. La insistencia en este tipo de causas, incontrolables para el hombre, hará que muchos doctores no investiguen ni se pregunten, como hubiera convenido, sobre otro tipo de causas.

## Causas terrestres: la corrupción del aire

Según la filosofía natural se podían explicar los cambios naturales en términos de reacciones de los cuatro elementos básicos: tierra, agua, aire y fuego y las cuatro cualidades esenciales opuestas entre sí: calor y frío, humedad y sequedad.

Para los maestros parisinos, las conjunciones planetarias hicieron que de la tierra y el agua se elevase un aire pestilente, posteriormente conocido como miasma, que se esparció por todos los sitios, corrompiendo el aire en su substancia con la ayuda del soplo frecuente de vientos del sur. En las ciudades este miasma se manifestaba como

caliente, húmedo y venenoso pues transmitía las enfermedades. Gentile da Foligno señala: «*Las causas particulares y manifiestas son las corrupciones sensibles presentes en un determinado lugar o transportadas desde lugares lejanos por vientos (sobre todo los australes), tal como ocurre por la apertura de pozos y cavernas cerrados durante largo tiempo; por la falta de ventilación y la constricción del aire entre paredes o techos; por las lagunas y los estanques (como ya señaló Galeno); o por el estiércol de los animales, los cadáveres y otras putrefacciones malolientes*».

El médico ilerdense Jaume d'Agramunt fue el primero en redactar un texto sobre la peste negra el 23 de abril de 1348 titulado *Regiment de preservació a epidímia e pestilència e mortaldats* (Métodos de protección contra la epidemia y pestilencia y muertes) recalca la importancia del aire pestilente ya desde sus primeros capítulos:

> «Mas en el aire puede venir mudamiento en dos maneras, esto es a saber, en sus cualidades, y dicho mudamiento se llama alteración. Además, puede haber mudamiento en su sustancia, y dicho mudamiento se llama putrefacción».

Este mismo médico define la pestilencia como «*mudamiento contra natura del aire en sus cualidades o en su sustancia, por el que en los seres vivientes vienen corrupciones y muertes de súbito y enfermedades diversas en algunas determinadas regiones, fuera del curso acostumbrado de aquellas*». Ciertos vientos podían provocar las dos causas de pestilencia de las que él habla en su obra. Los vientos norte y sur (tramontana y ostro respectivamente) en función de su intensidad y de la estación del año, podían alterar las cualidades del aire y crear una pestilencia, pero los vientos húmedos y cálidos eran aún peores pues provocan un cambio substancial del aire pues la mucha humedad es «*la madre de la putrefacción*».

La humedad y el calor pudrían el aire creando la pestilencia, y ese aire en algunos casos podía pudrir las aguas, no solo por la aparición de animales impuros (sapos, serpientes y lagartos) sino porque las aguas estancadas, las típicamente corruptas, eran foco de enfermedades y tenían que ser evitadas. Agramunt, en su libro, será el primero que relacionará la falta de higiene de las ciudades con la pestilencia, pero los maestros parisinos –aún reconociendo la relación entre la higiene y la enfermedad– no llegaron al punto de relacionar la importancia de la salud pública respecto a la peste negra, algo que como hemos visto, es realmente importante. A las mismas conclusiones que Agramunt sobre la importancia de la higiene, llegaron los autores musulmanes como el almeriense Ibn Jatima al-Ansari quien insistió en la importancia de una higiene cuidadosa y constante.

La idea de la corrupción del aire como causa de peste fue la más aceptada por la medicina medieval, y así lo ponen de manifiesto las obras de Aldobrandino de Siena (s. XIII), Juan de Aviñón (1381-1418) o Lluís Alcanyís (1440-1506). Los distintos tratados matizan la gravedad de la enfermedad dependiendo de si la corrupción se producía en las cualidades o en la sustancia del aire, aunque, como ya decía Agramunt, las peores enfermedades llegaban por la corrupción de esta última.

Pronto los médicos se dieron cuenta e que aquellos que se mantenían aislados y que apenas tenían contacto con otras personas seguían sanos y no enfermaban, por lo que llegaron a una doble conclusión. La corrupción del aire y la peste se transmitía entre humanos y los lugares donde estos se concentraban –las ciudades– eran focos de contagio. El ulema norteafricano Ibn Abi Madyan que vivía en Salé (ciudad marroquí al norte de Rabat) se hizo con todas las provisiones posibles y se encerró en su casa –se habla de que llegó a tapiarla– con su familia. La ciudad fue gravemente afectada, pero nadie de los encerrados cayó enfermo.

## Otras causas

¿Y si la peste negra fue artificialmente provocada por la mano de algunos? La guerra bacteriológica es conocida desde la Antigüedad y utilizada profusamente por ejércitos de todos los tiempos. Hablando de la Edad Media, los mongoles serán uno de los

pueblos que más frecuentemente la Caffa, el considerado punto cero de la peste. Los mongoles asolaron la Europa oriental y central durante el siglo XIII (Hungría, Polonia, Croacia) con grandes batallas como la de Liegnitz en abril de 1241, pero en el siglo XIV apenas pasaban del sur de las grandes planicies ucranianas –donde se encontraba Kaffa–, por lo que no podían ser acusados de envenenar a la Europa occidental a mediados del siglo XIV. No, si se daba pábulo a la posibilidad de que la peste tenía causas humanas, había que buscar dentro cada uno de los principados europeos a posibles culpables. La pregunta era: ¿quiénes eran? y como una derivada, ¿por qué querían matar a todos? Dos colectivos fueron señalados directamente, los judíos (de los que hablaremos a continuación) y los leprosos. Respecto a estos últimos, ya en 1320 se inició en Aquitania una serie de acusaciones dirigidas contra los leprosos. Se les acusaba de haber querido envenenar o transmitir su enfermedad a la sociedad. Una especie, digamos, de venganza.

Los médicos se hicieron también eco de estas tesis, Alfonso de Córdoba, médico en Montpellier que escribió un tratado sobre la peste, y Jaime de Agramont recogieron la posibilidad del envenenamiento de las aguas, pero se cuidaron muy mucho de acusar a nadie. Son los momentos en que el papa Clemente VI, por medio de una bula, negaba la acusación contra los judíos. Alfonso de Córdoba nos cuenta un posible *modus operandi*:

Médico medieval tratando los bubones en tres personajes de diferente sexo y edad.

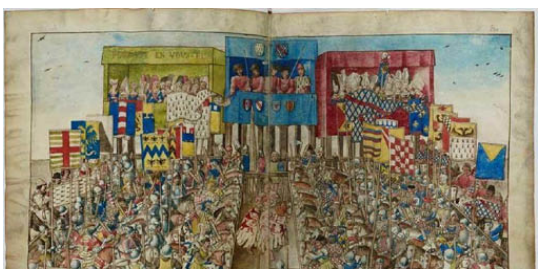
> «Es muy efectivo usar píldoras pestilenciales y las preserva del aire infectado, el aire puede infectarse mediante artificio, como cuando se prepara una confección en un ánfora de vidrio. Cuando esta confección esté bien fermentada, cualquiera que desee producir este mal, espere a que haya un viento fuerte y variable proveniente de alguna región del mundo. Camine entonces contra ese viento y ponga su ánfora cerca de un lugar pedregoso opuesto a la ciudad o villa que quiera infectar. Retrocediendo contra el viento para evitar ser infectado por el vapor, con el cuello del ánfora cubierto, arroje el ánfora con fuerza sobre las piedras. Una vez rota el ánfora, el vapor se difundirá y dispersará por el aire. A quien quiera que el vapor toque, morirá tan pronto como sea alcanzado por el aire pestilencial»

A falta de respuestas médicas claras, estas causas, sencillas y profundamente populistas, serán las más aceptadas por el pueblo llano con terribles consecuencias.

## Ira de Dios

Las tres principales religiones monoteístas compartían la creencia en la procedencia divina de la epidemia. Para el islam medieval, la plaga es misericordia y martirio para los creyentes, pues es enviada directamente por Alá sin ninguna intervención directa o indirecta de nadie. Esto mismo pensaban los cristianos: Dios había enviado la epidemia. ¿Pero por qué motivo? ¿Por qué Dios/Alá había escogido ese preciso momento para diezmar a la población? En esto ambas religiones diferían. Mientras que para el islam era una prueba para los fieles y por tanto debía ser aceptada con resignación, la respuesta desde la Europa cristiana fue unánime, se trataba de la Ira de Dios ante los pecados colectivos e individuales de la comunidad de fieles. Una pena en consonancia con los conocidos castigos recogidos en el Antiguo Testamento como fueron el Diluvio o las plagas de Egipto. Por tanto, de alguna forma, había que buscar aplacar esa ira, había que buscar el modo. Con esta idea no solo comulgaba el pueblo llano, sino también los intelectuales del momento e incluso los profesionales médicos. Dios era la causa primigenia y última de todo lo referente a la humanidad, solo Él tiene capacidad de sanar a los enfermos, los médicos ni son sino instrumentos necesarios para su divina intervención.

La pregunta más importante a responder sería: ¿qué habían hecho mal que había causado dicha ira? La respuesta es compleja, pero en general podemos decir que en el siglo XIV el cambio del mundo medieval es ya una realidad en todo el continente. La preminencia del mundo rural y del orden feudal que definían la época anterior, ahora se encontraba en causa. La nobleza se había convertido en ociosa y cortesana, más pendientes de la apariencia y de las formas que del fondo. Las Cruzadas eran el pasado, la paz reinaba, y aunque en el horizonte se veía venir una guerra dura de mucho desgaste, la Guerra de los Cien Años, la nobleza vivía tranquilamente y en la abundancia.



Los ropajes, los coloridos y la apariencia en la belleza de las armaduras y los estandartes, fueron motivos de la cólera divina. Imagen del Tratado de la forma y reglamentaciones de un torneo. Renato de Anjou.

El clero tampoco se libraba de las críticas, la simonía (compraventa de bienes y cargos eclesiásticos) y el nicolaísmo (amancebamiento de clérigos) eran frecuentes. La corte papal de Aviñón también sufría mucho desgaste. El traslado de la silla de Pedro a esa ciudad francesa suponía el control francés de la cristiandad. Se había convertido en una especie de vasallo colaborador de las políticas francas, lo cual no gustaba a ningún otro príncipe europeo. Pero las principales críticas se enfocaron hacia el papel de la ciudad y de una naciente burguesía muy obsesionada con el dinero y el abuso de poder, las ciudades eran suyas. Los núcleos urbanos, además, eran para los más moralistas lugares de vicio y concupiscencia. En general, podemos resumir las causas en una única palabra: corrupción. Corrupción del clero, de la nobleza, corrupción moral y de las costumbres sociales.

La cólera divina actuó en consonancia a la gravedad de los pecados, nada parecía detenerla ni siquiera la intervención de los santos que, hasta entonces, habían sido invocados por los fieles como intercesión o ayuda ante los problemas. Miguel de Piazza, en su crónica, relata cómo el arzobispo de Catania sumergió las reliquias de Santa Ágata (patrona de su ciudad) en agua, un remedio que aunque el autor no nos lo diga, se sobreentiende que era infalible. Esta agua fue llevada por el propio obispo a Mesina con el objeto de mojar con ella a los habitantes de la ciudad y sanarles, y

cuando llegó:

> «Los ciudadanos de Mesina, por lo tanto, se reúnen con el patriarca [el arzobispo] mencionado, a quien comienzan a ver con mucha alegría, ofreciéndose muchas acciones de gracias. Aparecieron demonios transfigurados en forma de perros, que causaron graves daños en los cuerpos de los ciudadanos de Mesina, por ello los hombres estaban horrorizados y no se atrevían a salir de sus casas. Sin embargo, de común acuerdo y por deseo del arzobispo, decidieron marchar devotamente por la ciudad recitando letanías. Mientras toda la población se desplazaba así por las calles, un perro negro, con una espada desenvainada en sus garras, apareció entre ellos, rechinando con los dientes y corriendo sobre ellos y rompiendo todos los vasos de plata y lámparas y candeleros de los altares, y arrojándolos de aquí para allá» .

De modo que la gente de Messina, aterrorizada por esta prodigiosa visión, se sintió extrañamente abrumada por el miedo. Si las respuestas tradicionales no servían para nada ¿qué hacer? Las respuestas fueron múltiples. Muchos cristianos siguieron rezando incansablemente; otros, como comenta Bocaccio, cambiaron sus costumbres y se volvieron mucho más moralistas. De forma rápida se promulgaron medidas que limitaban todos los supuestos excesos y relajaciones que habrían causado la situación. Así se limitaron los torneos de caballería, insistiendo especialmente en el lujo de las vestimentas y el adorno y ostentación de riquezas que hacían los pudientes, es decir las damas, los caballeros, los burgueses y el alto clero. Hay casos extremos como el de un sacerdote sueco que pregonaba evitar cualquier acercamiento lujurioso hombre-mujer -solo procreación- o no bañarse para evitar el viento del sur, esto al menos a la hora de la comida.

Un tercer grupo, contando con el apoyo, connivencia o al menos dejadez por parte de las autoridades cívico-religiosas, optaron por salidas mucho más radicales.

## Sospechosos habituales

La relación entre la sociedad cristiana o musulmana, dominante en sus respectivos territorios, respecto a las comunidades minoritarias como la judía varió mucho a lo largo de los siglos. A veces tolerados y otras muchas despreciados, los judíos vivieron siempre bajo el estigma de ser el pueblo que crucificó a Cristo y, por tanto, siempre culpables de lo que fuese pues, si fueron capaces de negar, torturar de esa forma al Mesías … ¿qué no serían capaces de hacer el común de los mortales?

En el calendario hay una fecha marcada en la que la comunidad judía debía tener un especial cuidado, la Semana Santa. Durante esos días los cristianos podían dejarse llevar por una furia antijudía que incluso alcanza la extrema violencia y el asesinato sin ningún tipo de respuesta por parte de las autoridades. Esta situación debía ser muy común en toda la Europa cristiana y repetida sin pudor a lo largo de los años.

> «En las demás ciudades de los francos [cristianos] tienen tres días al año conocidos por todos, en que los obispos dicen al pueblo llano «los judíos os han robado la religión y sin embargo viven con vosotros en vuestra propia tierra». Con lo cual el pueblo llano y la gente de la ciudad salen precipitadamente en busca de los judíos y cuando encuentran a uno lo matan. Luego saquean todas las casas que pueden».
>
> (Shihab al-Din al-Qarafi)

Esta excepcionalidad de la Pascua se atestigua desde la propia antigüedad, aunque la primera referencia la tenemos en Toulouse 1020 cuando se instaló la costumbre de que un cristiano abofetease a un judío de forma pública. Rodolfus Glaber, monje del siglo XI nos cuenta que esa bofetada distaba mucho de ser simbólica: "Al darle una bofetada a un judío, como se acostumbraba hacer en ese lugar todos

los años en la fiesta de Pascua, [el capellán del vizconde de Rochechouart] súbitamente hizo saltar los sesos y los ojos de la cabeza del pérfido, que cayeron al suelo: el judío murió en el acto". A nadie pareció importarle.

Hoy en día, evidentemente, ha desaparecido, pero todavía podemos encontrar en el folclore claros recuerdos de aquellas revueltas. Un ejemplo, en Asturias era costumbre que los niños agitasen carracas y cantasen una cancioncilla popular de carácter antisemita aunque muy matizada, pero quizás el ejemplo más claro lo encontramos en la provincia de León, donde durante la Semana Santa se sale a la calle a «matar judíos» es decir a beber limonada en los bares.

El judío vivía al margen de la sociedad o, si queremos, en una sociedad paralela propia, pues era considerado un ser maléfico capaz de cualquier cosa. Todos los males venían por su culpa, general como pueblo o individual de algunos de ellos en particular. Un ejemplo: el 15 de abril de 1020 un gran terremoto devastó Roma durante la Semana Santa siendo acusados un grupo de judíos que se decía que se habían mofado de un crucifijo. Sin ningún tipo de contemplaciones fueron condenados a muerte por Benedicto VIII.

La situación entre las comunidades siguió manteniéndose muy tensa y las acusaciones contra los judíos cada vez aumentaban más, tanto en número como en la importancia del delito/maldad contra los cristianos quienes, a su entender, tan solo estaban reaccionando contra ello. En Francia desde finales del siglo XII surgió el rumor de que los judíos realizaban asesinatos rituales con un *modus operandi* muy parecido y siempre con un niño pequeño como víctima del ritual. Rigord, cronista francés de la época de Felipe Augusto nos cuenta uno de estos casos:

> «El rey había oído decir a menudo, en boca de los niños que habían sido educados al mismo tiempo que él en el palacio, y lo recordaba perfectamente, que los judíos que vivían en París mataban todos los años a un cristiano, para mostrar su desprecio hacia la religión cristiana, en sacrificio, por así decir, y se escondían en criptas subterráneas el día de la Cena o durante la Semana Santa. Como perseveraron durante mucho tiempo en esa clase de delitos por su astucia diabólica, fueron arrestados en muchas oportunidades durante el reinado de su padre y entregados al fuego».
>
> (Rigord. Gesta Philippi Augusti).

Martirio de Simón de Trento. Grabado de las Crónicas de Núremberg.

Ya a finales de la Edad Media, los judíos fueron acusados de asesinar a un niño llamado Simón de Trento o *Simonino di Trento* en la Pascua de 1475, víctima de un supuesto asesinato ritual que podemos ver en la imagen siguiente.

Tras unas investigaciones se apresaron quince judíos como posibles culpables de tan horrendo asesinato y, bajo tortura, acabaron por «confesar» su crimen. Según dicha confesión forzada, los quince buscando a una víctima propiciatoria para uno de sus ritos raptaron a Simón de dos años y medio la tarde del Jueves Santo

encontrándose su cadáver el domingo de Resurrección con diversas heridas en su cuerpo que delataban que había perdido mucha sangre. Los culpables del delito fueron quemados y el gueto de la ciudad sufrió la ira del resto de los ciudadanos. Hasta el Concilio Vaticano II la historia fue dada por cierta. Gracias al Concilio se revisó el juicio dictaminándose que los judíos eran inocentes de toda culpa, el niño San Simón de Trento desde tiempo de Sixto V (1588) perdió su santidad y se prohibió la veneración de sus reliquias.

No es de extrañar que, ante un caso idéntico en Narbona en 1236, la ciudadanía enfurecida cargase contra el barrio judío y destrozase todo a su paso. El judío pasó de ser un extranjero al que apenas se toleraba, a ser el enemigo de la comunidad, aquel que había llegado para destrozarla y eso no se le podía permitir de ninguna manera.

Pese a la gravedad de estas acusaciones, no importa que fuesen inventadas, lo importante es que el pueblo se las creía creándose un caldo de cultivo muy peligroso que podía estallar en cualquier momento. A esta paranoia antijudía se añadirán múltiples componentes nuevos, como que eran agentes de una potencia musulmana, que les había pagado para asesinar pobres cristianos. Entre estos principados se hablaba del rey de Granada, del de Túnez o incluso el de la lejana Babilonia.

Pero los judíos eran odiados por otros motivos, principalmente los económicos. Al tener prohibido el acceso a la propiedad de la tierra y poder dedicarse a actividades típicas del campesinado, ellos ejercían profesiones que llamaríamos liberales, como la medicina o en el comercio, o trabajaban para los príncipes en la recaudación de impuestos, aunque principalmente son conocidos por ser prestamistas a cambio de un cierto interés monetario. Todos los autores consultados coinciden en que esta actividad fue la que más enemigos les granjeó, pues para el hombre medieval debía ser difícil compaginar la idea de pedir un apoyo económico a los «asesinos de Cristo» y encima tener que devolverles más de lo prestado, el interés, lo que llamaban usura. Y es que al cristiano le estaba prohibido el cobro de intereses en los préstamos a otro cristiano pues se consideraba usura, pero no ocurría lo mismo entre los acólitos de las diversas religiones pues, como dice el Deuteronomio (23, 20 y 21): «*no obligues a tu hermano a pagar interés, ya se trate de un préstamo de dinero, de víveres, o de cualquier otra cosa que pueda producir interés. Podrás prestar a interés al extranjero, pero no a tu compatriota, para que el Señor, tu Dios, te bendiga en todas tus empresas, en la tierra de la que vas a tomar posesión*». Es decir, un cristiano o un judío sí podían prestarse dinero entre ellos con intereses, el problema era que siempre era el cristiano quien pedía el préstamo y el judío quien lo cobraba.

De la necesidad de pedir dinero prestado no se libraban ni las clases altas. No son pocos los casos en que la aristocracia, e incluso la realeza, tenía que acudir a regañadientes a un prestamista judío, a sabiendas de que iba a estar obligado a devolver dicho préstamo con esos intereses que muchos veían como usura, pero al estar permitida por la Biblia, la cristiandad medieval lo aceptaba.Eso no quiere decir que le gustase.

A partir del siglo XIII la legislación contra la usura cambió y se volvió más restrictiva, al tiempo que las leyes se volvieron más represivas contra los hebreos. En Castilla, las Cortes de Valladolid de 1258 van a segregar a judíos y musulmanes en lo relativo al vestido: «*que ningún judío non traya penna blanca nin cendal en ninguna quisa, ni siella de barda dorada nin argentada, nin calzas vermeyas, ni panno tinto ninguno sinon prés ó broneta peita, ó engrés, ó ensay negro, fora aquellos á que lo el Rey lo mandare*», el judío, por tanto, debía vestir de una forma concreta por orden regia. Algo más tarde, en Inglaterra se fue un paso más allá y en 1290 el rey Eduardo I de Inglaterra ordena la expulsión de los judíos del reino. De Francia fueron expulsados varias veces desde finales del siglo XII, pero en el siglo XIV se vivieron tres expulsiones que acabaron con la comunidad judía en el reino. Muchos de ellos se instalaron en las tierras del Sacro Imperio. La Iglesia iba a la cabeza de esta persecución, para ella usurero y judío eran la misma cosa, con lo que atacando a una también controlaba a los otros. El canon 67 del IV Concilio de Letrán de 1215 es una muestra clara de ello, aconsejando incluso al cristiano cesar todo comercio entre cristianos y judíos si estos

«*arrancaban intereses usurarios a los cristianos*». En términos muy similares se manifiestan los concilios de Lyon de 1245 y 1274 o el concilio de Vienne (1311-1312) en el que se declaró que legitimar la usura era hacerse culpable de herejía.

¿Pero a qué se denominaba usura? Es difícil saberlo, para muchos –incluida la Iglesia– un interés que podríamos considerar legítimo por el riesgo del préstamo sería ya considerado usura, aunque todos entendían que tendría que haber un cierto beneficio sobre lo prestado. En Castilla el límite se establece en las Partidas y el Fuero Real y cuya aplicación solo se centra en judíos y musulmanes, en un 33 % anual en un plazo máximo de 3 años. Más que eso sería ilícito.

Por tanto, fue su actividad de prestamistas lo que realmente granjeó a los judíos la enemistad del pueblo y provocó los actos de violencia contra ellos, enmascarados, eso sí, por todas las consideraciones de tipo religiosas antes mencionadas. El 1 de marzo de 1190 la comunidad judía de York fue masacrada por motivos que recoge el canónigo agustino Guillermo de Newburgh en su libro IV: «*algunos nobles, endeudados en grandes sumas con esos prestamistas impíos. Algunos de ellos habían entregado sus bienes como prenda por el dinero prestado, y sufrían una gran penuria. Otros, obligados por sus propias garantías, eran intimados por el fisco a satisfacer a los usureros judíos del rey*». Asesinadas las personas, ahora tocaba ir contra el verdadero objetivo, los registros de las deudas, el contrato de préstamo donde el deudor se comprometía a la devolución del dinero con el consiguiente interés: «*cuando terminó la masacre, los conjurados se dirigieron inmediatamente a la catedral y obligaron a los aterrorizados guardias, bajo amenaza de violencias, a que les entregaran los registros de las deudas, depositados en ese lugar, mediante los cuales los cristianos eran oprimidos por los usureros judíos del rey, y destruyeron esos instrumentos de una avaricia profana en las llamas solemnes en el medio de la iglesia, tanto para su propia liberación como para la de muchos otros*». Tras esta matanza los supervivientes judíos huyeron de la ciudad para nunca volver, pese a que el rey pidió buscar y llevar a juicio a los culpables, pero nada pasó.

Así explicado podemos entender que las persecuciones de los judíos se debieron a diversos factores. Algunos, de índole religioso, los muchos de carácter económico. En este caldo de cultivo llegó la peste negra.

## Envenenadores del agua y del aire

Ya desde tiempos anteriores a la peste negra, en esta campaña continuada de desprestigio, los judíos habían sido acusados del envenenamiento de los pozos y fuentes de agua e incluso del aire cuando la enfermedad llegaba a una localidad de forma imprevista, así ocurrió unos meses antes de la aparición de la peste en Chillon (cantón de Vaux), cerca de Ginebra.

Sin embargo, en 1348, cuando la epidemia de la peste negra parecía asolar toda Europa sin remisión, la sociedad cristiana entendió que no estaba ante un caso puntual, sino de una conspiración en toda regla. El pueblo, en nombre de todos, tenía que responder y los judíos tenían que sufrir. Los pogromos –término que alude en exclusiva a los ataques a la comunidad judía- que habían estado focalizados en un lugar y en un momento concreto se convierten en moneda común. Los principales ataques se van a centrar en las tierras del Sacro Imperio, territorio que, como señalamos anteriormente, acogió desde tiempo atrás a todos los hebreos expulsados de tierras inglesas y francesas y donde se fue fraguando y acumulando todo ese odio que ahora va a estallar. Acusados y apresados sin más pruebas que los rumores, algunos judíos fueron torturados para sonsacarles la verdad y claro, acabaron confesando todo aquello que los torturadores querían y mucho más. El franciscano Herman Gigas recoge en su crónica que confesaron criar arañas y sapos en ollas y cazos y haber envenenado los pozos de agua potable para matar cristianos.

Un cronista contemporáneo nos narra lo que aconteció en Lieja en 1349: «*cuando vieron que esa mortandad y pestilencia no cesaba a pesar de los actos de penitencia, nació un rumor según el cual esa mortandad provenía de los judíos, y que los judíos habían*

*arrojado ponzoña y veneno en los pozos y las fuentes del mundo entero, con el objeto de envenenar a toda la cristiandad, para tomar el poder en toda la tierra. Por eso, todos, poderosos o humildes, están tan indignados contra ellos que los señores y la Justicia local los quemaban y los mataban en todos los lugares por donde pasaban*».

Quema de judíos. Gilles Li Muslis, s. XIV.

No sabemos qué pensaba la sociedad cristiana cuando la peste afectaba a una comunidad judía. Disponemos de crónicas que nos hablan de situaciones en que los judíos se unían a los cristianos para trabajar conjuntamente contra la enfermedad, sea colaborando en la parte asistencial o incluso, y es una gran curiosidad, participando en los rezos y oraciones colectivas que pedían a Dios, al Dios cristiano, perdón por los pecados y que acabase con la plaga.

Aunque el pueblo llano pensaba que los judíos eran culpables, no podemos decir lo mismo de las autoridades civiles y eclesiásticas. Los papas ya llevaban tiempo pidiendo que acabasen las persecuciones contra los judíos. Calixto II en 1120, Gregorio IX en 1233, Inocencio IV en 1247 entre otros, ya habían mostrado su preocupación por el tema, pero en septiembre de 1348 Clemente VI en su bula *Quambis Perfidiam* declarará alto y claro que los judíos no son culpables de nada, que la peste tiene otros orígenes y que ellos la estaban sufriendo al igual que el resto de la sociedad. Así, a través de este documento, quiere limitar los excesos contra ellos:

> «Por tanto, os ordenamos por todos estos escritos apostólicos que a cada uno de vosotros se os ha pedido que, en vuestras iglesias para las solemnidades de la Misa, mientras la gente esté reunida para los servicios divinos, advirtáis a los que están sujetos a vosotros, clérigos y laicos , bajo pena de excomunión (que recibirá allí, si no lo hace) y deberéis instruirles expresamente para que no presuman por su propia voluntad (o más exactamente, su propia imprudencia) de entrar, golpear, herir o matar a estos judíos, o para obligarlos al servicio obligatorio para ellos; pero si hubieren de estar en pleito contra ellos, ya sea por estos o por cualquier otro caso, debían continuar con el estado de derecho en presencia de los jueces competentes, quienes para que puedan tomar acción contra estos u otros excesos de estos. mismos judíos, como es justo, quitamos sus impotentes por las presentes cartas. Estas cartas presentes ya no están en vigor después de un año. Dado en Aviñón, las sextas calendas de octubre, en el séptimo año de nuestro pontificado».

Pese a la seria advertencia, el papado a mediados del siglo XIV estaba debilitado y su opinión no era escuchada por todos, y los pogromos continuaron.

Los años siguientes serán caóticos, hay ejemplos por todo el continente de ataques y de auténticas masacres contra esta minoría que no obtuvieron la deseada respuesta por parte de las autoridades, ni en el sentido de protección contra los judíos, ni de castigo contra los culpables de asaltar o quemar sus casas y propiedades o de asesinarlos a sangre fría. En la península ibérica las juderías aragonesas fueron asaltadas varias veces; en Tárrega, cerca de Lérida se documentan en el cementerio judío 37 cuerpos brutalmente asesinados durante este periodo. En Barcelona, los oficiales del rey Pedro IV y las autoridades municipales tuvieron que tomar serias medidas de protección a los judíos y contra los predicadores que lanzaban sermones y soflamas antijudaicas, gracias a ello, la comunidad hebrea de Barcelona se salvó. Donde los judíos realmente sufrieron fue en las tierras del Sacro Imperio. En esas tierras, la voluntad del papa era apenas escuchada y las relaciones entre judíos y

cristianos habían alcanzado niveles de fricción muy altos. Durante los estallidos de violencia del periodo de la peste negra las minorías hebreas de Maguncia o Colonia serían prácticamente eliminadas. En Estrasburgo tuvo lugar lo que podemos denominar otra *Matanza de San Valentín*, pues en ese día de 1349 se produjo la eliminación de más de 2.000 judíos.

## Estrasburgo, 14 de febrero de 1349

El modo de actuación y las motivaciones eran las conocidas. En primer lugar, hacía falta tener pruebas, y como estas eran imposibles de encontrar se optó por la tortura, donde bajo el dolor del tormento los judíos acabaron confesando todo aquello que les interesaba a los torturadores. A partir de entonces, se podía pasar a los hechos con una cierta legalidad, los judíos lo sabían y pidieron ayuda a las autoridades cívicas para que les protegiese, sobre todo porque ya estaban llegando noticias alarmantes de múltiples ataques en otras partes. En cuanto a las motivaciones, también las ya mencionadas, junto con las escatológicas y las acusaciones de envenenadores, por debajo subyacían las deudas que, principalmente, los miembros de los gremios de curtidores y carniceros habían contraido y que vieron una oportunidad para liquidar créditos y acreedores al mismo tiempo. El 10 de febrero, el populacho azuzado por oportunistas oradores y los líderes gremiales deponen al gobierno municipal que defendía la legalidad y nombraron a un carnicero, enemigo jurado de los judíos, como nuevo *Ammeister* (alcalde). Viendo lo que se les venía encima muchos judíos huyeron de la ciudad yotros buscaron la protección de sus vecinos cristianos.

Dos cronistas de la época nos dejaron un vívido recuerdo de lo sucedido el día 14:

> «Desde el amanecer, un estruendo indescriptible llenó las calles de Estrasburgo: era el sonido de las tropas en marcha, avanzando al ritmo de canciones salvajes, acompañadas por los gritos de las mujeres desatadas. Cuando derribó las barreras que cerraban el A la entrada a el barrio judío, la multitud se precipitó en el gueto. Hombres y mujeres, niños y ancianos fueron masacrados sin piedad. En las casas quemadas, familias enteras desaparecieron sin dejar rastro».

Masacre de los judíos de Estrasburgo, Eugène Beyer.

A pesar de la virulencia de la masacre sobrevivieron varios miles de judíos, algunos por suerte, otros por haber sido escondidos por sus vecinos. Todos ellos fueron buscados, detenidos y llevados a la fuerza al cementerio judío donde se levantó una gran pira. Algunos, ante la segura muerte, abjuraron y se convirtieron al cristianismo, pero en torno a un millar no quisieron. Hombres, mujeres y niños fueron quemados vivos. Tras la masacre no quedó ni un judío en la ciudad, pero aún más, se redactó un bando municipal prohibiendo a los judíos entrar en la misma.

Salvo las autoridades municipales depuestas, que acabaron pagando con sus

propiedades y la expulsión de la ciudad su negativa a apoyar las revueltas, ni los burgueses ricos, ni la nobleza, ni siquiera el obispo expuso la más mínima queja por lo sucedido.

## Los flagelantes

Muy relacionado con la peste negra se encuentra un movimiento de mucha fuerza en este periodo de mediados de siglo XIV, pero de corta duración y circunscrito principalmente a centroeuropa conocido como «los flagelantes». En realidad, no nace como respuesta de la peste negra, pero sí de una epidemia que asoló la ciudad de Perugia en 1259. Un eremita franciscano de la ciudad llamado Raniero Fasani organizó a un grupo de personas a quienes llamó la Hermandad de los *Disciplinati di Gesù Cristo*. Este grupo marcharía en procesión por los campos umbros y mientras cantaban himnos religiosos y escuchaban sermones se autoflagelaban (de ahí su nombre, flagelantes) para expiar sus culpas individuales y las colectivas de la comunidad perusina. La epidemia en Perugia pasó, pero la ciencia médica fue incapaz de explicar ni los motivos de su llegada ni la de su desaparición. Ello dejó camino libre a las explicaciones de tipo escatológico como la respuesta última.

¿Por qué era necesario llegar tan lejos? En realidad, la motivación la dio el Nuevo Testamento. Cristo fue azotado como parte de su pasión y muerte, un inocente que sufrió todo aquello por el perdón del pecado de los demás. Luego si Él sufrió con resignación todo aquello, por imitación lo mismo puede hacer ahora el cristiano, sangre y sufrimiento como método para calmar la Ira de Dios, la causa última del castigo de la humanidad.

El movimiento siguió vivo durante el siglo siguiente contando con el apoyo de las autoridades. Su apoyo principal provino del mundo franciscano quienes se encargaban de reclutar nuevos acólitos. Su procedencia social era variada, aunque principalmente provenían de las clases más humildes, las más propensas a creer en charlatanes y soluciones milagrosas de cualquier líder mesiánico que apareciese. En estos tiempos los grupos flagelantes, que habían nacido en Italia donde tenían fuerte implantación, saltaron los Alpes y su modelo fue seguido en estos nuevos territorios donde acabarán encontrando apoyo.

Se trataba de un grupo heterogéneo de hombres y mujeres que marchaban día y noche con cruces y estandartes religiosos cantando himnos dirigidos por algunos líderes (generalmente sacerdotes). Al llegar a las localidades que encontraban se reunían en la plaza y se autoflagelaban en público invitando a la comunidad a participar en el común sacrificio. Cada grupo realizaba este sacrificio durante treinta y tres días y medio, representando los años que vivió Cristo entre nosotros.

> «En ese mismo año de 1349, alrededor de San Miguel [29 de septiembre] más de seiscientos hombres llegaron a Londres desde Flandes, en su mayoría de origen zelandés y holandés. A veces en San Pablo y a veces en otros puntos de la ciudad hacían dos apariciones públicas diarias con ropa que les llegaba de los muslos a los tobillos, pero por lo demás desnudos. Cada uno llevaba una gorra marcada con una cruz roja delante y detrás.
>
> Cada uno tenía en su mano derecha un flagelo [un látigo] con tres colas. Cada cola tenía un nudo y en medio a veces se clavaban clavos afilados. Marchaban desnudos en fila uno detrás del otro y se azotaban con estos flagelos en sus cuerpos desnudos y sangrantes.
>
> Cuatro de ellos a veces cantaban en su lengua materna y otros cuatro les respondían cantando una letanía. Tres veces se arrojaban todos al suelo en esta especie de procesión, extendiendo las manos como los brazos de una cruz. El canto continuaba y, actuando primero el que estaba en la retaguardia de los así postrados, cada uno de ellos pasaba por encima de los demás y daba un golpe con su flagelo al hombre que yacía debajo de él»
>
> Esto continuó desde el primero hasta el último hasta que cada uno de ellos había observado el ritual hasta el relato completo de los que estaban en el suelo. Luego se vistieron cada

uno con sus ropas de costumbre y siempre con sus gorras y llevando sus látigos en la mano se retiraron a su alojamiento. Se dice que todas las noches hacían la misma penitencia».

(Roberto de Avesbury. De gestis mirabilibus

regis Edwardi Tertio).

Son tiempos en que a los franciscanos les costaba encontrar nuevos candidatos. En Florencia, en los años anteriores a la peste, apenas se podían reclutar media docena de nuevos acólitos, sin embargo, cuando apareció la peste los candidatos se agolpaban a las puertas de los franciscanos para ser admitidos. Son tiempos en que se conseguía reclutar más de un centenar de nuevos miembros. En 1349 una crónica nos cuenta el volumen de los flagelantes en Turingia, más de 3.000 se encontraban cerca de Erfurt, 6.000 en Guenstaedt (actualmente Günstedt) y números parecidos en otras ciudades del ducado.

La peste, por tanto, avivó este movimiento, tanto cuantitativamente -como hemos señalado- como cualitativamente. Cualitativamente porque el movimiento se radicalizó, no solo contra los judíos, sino contra los propios cristianos, contra aquellos que no les hacían caso y no compartían o no eran vistos por los flagelantes como suficientemente piadosos. Esto incluía no solo a las clases más bajas, sino que se atrevieron a atacar tanto a los ricos como a sacerdotes. Si la peste era causada por la Ira de Dios, ¿por qué la Iglesia no había puesto remedio? La respuesta era simple: el clero estaba corrompido, Dios no estaba complacido y la Iglesia debía ser purgada.

Procesión de flagelantes.

Esta nueva situación, su renovado extremismo que alcanzaba a los poderosos, comenzó a inquietar al punto que el propio papa Clemente VI definió al movimiento como superstición y creencia errónea, decretando su excomunión y, de este modo, prohibiéndolo. Sin embargo, el fanatismo del movimiento y el apoyo de parte de la población hizo que se tratase de una misión complicada a la que tanto las autoridades civiles como religiosas pusieron un gran empeño.

«Sus reglas contenían algunas cosas bastante razonables y aceptables que concordaban con inclinaciones humanas tan naturales como viajar y hacer penitencia, pero no entraron en el Reino de Francia porque el Papa Inocencio [Inocencio IV], que estaba en Aviñón en ese momento con sus cardenales, consideró la práctica y se opuso a ella con mucha fuerza, declarando en condenación de los penitentes que la penitencia pública infligida por uno mismo no era ni correcta ni lícita. Fueron excomulgados por hacerlo, y especialmente los clérigos que iban con ellos. Varios sacerdotes, canónigos y capellanes que los apoyaban fueron privados de sus beneficios. Cualquiera que deseara la absolución tenía que ir a Aviñón para obtenerla. Así que este movimiento fue disuelto y quedó en nada cuando se vio que el Papa y el Rey de Francia estaban contra ellos, y no fueron más allá de Hainault. Si hubieran ido a Cambrai o a San Quintín, les habrían cerrado las puertas en las narices».

(Jean de Froissart. Crónica).

## Dos santos para combatir la peste

La sociedad buscó el apoyo de sus tradicionales santos protectores, pero ninguno de ellos parecía ser el adecuado… ¿habían perdido su capacidad protectora o acaso el enfado de Dios era tan grande que nadie podía aplacarlo? En estas circunstancias aparecen dos santos, que no eran nuevos, pero que parecían cumplir los requisitos para ser considerados «los santos de la peste». Estos santos de la peste ofrecían esperanza y sanación, antes, durante y después de la pandemia. Su culto se expandió rápidamente por todo el occidente cristiano al ritmo de sus milagrosas curaciones, y múltiples iglesias y eremitorios fueron erigidos en su honor durante el siglo xv.

Surgió también un estilo específico de representación iconográfica para los dos. Se quería mostrar a dichos santos individualizados o en alguna escena destacada de su hagiografía que se considerase un talismán para protegerse de la plaga. Estos santos se convertían en intercesores entre Dios –recordemos que se pensaba que la epidemia era un azote divino por los pecados del ser humano– y la persona o personas que encargaron dicha pintura, generalmente una comunidad ciudadana, una cofradía laica u orden religiosa. Lo que se intentaba era crear un nexo de unión entre el santo y el pueblo que ayudase a la comunidad a expiar todos sus pecados, pero también proporcionaba una cierta catarsis a un colectivo que estaba presenciando, o acababa de presenciar, la muerte de muchos individuos de una forma atroz y rápida. Estas pinturas o esculturas votivas funcionaban como una defensa psicológica contra la plaga, y el pueblo creía que gracias a ellas conseguían el favor del santo quien, abrumado por tales muestras, intercedería ante Dios por ellos. Pese a su consideración escatológica, estas representaciones votivas nos devuelven la imagen de una sociedad proactiva, gente que busca soluciones para recuperar el control de su entorno.

## San Sebastián

Según su *Passio* de siglo v, Sebastián de Milán fue un soldado romano que llegó a ser centurión de la primera cohorte de la guardia pretoriana en tiempos de los emperadores Diocleciano y Maximiano. A ambos sirvió fielmente como buen militar pese a ser cristiano y no compartir ni participar de ninguna manifestación religiosa pagana. Su fe, prohibida, fue descubierta gracias a una serie de milagrosas conversiones y curaciones en las que debió tener un importante papel. Apresado por su fe y debido a que no abjuraba de ella, Diocleciano mandó a sus arqueros que lo asaetearan desnudo tal y como se ve en su iconografía tradicional. Sin embargo, no murió, se recuperó milagrosamente para ser atrapado de nuevo por los soldados y, ahora sí, azotado hasta la muerte ganando la palma del martirio.

Como podemos ver, en su *Passio* no hay ninguna referencia a la peste. La primera referencia aparece en una obra posterior de Paulo el Diácono en la que se cuenta que la peste estaba diezmando la ciudad de Pavía en el año 680 y solo la intercesión del santo salvó la ciudad.

> «Y de la misma manera también esta pestilencia también despobló Ticinum [Pavía] de modo que todos los ciudadanos huyeron a las sierras y a otros lugares y creció hierba y arbustos en la plaza del mercado y por todas las calles de la ciudad. Y entonces, visiblemente, a muchos les pareció que un ángel bueno y un ángel malo pasaban de noche por la ciudad y tantas veces como, por orden del ángel bueno, el ángel malo, que parecía llevar una lanza de caza en la mano, llamaba a la puerta de cada casa con la lanza, y muchos hombres perecían en esa casa al día siguiente. Entonces se le dijo a cierto hombre por revelación que la pestilencia misma no cesaría antes de que se colocara un altar de San Sebastián el mártir en la iglesia del bienaventurado Pedro, que se llama «Ad Vincula». Y se hizo, y después de que los restos de San Sebastián mártir fueron llevados desde la ciudad de Roma, inmediatamente se instaló el altar en la iglesia mencionada y la pestilencia misma cesó».
>
> (Pablo el Diácono. Historia de los Lombardos, Libro VI, cap. V).

Lo cierto es que no hay ninguna referencia anterior a esta de 680 que permita considerar a San Sebastián como un santo ligado a la curación de la peste, pero sí había ya en aquellos tiempos una gran tradición con respecto al santo, lo que convertía su catacumba en visita obligada para los peregrinos que acudían a Roma.

Cristo enviando sobre la tierra las flechas de la peste. Detalle de retablo de los carmelitas de Gotinga, 1424.

Sin embargo, en algún momento que no podemos precisar, San Sebastián se convirtió en ese santo protector contra la peste que tan bien había servido a Pavía. Se reinterpretó su martirio al punto de creerse que cada una de las flechas que impactaron su cuerpo llagaron y se convirtieron en las famosas bubas de las que, como hemos dicho, sanó. Pese a lo extraño que nos pueda resultar esta conexión flechas-peste no es ninguna novedad, ya aparece recogida en la Ilíada de Homero cuando el dios Apolo envía la peste con sus flechas a los aqueos: *«el hijo de Leto y de Zeus. Pues, irritado contra el rey, una maligna peste suscitó en el ejército, y perecían las huestes porque al sacerdote Crises había deshonrado el Atrida. Pues aquél llegó a las veloces naves de los aqueos cargado de inmensos rescates para liberar a su hija, llevando en sus manos las ínfulas del flechador Apolo»* (Canto I). Cada flecha se convirtió así en una representación gráfica de la peste que provocaba las bubas en forma de llagas mortíferas.

Así, por analogía, San Sebastián acabó siendo relacionado con la peste y con los enfermos, de modo que se convirtió en algo natural pedir su intercesión para este tipo de problemas, pues él mismo había padecido dolores semejantes durante su martirio y había sobrevivido. Su fama debió ser muy grande como protector de la peste. En el año 826, sus restos, ya convertidos en reliquias, fueron trasladados al norte de Francia, a la abadía de San Médard en la localidad de Soissons (departamento de Aisne) enviados por el papa Eugenio II. A su llegada, según los *Annales Regni Francorum* se sucedieron múltiples prodigios, señales y curaciones. Las reliquias nunca regresarían ya a Roma.

Pese a su probada protección contra la peste, en Soissons se consideraba a San Gregorio Magno como el verdadero intercesor pues contaban con una reliquia del santo papa y a él se encomendaron durante la peste de 1126. Parece ser que no hubo mayor interés en San Sebastián hasta la llegada de la peste negra a Soissons. Quizás, en este momento de extrema calamidad, algunos vieron a nuestro santo como otra opción tan válida como San Gregorio Magno en su lucha contra la pestilencia. Es a partir de este momento en que San Sebastián se convierte en el santo de la peste, quizás por influencia de la Leyenda Dorada, que recoge la historia de Pavía de 680.

Una carta del obispo parisino Foulques de Chanac es quizás el primer documento contemporáneo (18 de noviembre de 1348) en el que se vincula al santo con la peste negra. En ella el obispo concede una indulgencia de 40 días a aquellos que vayan a rezar al santo al altar de la abadía de San Víctor, donde se conservaban sus reliquias.

Contemporánea es una carta fechada el 6 de mayo de 1348 (o quizás 1349) escrita, probablemente, por el monje Benigno de la abadía de Vallombrosa en la Toscana y dirigida a un desconocido destinatario. En ella, el monje Benigno le informa de que el prior de la, actualmente desaparecida, iglesia de San Pedro Scheraggio en Florencia se había curado milagrosamente de la plaga después de rezar a San Sebastián. Por último, también contemporánea es una plegaria francesa que podemos considerar como una de las primeras invocaciones al santo contra la peste:

«San Sebastián, fin y verdadero, de cuerpo maltrecho.

Yo te suplico en el nombre de Jesús, el dios verdadero.

En Lombardía hiciste cesar en múltiples lugares

Tres veces la epidemia, es todo verdad».

(Karim Ressouni-Demigneux.

La personnalité de saint Sébastien, p. 571).

Pasada esta primera ola de la peste negra, poco a poco la figura de San Sebastián se afianzó como la del santo adecuado como inetrcesor para librarse de la peste. A finales del siglo XIV ya nadie dudaba en el occidente cristiano de la importancia de este santo y a él se van a dirigir todas las oraciones del pueblo ante las pandemias. Con el paso del tiempo, la iconografía va a ayudar a asentar su imagen, tal cual se puede ver en muchos grabados medievales.

A partir de este momento San Sebastián va a quedar por siempre ya vinculado como santo protector ante las epidemias. Sus reliquias van a ser muy cotizadas y es por ello que se encuentran repartidas por múltiples lugares de la región de Alta Francia. En España su devoción se puede encontrar por toda la geografía nacional. Sin duda las múltiples epidemias que sufrió la población a partir de entonces, hicieron de él un santo muy querido y requerido por el pueblo.

Oh San Sebastián,

siempre, tarde y mañana,

a todas las horas y minutos,

mientras estoy en mi sano juicio

protégeme y presérvame,

y, oh mártir, desátame de las cuerdas

de la debilidad dañina

llamada la epidemia.

De este tipo de plaga

defiéndeme y cuídame,

junto con todos mis amigos.

Nos confesamos pecadores

a Dios y a Santa María

y a ti, oh fiel mártir.

(Fragmento del motete

O sancte Sebastiane – O martyr Sebastiane–

O quam mira de Guillaume Dufay, 1426).

San Sebastián, en la parte superior completamente asaetado y de rodillas ante Dios, pide por las víctimas de la peste. Josse Lieferinxe.

## San Roque

San Sebastián no fue el único santo al cual se podía invocar para que protegiese de las epidemias, también se podía contar con la Virgen María, a quien el papa Clemente VI rogaba en su misa *pro vitanda mortalitate* de 1348, o con San Roque. A diferencia de San Sebastián, cuya vinculación con la peste es dificultosa y rebuscada, el caso de San Roque es mucho más claro y diáfano.

De su vida no sabemos nada claro, la mayor parte de la información que tenemos procede de la muy poco fiable *Leyenda Dorada*. Según esta, Roque (fuerte como una roca) nació en Montpellier de familia noble y muy piadosa quien le insistió en seguir siempre a Dios, acordarse de los pobres, de las viudas y de los huérfanos, hacer continuas obras de caridad y frecuentar los hospitales de pobres y enfermos. Tras la muerte de sus padres, Roque abandonó su ciudad natal, y en un peregrinaje como mendicante encaminó sus pasos a Roma. Italia en ese momento sufría una epidemia de peste y Roque, como había prometido a sus padres, se detenía siempre para atender a los enfermos en los hospitales. Así lo hizo en Acquapendente (Lacio) y diversas villas de Emilia-Romaña antes de llegar a la propia Roma. En los hospitales de todos estos núcleos se produjeron milagrosas curaciones cuando Roque rezaba y hacía el signo de la cruz. Tras su visita, la peste desaparecía del lugar. Al llegar a Roma su fama ya era bien conocida gracias, principalmente, a la milagrosa curación del cardenal de Angleria (Lombardía) usando los mismos métodos.

Unos años más tarde en un hospital de Plasencia [Piacenza en italiano], mientras atendía a los enfermos, él mismo cayó enfermo. Se exilió a un bosque cercano, donde como única compañía contaba con un perro que le visitaba portando en su boca algo de pan que le entregaba. Mientras estaban juntos el perro lamía las heridas de Roque. Si fue por el perro o por otros motivos no lo sabemos, pero Roque sanó y volvió de nuevo al hospital a ayudar a los placentinos, quienes llevados por su iniquidad habían sido castigados con otra epidemia. Tras una serie de años más y tras confundirle con un espía en Lombardía, Roque murió en loor de santidad, según la tradición en 1327 aunque según otras versiones fue en 1376/79. Desde el mismo momento de su muerte se le consideró un santo varón, pero no fue hasta el pontificado de Gregorio XIV

(papa entre 1590-1591) que se le canonizó. Se le considera el patrón de los perros y de los enfermos, siendo declarada su fiesta el 16 de agosto.

Anónimo. Obispo, San Roque y San Sebastián (c. 1460-1480). Al fondo podemos ver una imagen del martirio de San Sebastián, con una serie de arqueros y ballesteros acribillando al santo.

A san Roque se pidió su intercesión durante el concilio ecuménico de Constanza de 1414 a 1418 mientras la ciudad sufría la peste. Los allí reunidos, junto con la ciudadanía, realizaron procesiones y rezos públicos y multitudinarios solicitando la ayuda del santo y a cuya intercesión vincularon el final de la pandemia. Desde este momento el culto a San Roque ganó múltiples adeptos, principalmente en el norte de Italia. La gran difusora de su culto será la República de Venecia. Aquí se publican los primeros misales que contienen una misa en su honor (1483-1484). Es en esta ciudad donde desde 1478 existe una confraternidad dedicada a San Roque (*Scuola Grande di San Rocco*) formada por un grupo de notables venecianos quienes, al parecer, compraron los restos del santo de Voghera y se los llevaron a Venecia en 1483. Unos pocos años después, en 1490, los restos fueron trasladados hasta su lugar de descanso actual, la iglesia de san Roque situada junto a la supradicha confraternidad. Desde Venecia, su culto se dispersó en todas las direcciones acompañando a los mercaderes que comerciaban con todo el mundo conocido.

Aunque su primitiva iconografía nos muestra a un joven vestido de forma principesca con unos mendrugos de pan en su mano y su fiel compañero canino a su lado. Pronto esta representación fue abandonada por aquella por la que el santo nos es más conocido: un hombre barbado vestido de peregrino, con un cayado en una de sus manos y con la otra mostrando y señalando una de sus piernas en la que vemos una buba. Su iconografía suele completarse con el perro que, en algunas representaciones, lleva el pan en la boca y un ángel que le está curando dicha buba.

# 7

# Consecuencias de la peste negra

## Mortalidad

> En mil trois cent quarante-huit
>
> A Nuits de cent restèrent huit.
>
> En mil trois cent quarante-neuf.
>
> De cent ne demeuraient que neuf
>
> (Anónimo borgoñón).

Una de las preguntas más difíciles de responder es cuan elevada fue la mortalidad causada por la peste negra. Como tema ha sido muy estudiado y analizado por múltiples historiadores, pero la verdad es que resulta muy difícil contestarla. El periodo es muy corto, la información muy diversa y muchas veces exagerada. Las respuestas que encontramos son de lugares concretos, localidades o comarcas en las que la combinación de unos buenos estudios arqueológicos junto con la existencia de una documentación adecuada, nos dan resultados fiables. Esto no es lo habitual, lo normal es que la arqueología no nos pueda dar datos concluyentes. Lo mismo sucede con las fuentes documentales. Al final los datos se extrapolan y se generalizan para toda una región, de ahí la gran diferencia de cifras.

### El problema de la información

Las fuentes disponibles son, como siempre, fragmentarias y parciales. La mejor información de que disponemos proviene de Europa occidental, especialmente de Inglaterra. En cambio, los territorios islámicos, Asia en general, la Europa oriental y norte de Europa, tienen poco o nada que ofrecer en forma de datos demográficamente válidos.

Las crónicas de los eventos siempre tienden a exagerar los números por lo que, aun siendo información de primera mano, tiene que ser tratada con cuidado. La arqueología también nos es muy valiosa. El estudio de los cementerios medievales de este periodo nos da buenas pistas del número de cadáveres infectados con el bacilo, pero también es una información problemática, pues es prácticamente imposible saber si los cuerpos pertenecen al periodo 1347-1351 o a un rebrote posterior. Tenemos también otro tipo de información, aquella que nos habla de las consecuencias demográficas de la peste en los años siguientes, sea por el abandono de tierras y la aparición de despoblados o por la necesidad de conocer quiénes quedaban en cada sitio para pagar los impuestos señoriales. Un buen ejemplo es el castellano *Becerro de las Behetrías*. En este sentido, hay que reseñar que el abandono de tierras y pequeñas localidades, no tiene que ser expresamente causa de una alta mortalidad, sino que también puede hablarnos de emigración, de abandono de esas tierras en busca de mejores oportunidades de vida. El destino más habitual de esta emigración serán la ciudad siempre necesitada de mano de obra.

## Los grupos sociales más afectados

Los pobres y los marginados de la sociedad fueron el grupo más castigado por la peste por un doble motivo. Se trata del colectivo con la peor calidad de vida, sin higiene, famélicos con un hambre sistémico y rodeado de todo tipo de parásitos, pero también son aquellos que más sufrieron las catástrofes socio-económicas que se sucedieron, por lo que no todos murieron por causa de la peste, sino que muchos murieron de inanición.

También mujeres y niños fueron muy afectados. Muchos autores identifican tres factores fundamentales:

- Los niños y las mujeres eran propensos a contraer la enfermedad con mayor facilidad que los hombres porque permanecían más tiempo en las casas y, por tanto, estaban más cerca de las pulgas de rata con un mayor riesgo de exposición.
- Las actividades del hogar eran propias de las mujeres, sobre todo las relacionadas con la alimentación y conservación de los productos alimenticios, precisamente donde sabemos que las ratas tenían sus nidos.
- Los niños y bebés también tenían un mayor riesgo de exposición al no haber desarrollado aún todas sus defensas contra las enfermedades en su sistema inmunológico, como sí tendrían en la edad adulta.

La mortalidad infantil debida al segmento de población al que se refiere es siempre la que más nos llama la atención. En Florencia, durante la Baja Edad, el índice de menores de 3 años fallecidos alcanzaba el 20 % y los que no superaban los 10 años estaban en torno al 40 %. Durante la peste negra no tenemos registros, pero habida cuenta de la falta de población adulta y por supuesto, de sujetos que pagaban impuestos unas décadas después, podemos inferir que la mortalidad infantil se acercó a lo que se denomina supermortalidad, con números en torno al 60 %-70 % para los menores de 10 años.

## Los fallecidos en números

En general, todos los estudios analizados nos hablan de un índice de mortalidad estimado entre el 40 % y el 60 % de la población europea. Algunos autores de prestigio como Oleg Beneditow, incluso suben este porcentaje hasta el 65 %, y aunque es cierto que es un rango muy alto, depende mucho de las zonas estudiadas. Un recuento de la época realizado por los agentes del papa Clemente VI, calculó que

los muertos rondaron los 24 millones. Si aceptamos la cifra del 65 %, tenemos que, en números absolutos, de los 80 millones de habitantes que vivirían en la Europa prepandemia en unos pocos años habrían muerto 52 millones de personas, dejando al continente con tan solo 28 millones de habitantes o, si queremos, de supervivientes. Las cifras son espectaculares, pero ese abultadísimo número no murió solo por causa de la epidemia, sino también por las consecuencias derivadas de ella, como la hambruna. Las clases más desfavorecidas y los marginados sufrieron el periodo doblemente.

Por territorios y siempre teniendo en cuenta la problemática de la información, los investigadores han llegado a las siguientes conclusiones, aunque muy discutidas por otros tantos historiadores:

## *En la península ibérica*

### Navarra

En la merindad de Estella comparando los datos de la primera mitad de siglo con los de 1366, observamos una caída demográfica en torno al 63 %, de 6.538 casas (fuegos) a 2.408. Cierto es que en la primera mitad del siglo Navarra tuvo muchos problemas provocados por el mal clima que llevó a una alta mortalidad y a la emigración de los pobladores de muchas zonas del reino. La catedral de Pamplona contaba con 42/43 canónigos antes de la peste y sabemos gracias a un documento de Urbano V, que en 1364 apenas contaba con 24, un 45 % menos. En general se considera que en Navarra la tasa de mortalidad llegó al 50 %.

### Aragón

En Aragón la tasa estaría en torno al 30 % pero con una distribución muy desigual, mientras que la costa por su exposición al Mediterráneo fue muy afectada. El interior no lo fue tanto, en cierto modo debido a su escasa densidad de población. Barcelona sufrió mucho y su comercio, muy desarrollado, se hundió. La ciudad perdió en torno al 20 % de los 50.000 habitantes que contaría antes de la peste, es decir, unos 10.000 fallecidos. El principado de Cataluña perdió un quinto de la población, con cifras, según el *Cronicón Gerundense*, del 66 % tanto en la provincia de Gerona como en la de Tarragona. En promedio las tasas de mortalidad, solo para el periodo de la peste negra en el principado,llegaría al 50 %-70 %. Las islas fueron las que más sufrieron y se estima una pérdida poblacional en los cientoveinticuatro años que transcurren entre 1320 y 1444 del 44 % de la población.

### Castilla

La afectación de la peste negra en la corona castellana fue menor que en otros principados, además la información es posterior e indirecta lo que dificulta mucho poner números realistas a la peste. Con todo, parece ser que la disminución de la población en Castilla debió ser escasa, pues se habla de un 17 % a lo largo del siglo XIV, pero hay que tener en cuenta los seis brotes sucesivos hasta el 1400 que desvirtúan los números. Sin embargo, leyendo entre líneas, los textos disponibles dejan entrever una situación dramática para los años de la peste negra. Noticias de años posteriores, como en el caso de Sahagún, nos dicen que en 1364 no podía suministrar al ejército del rey los treinta ballesteros habituales, pues «*no había gentes segund que antes de las mortandades avia, porque los mas dellos eran muertos*».

En Castilla, el *Becerro de las Behetrías*, libro que se confeccionó en 1351-1352, registra numerosos despoblados o yermos, solo apenas unos años después de la aparición de la peste. Dicho *Becerro de las Behetrías* nos proporciona varios ejemplos de la situación grave, penosa y traumática en que encontraban algunas localidades

castellanas, donde el número de *pecheros* (los que pagan impuestos) se había reducido de forma importante.

## *En la península italiana*

Toscana era una de las regiones más pobladas de Italia con una población antes de la peste de unos dos millones de habitantes. Se calcula que entre 1330 y 1427 murieron entre 300.000 a un millón de personas. Florencia, la ciudad más pujante de la región tendría una población en abril de 1347, según el cronista Giovanni Villani, de al menos 94.000 habitantes mientras que en 1352 contaría con algo menos de 50.000.

Si tenemos en cuenta que la ciudad sirvió de refugio a muchos habitantes de los alrededores, es decir, recibió una fuerte emigración rural, estamos hablando de unas cifras alarmantes, más o menos el 60 % de decrecimiento. Estas cifras para Florencia se alinean con los datos de que disponemos para Pisa, donde según la llamada *Cronica di Pisa* nos habla de una pérdida del 70 % de la población.

> «La mortalidad comenzó en Siena en mayo [1348]. Fue una cosa cruel y horrible, y no sé por dónde empezar a contar la crueldad y las formas despiadadas. (…) Y las víctimas morían casi de inmediato. Se hinchaban por debajo de sus axilas y en sus ingles y caían muertos mientras hablaban. Padre abandonaba a hijo, esposa a esposo, un hermano a otro, porque esta enfermedad parecía golpear a través de la respiración y la vista. Y así murieron. Y no se pudo encontrar a nadie para enterrar a los muertos por dinero o amistad. Los miembros de una casa llevaban a sus muertos a una zanja lo mejor que podían, sin sacerdote, sin oficios divinos ni nadie que tocase la campana a muerto, Y en muchos lugares de Siena grandes zanjas fueron excavadas y rellenadas con la multitud de muertos Y morían por centenares tanto de día como de noche y todos fueron arrojados en esas zanjas y cubiertos con tierra. Y tan pronto como aquellas zanjas se llenaron más se excavaron.
>
> Y yo, Agnolo di Tura, llamado el Gordo, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos Y también estaban los que estaban tan escasamente cubiertos de tierra que los perros los desenterraron y devoraron muchos cuerpos por toda la ciudad. No había ninguno que llorase por ningún muerto, pues todos esperaban la muerte. Y muchos murieron creyendo que era el fin de mundo. Y ninguna medicina o cualquier defensa sirvieron. La ciudad de Siena parecía casi deshabitada ya que casi nadie se encontraba en la ciudad».
>
> (Agnolo di Tura. Cronaca Sanese).

En otros territorios de la península itálica las cifras, aun siendo altas, son inferiores a los datos de Toscana. Emilia-Romagna con Bolonia como su ciudad principal, perdió al menos el 35 % de su población. En Piamonte, en las villas estudiadas, la disminución fue de en torno al 50 %. Del reino de Nápoles no hay datos, pero su alta exposición al Mediterráneo no ayudó, por lo que se estima que debieron rondar la media del resto de la península. En total parece ser que en toda Italia la disminución de población debió rondar el 60 % o quizás una cifra algo superior.

## Francia

Según un libro de cuentas que llevaba el vicario de la parroquia de Givry, cerca de Chalon-sur-Saône (departamento de Saona y Loira) en Borgoña, la peste habría causado la muerte de más de un tercio de la población entre fin de julio y fin de noviembre de 1348. En la ciudad de Reims, la proporción parece haber sido de un muerto por cada tres habitantes. De París no contamos con datos, pero el número de fallecidos también debió ser muy elevado. El carmelita Jean de Venette dejó por escrito: «*la mortandad fue tan grande en el hospital para indigentes de París que, durante mucho tiempo, llevaban diariamente en carros más de 500 muertos para enterrarlos en el cementerio de los Santos Inocentes*». El norte de Francia tenía una dinámica aún más destructiva, pues a la pandemia hay que unir los desastres de la Guerra de los Cien Años. Pese a que en el pico de la peste se detuvieron las hostilidades, la situación ya

había mermado mucho la resistencia de la población de todo el norte, por lo que sus cifras también fueron muy elevadas. Provenza, el condado de Saboya (que en esta época pertenecía al Sacro Imperio) y en general todo el mediodía francés fue muy castigado. Partiendo del puerto de Marsella, la peste remontó el Ródano infectando todo a su paso. Las cifras para esta región rondarían el 60 %.

Ciudadanos de Tournai enterrando a las víctimas de la peste.

## Inglaterra

El reino inglés ha sido el mejor estudiado con más de 200 estudios específicos en localidades repartidas por todo el territorio. Las tasas de mortalidad son bastante consistentes y dan cifras superiores al 40 %-45 %, que algunos autores elevan al 65 %-70 %. Un ejemplo, la aldea de Tusmore en el condado de Oxford, en 1279 contaba con treinta y tres familias campesinas, y 80 años después estaba despoblada. En el obispado de Worcester (Worcestershire) se habla de cifras superiores al 42 % en los 50 años que transcurren entre 1299 y 1349, con localidades con un sorprendente porcentaje de un 80 % de fallecidos. En múltiples lugares del reino fue necesario ampliar el cementerio o buscar nuevos terrenos donde ubicar uno nuevo:

> «El cuidado del oficio pastoral nos apremia, nos apremia y nos lleva a dar, con la ayuda de Dios, todo el apoyo posible a los justos deseos de nuestros feligreses, particularmente cuando se refieren a la salud de las almas. Una petición presentada ante nosotros en su nombre ha demostrado que la mortalidad de la peste que ha estado afligiendo a varias partes del mundo comenzó a atacar a los habitantes de Newark hace algún tiempo, y se ha llevado numerosos vecinos y habitantes de la localidad, y allí gana día a día en fuerza, con el resultado de que el cementerio de la iglesia, porque es pequeño y no tiene espacio para expandirse, no es adecuado para la sepultura de los difuntos. Con todo esto en mente, ha adquirido, a sus propias expensas, cierta parcela o pedazo de tierra, que está amurallada y se encuentra en la calle llamada Apiltongate en Newark antes mencionada, entre las viviendas de Peter de Swafeld por un lado y Martin le Sadler por el otro. Con la aprobación de todos aquellos que tengan interés en el asunto que ha solicitado que nos dignemos a conceder una licencia y dar nuestra autoridad para el entierro de los cuerpos de los muertos allí».
>
> (William Zouche, arzobispo de York al párroco de Newark, 15 de mayo de 1349).

## Consecuencias socioeconómicas

La irrupción de la peste negra con su altísima mortalidad alteró completamente la vida de los europeos. Las crónicas nos hablan de cómo la simple cercanía entre las personas, la proximidad, suponía un seguro contagio y una muerte repentina y dolorosa. La falta de gente para trabajar los campos, transportar los productos alimenticios a las ciudades y el bloqueo general del comercio tuvo un fuerte impacto de múltiples derivadas y dimensiones. Sus consecuencias se prolongaron durante mucho tiempo y alteraron por completo las relaciones entre las diversas clases

sociales, especialmente entre los arrendatarios y los arrendadores de tierras. También se produjo un fuerte cambio en las mentalidades, la muerte dejó de ser vista como algo lejano que sucede tan solo en la senectud, y pasó a ser una posibilidad muy real en cualquier momento y de la forma más inesperada, por ello, había que estar siempre preparado, congraciado con Dios y la Iglesia y arreglados todos los asuntos terrenales.

## A corto plazo

La gran mortalidad supuso el letargo de todas las actividades económicas, el abandono de campos y la emigración a la ciudad. La muerte o abandono de las ciudades de las clases dirigentes y de las autoridades de las mismas provocó un fuerte vacío de poder en el que cada persona, como dicen las crónicas, parece que pensaba solo en sí misma, rompiéndose todo lazo de solidaridad comunitaria e incluso familiar. Esta situación acabó degenerando en algunos lugares en un aumento de la violencia, ya sea canalizada –judíos– o arbitraria en forma de delincuencia común. Muchas ciudades legislaron para evitar la entrada y la proliferación de falsos pobres en sus calles. La falta de suficientes recursos económicos y productos de alimentación supuso que las clases más desfavorecidas sufriesen también por ello, a tal punto que, como dijimos, la mortalidad en estas clases fue muy superior a la de las clases medias y acomodadas.

Para evitar que la población muriese de hambre, muchas ciudades apostaron por controlar los precios de los productos, con el objetivo de controlar la subida desmedida de los precios, por ello, como ya había pasado en tiempo de los romanos, compraron todo el grano que pudieron y posteriormente lo revendieron a pérdida y a un precio tasado. Esto junto con el aumento de los gastos extraordinarios derivados de la peste, así como la pérdida de contribuyentes que pagasen impuestos, hizo que las ciudades acabasen estos cuatro años completamente arruinadas. Casi todas las ciudades recuperaron sus maltrechas arcas durante los años siguientes. En un primer momento, tal y como sabemos de Florencia, muchas ciudades decidieron quedarse las herencias de todos aquellos que habían muerto sin familia a quien legar.

Pasada la peste, los supervivientes se relajaron y se aplicaron el viejo axioma latino de *Carpe Diem*. Durante un cierto tiempo se desinhiberon dejándose llevar por aquellos placeres que las reglas morales anteriores prohibían: «*y luego cuando la pestilencia amainó, todos los que sobrevivieron se entregaron a los placeres: monjes, sacerdotes, monjas y laicos, todos se divirtieron, y ninguno se preocupó por gastar o apostar. Y todos se creían ricos porque habían escapado y recobrado el mundo, y nadie sabía permitirse no hacer nada*» (Agnolo di Tura). Muy cerca de Pisa en Florencia, Matteo Villani dio testimonio de esto mismo.

> «Cuando terminó la peste, los pocos hombres que quedaron, enriquecidos de bienes materiales gracias a las herencias y las sucesiones, olvidando los hechos pasados como si no se hubieran producido, comenzaron a llevar una vida más escandalosa y desordenada que antes. Se entregaron a la pereza y la disolución, pecaron por glotonería, disfrutando de los banquetes, las tabernas y las delicias de una alimentación delicada, y también de los juegos, dejándose llevar sin freno a la depravación, buscando maneras extrañas y desacostumbradas de vestirse y modales deshonestos, introduciendo novedades en el corte de la ropa.
>
> Y la gente modesta, hombres y mujeres, por la excesiva abundancia de las cosas, no querían ejercer más los oficios habituales: exigían la comida más cara y más fina para su mesa cotidiana, y se permitía que los criados y las mujeres de baja condición se casaran engalanados con las bellas y ricas vestimentas de las damas nobles difuntas. Y sin ninguna discreción, casi toda nuestra ciudad se entregó a una vida deshonesta, y, en forma parecida, o peor, actuaron las demás ciudades y los demás países del mundo».

En este fresco de Francesco Cossa titulado *El triunfo de Venus* del palazzo Schifanoia de Ferrara, pintado un siglo después de la peste negra vemos buena parte de esos excesos: ropajes lujosos, modales cortesanos, erotismo, en general el modelo de vida que tanto se criticaba.

## A largo plazo

Pasados unos pocos años la sociedad se recuperó mentalmente de la catástrofe y la economía también comenzó a funcionar, pero ya no según los dictados anteriores a 1348, sino con unos nuevos derivados de la ruptura demográfica.

Muy rápidamente se produjo una importante movilidad. La falta de gente en todos los lugares y sectores productivos provocó una gran oferta de mejores puestos de trabajo de la que el pueblo llano se vio beneficiado. Las leyes de la oferta y la demanda se hicieron muy patentes. Para retener a su fuerza humana productiva y reemplazar a los muertos, los señores debieron efectuar grandes concesiones. Los lazos habituales que unían a los agricultores con las tierras que llevaban labrando en ciertos casos por generaciones, los de los arrendatarios con los propietarios, los de artesanos y aprendices con los maestros, se debilitaron cuando las rentas y el precio de la tierra cayeron, los salarios aumentaron y los campesinos, trabajadores, e incluso la servidumbre, tenían mayor capacidad de negociación. No debemos pensar únicamente que campesinos y menestrales se aprovecharon de la situación para exigir mejores condiciones sociales. La verdad es que tras la peste negra, los precios de todo subieron debido a la carestía.

La mejora en las condiciones de vida del pueblo aparece bien documentada por toda Europa, tal cual podemos ver en los libros de contabilidad o en la cronística. Algunos autores como Matteo Villani o el poeta inglés John Gower se lamentan del abandono de las viejas costumbres escandalizándose de la nueva realidad: «*los trabajadores en los viejos tiempos no estaban acostumbrados a comer pan de trigo; su pan estaba hecho de legumbres y otros cereales, y su bebida era agua. Entonces el queso y la leche eran un festín para ellos; rara vez tenían cualquier otra fiesta que esa* [disponer de queso y leche]. *Su ropa era gris claro. Entonces el mundo de esa gente estaba bien ordenado en su estado*». Pero ahora «*nuestros tiempos felices de antaño han sido borrados bruscamente*». Porque «*siervos ahora son amos y los amos son sirvientes (…) los campesinos pretenden imitar las costumbres de los hombres libres y se dan así mismo esa apariencia con la ropa*».

En cuanto al trabajo de la tierra supuso el abandono de las tierras de peor calidad, por aquellas más productivas que en tiempos anteriores estarían cotizadísimas y a precios de arrendamiento prohibitivos. Textos como el *Becerro de las Behetrias* de Castilla, mencionado varias veces, nos hablan de un panorama desolador debido a la enorme cantidad de despoblados en las diócesis de Palencia y Burgos, ¿se trata solamente de mortalidad o también habla de emigración? Lo mismo ocurre en todas partes. En Inglaterra las tierras menos productivas de la región de las Midlands fueron abandonadas en beneficio de mejores oportunidades en East Anglia. En las ciudades inglesas, las grandes ciudades no recibieron mucha emigración rural, sino las ciudades pequeñas, que florecieron con un fuerte dinamismo.

Campesinos pagando a su señor en dinero y en especie las rentas debidas.

Volviendo a Castilla, en este reino se dio una situación peculiar. El abandono de muchas tierras, que supuso el retroceso de la agricultura, implicó –como si de vasos comunicantes se tratara– el aumento de los pastos y el desarrollo de la ganadería ovina que en Castilla estaba monopolizada por el concejo de la Mesta, fundamental para entender la importancia y pujanza del comercio castellano en los tiempos posteriores.

Las ciudades también cambiaron pues dejaron de ser lugares tan insalubres y poco a poco comenzaron a promulgar decretos y prohibiciones regulando las actividades más contaminantes como las carnicerías, pescaderías o las tenerías; también se mejoraron los sistemas de desagües de aguas fecales e incluso, se comenzaron a empedrar algunas calles. La gente comenzaba a tomar conciencia del peligro que suponía la falta de higiene urbana. En 1374, Margarita de Dampierre, duquesa de Borgoña y condesa de Flandes, ordenó a la municipalidad de Dijon que procediera a una profunda limpieza de la ciudad. En aquel momento, algunas calles estaban tan llenas de estiercol, tierra y otras inmundicias que los carros que pasaban por la calle lo hacían con gran dificultad, ya que se levantaba toda la podredumbre, con un hedor nauseabundo que provocaba infecciones a los ciudadanos.

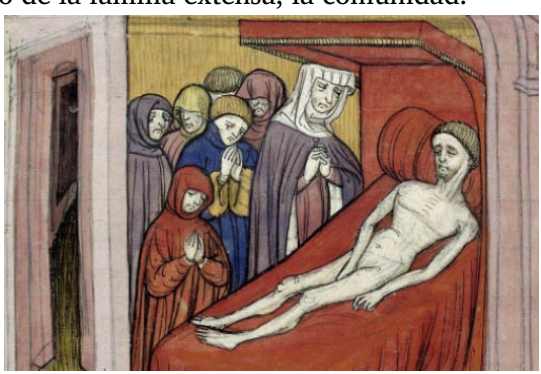
## Cambio respecto a la muerte

La hecatombe de la peste negra con su altísima mortalidad supuso un cambio en el acercamiento de la sociedad medieval a la muerte. Durante los tres siglos anteriores de bonanza, apenas hubo muertes violentas y salvo momentos puntuales de hambrunas o pestes localizadas, la gente podía prever con una cierta antelación el momento de su muerte y prepararse para ella. La muerte dentro de la concepción cristiana, era simplemente el instante en que se separaba el alma del cuerpo, y si se habían hecho correctamente las cosas, el alma pertenecía a Dios y el cuerpo, una simple envoltura carnal, podía ser enterrado y entregado a la tierra. Por ello, como hemos dicho, era muy importante para el cristiano prepararse para ese momento inevitable. Había que preparar la buena muerte.

La muerte. Gil de Ronza, s. XVI. Museo Nacional de Escultura de Valladolid.

## La buena muerte

A lo largo de la Edad Media se fijó un ritual a partir de elementos antiguos para el tránsito de la vida a la muerte. Este ritual todavía nos es bien conocido, pues en gran medida ha estado vigente hasta no hace demasiado tiempo e incluso hoy en día somos sus deudores. Un modelo tradicional cuyo origen se remonta a la sociedad antigua. Los jóvenes debían ocuparse de los ancianos, no solo de los miembros de su parentela directa, sino de la familia extensa, la comunidad.



El difunto rodeado de sus familiares.

El primer momento es cuando la persona, herida o enferma, siente que su muerte está próxima, hace que se informe a los suyos y se recluye en su habitación yaciendo en su cama rodeado de sus seres más queridos, compañeros, amigos y vecinos quienes rezan y piden por él en este momento del tránsito de la vida a la muerte. Este primer momento deja paso al segundo pues hay que cumplir una serie de deberes o trámites para dejar todo asentado. El más importante, acerca de las cosas

materiales. En presencia de los presentes se pronuncia en voz alta sus últimas voluntades que a partir del siglo XII serán puestas por escrito por un sacerdote o un notario; pero también las cosas inmateriales que garantizan una mejora de posición ante potenciales problemas que le impidiesen entrar en el Paraíso como el solucionar sus problemas personales con los suyos o sus vecinos. Finalmente, y antes de morir, interviene el sacerdote quien confesará las culpas de la persona y pronuncia una plegaria llamada *commendacio animae*. Al acabar, el sacerdote hace el signo de la cruz y hace una aspersión de agua bendita sobre la persona. Por último, se ofrece la hostia sagrada, el cuerpo de Cristo. Con el tiempo, todos estos rituales religiosos se convertirán en la extremaunción. La persona agonizante ya puede morir en paz.

Muerto el difunto no acaba todo. Ahora es misión de los allegados y empiezan las exequias. Unas exequias que dependen mucho de la capacidad económica del muerto para poder pagarse las mismas, pues se trata de un significativo dispendio que no está al alcance de todos los bolsillos. Es más, al tratarse de la parte más pública de todo el rito de despedida del difunto, cuanto más elaborado más se significaba el poder económico social del difunto. Las celebraciones en torno a la muerte y la sepultura se ven recubiertas de un tono de fiesta, aunque sea en el fondo dolorosa y fúnebre.

Estas exequias constan de cuatro partes bien diferenciadas y pautadas. La primera. el duelo, la manifestación dramática de la pérdida del difunto en la que los asistentes se rasgaban las vestiduras, besaban el cadáver, hacían ostentosas manifestaciones de dolor y lloraban sin que hubiese consuelo alguno ante tal pérdida. La segunda parte es de carácter religioso y se reducía a repetir la absolución al moribundo con una serie de salmos y rituales. El Fuero General de Navarra del siglo XIII, prohíbe los velatorios para los muertos de condición humilde, en cambio, si era alguien pudiente, establece que el muerto debía ser velado la noche entera por uno de los señores de cada casa del lugar, siendo relevados por sus mujeres cuando hubieran de volver a sus tareas cotidianas.

La tercera parte se celebra ya en el exterior del lugar donde el muerto ha fallecido. Se trata de la comitiva fúnebre que acompañará al difunto a su morada final. Con una cierta solemnidad y pasadas las manifestaciones de duelo al muerto se lo envolvía en una sábana o sudario que dejaba el rostro descubierto o en hábito monástico, especialmente el hábito franciscano que se hizo muy popular en la Baja Edad Media. Posteriormente se metía al difunto en un ataúd generalmente de madera –el pueblo llano con seguridad no podía pagarse el ataúd y el muerto era depositado en tierra directamente con el sudario. Al muerto le acompañaban sus familiares. Si se tratara de un trabajador gremial sus compañeros de oficio, diversos clérigos en número variable y un cortejo de plañideras, también en número variable en función de la capacidad económica del difunto pues se alquilaban, sonaban las campanas para ahuyentar a los demonios durante la procesión; se oían plegarias, gritos y lamentos. La cuarta y última parte es la inhumación propiamente dicha, breve y cargada de un sentimiento de despedida. Si estuviese presente el sacerdote podía dar de nuevo la absolución y hacer el signo de la cruz en el aire. Los lugares de sepultura eran los cementerios, las iglesias o, si el muerto era de familia pudiente, podía disponer de una capilla funeraria propia.

La inhumación del difunto no era el final, el funeral continuaba. Los familiares del finado debían ofrecer comida a los asistentes al velatorio y al cortejo fúnebre. En principio estas comidas eran de tipo familiar, para reunir a la parentela del difunto reconstruyendo los lazos familiares. Posteriormente se alargaron a la comunidad que acompañaba en el duelo y, según la capacidad económica de la familia, acababa convirtiéndose en simples distribuciones de alimentos a los pobres.

La última fase es la que se denomina «ritos conmemorativos, aniversarios y misas de recuerdo». Solo unos años más tarde se podía dar por terminado el luto guardado por el fallecido.

## Los testamentos

Una parte muy importante de aquel que se veía cerca de la muerte era dejar constancia de sus últimas voluntades que podían consistir en cómo quería que fuesen sus exequias o dejar repartidos sus bienes materiales entre los suyos. Durante muchos siglos estas voluntades se pronunciaron oralmente en presencia de los allegados, pero a partir de mediados del siglo XIII se observa un notable incremento de la escritura. Se trata de los llamados testamentos.

Un testamento consta de varias partes, una religiosa en la que se invoca a Cristo como redentor y salvador, a María y los santos como intercesores ante el Altísimo, y termina haciéndose una solemne proclama de Fe. Posteriormente, continúan fijándose los oficios religiosos, misas y cualquier disposición relacionada con el Más Allá, pues ello contribuye a que fallecido llegue a la Salvación de forma más rápida. La segunda parte es la parte profana, aquella en la que se trata de la partición de los bienes materiales. Estos bienes se dividen entre dos colectivos, la Iglesia que suele recibir buenos beneficios en función de la riqueza del difunto y que sirve para compensar/pagar esos oficios religiosos mencionados anteriormente y la familia, principalmente el descendiente varón de mayor edad que se convierte en el principal beneficiado a partir de la Baja Edad Media, lo que en España será conocido como el mayorazgo.

## Las Danzas de la muerte

El arte no será ajeno a la conmoción que supuso la peste negra, de repente y de forma original y se difunde un nuevo modelo iconográfico, tanto en el campo de las artes plásticas como en las literarias, donde la Muerte ocupará un lugar central. Así surgen las denominadas *Danzas Macabras* o *Danzas de la muerte* que, como hemos dicho, surgen en una sociedad azotada por plagas devastadoras y cuya vigencia temporal apenas superará el inicio del siglo XVI.

Esta representación, cuyo carácter escatológico es claro, tiene una clara y cristiana intención: recordar que los placeres de mundo son perecederos, pues la vida en sí es perecedera, y por tanto el cristiano debe estar siempre preparado para una «buena muerte» permaneciendo enel redil de la Iglesia. Sin embargo, su representación no deja de tener en muchos casos un carácter, digamos, satírico e igualitario, pues la muerte al final nos alcanzará a todos por igual y, por tanto, por mucho que intentemos luchar contra ella o dilatar su llegada gracias a nuestra capacidad económica y social, siempre nos alcanzará. Lo único que se puede hacer es estar preparado y en paz con Cristo.

Siendo estrictos, la representación de la muerte no surge como consecuencia de la convulsión de la peste negra, simplemente coge fuerza. Sus raíces, aunque discutidas, se encuentran en textos de los siglos anteriores, como en la obra del cardenal Lotario de Segni (posteriormente y desde 1198, papa Inocencio III) *Contemptus mundi sive miseria conditionis humanae,«Sobre el desprecio del mundo o la miseria de la condición humana»*, quien dedica todo el texto a la nula importancia que hay que dar al mundo material debiéndonos enfocar en el espiritual, en la religión.

**De la putrefacción de los cadáveres**

Saldrá su espíritu del cuerpo, y volverán a ser polvo: entonces se desvanecerán como humo todos sus proyectos. Cuántos y cuantas de los mortales piensan en la incertidumbre de la provisión mundana, pero en el momento de la muerte repentina, todo lo que pensaban se evanesce: como sombra que huye, así voy desapareciendo; y soy sacudido como las langostas. (…) ¿Qué, pues, aprovechan las riquezas? ¿Qué los banquetes? ¿Qué las delicias? ¿Qué los honores? Las riquezas no liberarán de la muerte, los banquetes no defenderán de la muerte, ni las delicias de los gusanos ni los honores de los hedores. Quien se sentaba glorioso en el trono yace despreciado en el túmulo. Quien lucía adornado en el aula, desnudo luce sucio en la tumba. Quien se alimentaba deliciosamente en los convites, ahora es consumido por los gusanos en el sepulcro». (Libro III, cap. I).

Casi contemporáneo será otro testimonio conocido tanto por la literatura como por la pintura, el denominado *Encuentro entre los tres vivos y los tres muertos*. Su difusión abarcará toda la Europa occidental desde la península ibérica hasta las tierras del Sacro Imperio Germánico. Con las lógicas variantes, los tres vivos pueden representar a los tres niveles de la sociedad estamental del medievo, por un lado, el noble o un rey representando a la clase alta, los *bellatores*; un clérigo (los *oratores*) y el pueblo llano representado no por un campesino, sino por un burgués, muestra clara de la pujanza de la ciudad (los *laboratores*) y de una clase acomodada muy alejada de la imagen campesina y también, como los otros dos colectivos, amante de los lujos. En otras representaciones también se ven tres monarcas, tres cazadores o tres burgueses ricos. En general, tres personas acostumbradas a las riquezas, de posición acomodada y lujosamente vestidos. Los tres aparecen enfrentados y emparejados con tres esqueletos como representación última de la muerte en general. Los esqueletos, los muertos, pueden estar inertes dentro de sus respectivos ataúdes o de pie, interactuando con los vivos, entablando un diálogo cuyo fin es una profunda reflexión sobre la caducidad de los bienes terrenales –por eso se representa a tres hombres pudientes– y de lo que les espera en un futuro no muy lejano. Los vivos, ante semejante visión, toman conciencia de la futilidad de las riquezas, y tras la advertencia de los muertos cambian de vida, cuidando más de su espíritu y preparándose para el inevitable destino final. El sentido profundo del encuentro de los vivos y los muertos viene codificado en el libro del Eclesiastés cuando dice en su capítulo 1, versículo 11: «*no queda el recuerdo de las cosas pasadas, ni quedará el recuerdo de las futuras en aquellos que vendrán después*».

En Francia va a surgir también la imagen conocida como la *Danza de la muerte*, que en realidad debería ser llamada danza de los muertos. Se trata de una imagen en la que vemos a una serie de esqueletos bailando y tocando una serie de instrumentos musicales en una ambientación a medio camino entre lo macabro y lo festivo. En muchos casos no se trata únicamente de los huesos del cadáver, sino de un cuerpo todavía no completamente descarnado, con el vientre rajado y hueco.

Debido a que el espíritu de estas imágenes es mostrar la futilidad de las cosas humanas, el espíritu de las vanidades y la igualdad social ante la muerte, todas esas figuras macabras representaban de forma exclusiva a los varones, los únicos que en esa sociedad podían optar a dignidades seculares o seglares. La figura de la muerta femenina aparecerá mucho más tarde con un par de características propias. Para diferenciarse de los varones los cráneos femeninos aparecen con mechones de pelo y lo que es más inquietante, se incorpora el elemento sensual en forma de los movimientos de danza que observamos en los grabados que tienden a recordar, en versión femenina, esa misma vanidad que aplicábamos a las representaciones masculinas, en este caso la vanidad de la belleza.

Imagen de la Danza de la Muerte con personajes de ambos sexos.

En la península ibérica se conserva un manuscrito en castellano en la Biblioteca de El Escorial datado a principios del siglo XV. Sin soporte iconográfico alguno a

diferencia del *Encuentro* anteriormente mencionado, nuestro anónimo autor hace de la Muerte la protagonista de la obra en la que, a lo largo de los seiscientos versos dodecasílabos de que consta el texto, va dialogando con todas las figuras señeras de la sociedad medieval, desde el papa hasta un simple sacristán, desde el emperador hasta el humilde escudero o el mercader, el físico o el santero. La Muerte invitará a todos a su danza. De nuevo la misma imagen de siempre, la muerte nos iguala a todos.

**Danza de la muerte**

*Aqui comiença la dança general, en la qual tracta como la Muerte avisa a todas las criaturas que paren mientes en la breviedad de su vida e que della mayor cabdal non sea fecho que ella meresce. E asimesmo les dize e requiere que vean e oyan bien lo que los sabios pedricadores les dizen e amonestan de cada dia, dandoles bueno e sano consejo que pugnien en fazer buenas obras porque hayan complido perdon de sus pecados. E luego siguiente mostrando por espiriencia lo que dize, llama e requiere a todos los estados del mundo que vengan de su buen grado o contra su voluntad.*

Y termina el texto:

*LOS QUE HAN DE PASAR POR LA MUERTE:*

Pues que asi es que a morir habemos

de nescesidad sin otro remedio,

con pura conciencia todos trabajemos

en servir a Dios sin otro comedio.

Ca el es principio, fin e medio

por do si le plaze habremos folgura,

aunque la Muerte con dança muy dura

nos meta en su corro con qualquier comedio.

La Danza de la Muerte: «Cuatro figuras de la Muerte tocando instrumentos musicales» de Michael Wolgemut (1490).

Después de pasada la gran mortandad que supuso la peste negra, podemos entender por qué estas imágenes serán recurrentes durante el siguiente siglo y medio. La muerte no solo está presente en la vida social del medievo, pudiéndose convertir en una realidad en cualquier momento, sino que nos iguala a todos, todos vamos a morir, todos acabaremos en una tumba despojados de nuestra vanidad y nuestras posesiones mortales. Solo un último ejemplo, en la entrada del cementerio del pueblo de Montamarta en Zamora hay una inscripción del año 1938 que dice: «Aquí termina

el reino de la vanidad y empieza el reino de la eterna verdad».

# A modo de conclusión

No hay duda que la peste negra supuso un punto importante de inflexión en el devenir del mundo medieval. La rapidez de su extensión, las pérdidas humanas que ocasionó, la desesperación de los doctores que no encontraban forma de poder atajarla y el desmantelamiento casi total de todas las estructuras socioeconómicas de los diversos principados, provocaron un cambio en el hombre medieval que modificó sus hábitos en dos direcciones divergentes, unos optaron por la alegría de vivir y otros por la radicalización, lo que llevó a movimientos como los flagelantes o, aún peor, al asesinato de judíos acusados de hechos horribles y falsos.

Es por ello que algunos autores se han preguntado si la peste negra supuso un cambio en el paradigma europeo, si ese punto de inflexión marcó de forma tan definitiva a la sociedad medieval como para que debamos establecer un antes y un después. El tema está abierto y podemos encontrar opiniones muy variadas.

La peste negra fue mucho más que una epidemia. Fue una pandemia, pero no fue ni la primera ni la última, de hecho, se considera la Segunda Gran Pandemia tras la Peste de Justiniano. A lo largo de la historia de la humanidad múltiples enfermedades han diezmado a la población, muchas de ellas desconocidas pues no han dejado ningún tipo de registro. De otras en cambio tenemos mucha información. De esas últimas, ninguna de ellas hasta la de 1348, tuvo ese carácter global. Parecía que no había lugar en el mundo conocido donde poder estar lejos de su poder devastador. Posteriormente al periodo 1348-1351, se producirán una infinidad de rebrotes de la peste negra, algunos en fechas tan cercanas a la gran crisis como 1356, pero ahora, no marcaron tanto a la población como la primera vez, ya sea porque la población que sobrevivió a 1351 había quedado de alguna manera vacunada, o porque muchos de los rebrotes tuvieron un carácter local o regional. Entre estas quizás la gran peste de Londres de 1665-1666 fue la más importante con una incidencia de en torno a 100.000 personas muertas. En tiempos más cercanos a nosotros, hubo una Tercera Gran Pandemia que se desató en China y el subcontinente indio en 1855 y que sólo se consideró extinguida en 1960. Su balance, más de doce millones de fallecidos.

La peste bubónica sigue entre nosotros, pero gracias a los estudios de Alexandre Yersin, Kitasato Shibasaburo y todos aquellos científicos que les siguieron, ya sabemos cómo tratarla con unos medicamentos adecuados que salvan a la población afectada.

Hubo otras grandes pandemias, como la de la viruela en el Nuevo Mundo

provocada por la llegada a América, donde no existía tal enfermedad, de poblaciones que llevaban muchos siglos conviviendo con ella y que ya estaban inmunizados; o qué decir de la mal llamada gripe española de 1918 que se desató en los últimos meses de 1918 cuando aún se combatía en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, cuya tasa global de mortalidad se estima entre el 10 % al 20 % de los afectados. En números absolutos murieron de veinte a cincuenta millones de personas en todo el globo. ¿Y el SIDA?, pues también.

En estos momentos en los que escribo este libro, vivimos los tiempos de otra pandemia, la llamada COVID-19 que está afectando a todo el planeta. Gracias a los rápidos avances de la medicina, el índice de mortalidad, que en un primer momento fue muy alto, no ha llegado a niveles calamitosos, pero al igual que sucedió en 1348 se está produciendo un cambio social del que aún desconocemos su alcance. El tiempo dirá.

# Bibliografía

## Fuentes


Actas del Concilio de Clermont (18 noviembre 1130). Revisión crítica de Fidel Fita. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 4, pp. 360-366.

Adam Murimuth, Robert of Avesbury. (2013). *Adae Murimuth continuatio chronicarum; Robertus de Avesbury de gestis mirabilibus regis Edwardi Tertii*. Cambridge University Press. Cambridge.

Bocaccio, Giovanni. (2012). *Decamerón*. Juan Varela-Portas traductor. Castalia Prima, Madrid.

Bonesvin de la Riva. (1898). «De magnalibus urbis Mediolani». Bullettino dell'Istituto Storico Italiano, n. 20, pp. 61-188.

Casiodoro. (1886). *The Letters of Cassiodorus being a condensed translation of the variae Epistolae of Magnus Aurelius Cassiodorus Senator*. Translated by Thomas Hodgkin. London.

Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla. (1863). Real Academia de la Historia, Madrid, II.

Cremades Rodriguez, Francisco José. (2009). *Traducció al castellà de Regiment de preservació a epidèmia o pestilencia e mortaldats de Jacme d'Agramont*. Tesis doctoral, Universidad de Alicante, Alicante.

Cronica del muy alto et muy católico rey d. Alfonso el onceno. (1953). Biblioteca de Autores Españoles, t. 66, Madrid.

Danza general de la muerte (2007). Versión modernizada, introducción y notas de Erika Mergruen. Ciudad de México.

Documents inedits sur la grande peste de 1348. Publiés avec une introduction et des notes par L.A. Joseph Michon. Paris, 1860.

Froissart, Jean. (2001). *Chroniques. Livre I et II*. Le livre de Poche, Paris.

Fuero Juzgo. (1815). Fuero Juzgo en latín y castellano cotejado con los más antiguos y preciosos códices por la Real Academia Española. Madrid, Imprenta de Ibarra.

Garcia del Corral, Ildefonso. (1988). *Cuerpo del Derecho Civil Romano vol. VI. Novelas, Edictos y Constituciones del Emperador Justiniano*. Editorial Lex Nova, SA. Valladolid.

Green, Monica H. (2001). *The Trotula. A Medieval Compendium of Women´s Medicine*. University of Pennsylvania, Pennsylvania.

Guillaume de Lorris. (1985). *Le roman de la rose. El libro de la rosa*. Carlos Alvar (trad.). Barcelona, el festín de Esopo – Quaderns Crema.

Guillermo Villani. (1967) *Crónicas florentinas* (edición y selección de N. Guglielmi), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Hildecarga de Bingen. (2009). *Libro de medicina sencilla – Physica*. Editorial Akron, Astorga.

Homero. (1996). *ILIADA*. Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güelmes. Editorial Gredos.

Idacio. (1974). *Chronique*. Traducción al francés de Alain Tranoy. Les Éditions du CERF, Paris.

Juan Malalas. (1986). *The Chronicle of John Malalas*. A Translation by Elizabeth Jeffreys et al. Australian Association for Byzantine Studies, Melbourne.

Le ménagier de Paris. *Traité de morale et d'economie domestique composé vers 1393 par un bourgeois parisien*. (1846). Société des bibliophiles François. Paris.

Mateo de Paris. (1854). *Matthew pari's english history. From the year 1235 to 1273*. Translated from the latin by J. A. Giles, vol III. London.

of Newburg, William. (1098). Halsall, Paul; McLetchie, Scott (eds.). *The History of English Affairs (Books I to V)*. Internet History Sourcebooks Project. New York: *Fordham University* Center for Medieval Studies. Source: The Church Historians of England, volume IV, part II; translated by *Joseph Stevenson* (London: Seeley's, 1861). Spelling modernised 1999 by Scott McLetchie.

Pablo Diacono. (1975). Historia de los Longobardos. En Gianluigi Barni. La conquête de l'Italie par les Lombards. Editions Albin Michel, Paris.

Paulin, M. (1838). *Les Grandes Chroniques de France, selon que elles, sont coservées en l'Eglise de Saint-Denis en France, vol IV*. Paris.

Petrarca, Francesco. (1978). *Epistole*. Ugo Dotti (edit.). UTET, Turín.

Procopio de Cesarea. *Historia de las guerras. Libros I-II. Guerra Persa*. (2000). Intro., trad. y notas de Francisco Antonio García Romero. Ed. Gredos nº 280, Madrid.

– *Historia de las guerras. Libros III-IV. Guerra Vándala*. (2018). Intro., trad. y notas

de José Antonio Flores Rubio. Ed. Gredos nº 282, Madrid.

Pseudo-dionysius of tel-mahre. Part III. (1996). Translated with notes and introduction by Witold Witakowski. Liverpool University Press, Liverpool.

Piazza, Miguel da. (1791). *Historia Sicula ab annum LXI. Bibliotheca scriptorum qui res in Sicilia gestas sub aragonum imperio retulere*. Rosario Gregorio (editor), t. 1.

Regla de San Benito. (2000). Introducción y comentario por García M. Colombás (monje benedictino). Traducción y notas Iñaki Aranguren (monje cisterciense). Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.

Rosell, Antoni (trad). (2019). *Flamenca. Novela occitana del s.* xiii. Anem Editors, Andorra.

Santiago de la Vorágine. (1999). *La leyenda dorada*,1. Trad. Fray José Manuel Macías, O.P., tomo 1. Alianza forma, Madrid.

Soto Posada, G. (2018). Introducción, traducción y notas a De contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae. Libri tres. *Revista Cuestiones Teológicas*, 45(103), 179-254.

Teofanes Confesor. (1997). *The Chronicle of Theophanes Confessor. Byzantine and Near Eastern History AD 284-813*. Translated with introduction and commentary by Cyril Mango and Roger Scott. Clarendon Press, Oxford.

The Annals Of Ireland by Friar John Clyn and Thady Dowling together with The Annals of Ross (1849). Edited by the very rev. Richard Butler. Irish Archaeological Society, Dublin.

Thorndike, Lynn. (1930). «A pest tractate before the black death» *Sudhoffs Archiv für Geschichte der Medizin*, Bd. 23, H. 4, pp. 346-356

Tomas de Aquino (1954). «Tratado de los vicios y los pecados», en *Suma teológica,* t. V, vol. 122, Madrid, BAC.

Tucídides. (1990). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Libros I-II. Trad. y notas de J. J. Torres Esbarranch. Intr. general de J. Calonge. Rev.: E. Rodríguez Monescillo. Ed. Gredos, Madrid.

Vida de los padres del jura.(2014) Trad y notas de Eustaquio Sánchez Salor. Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.

Vita Edwardi Secundi. (2005). *The Life of Edward the Second*. Reeditex text by Wendy R. Childs. Clarendon Press, Oxford.

William Langland. (1997). *Pedro el labriego* (ed. de P. Guardia). Ed. Gredos, Madrid.

## Bibliografía general

Aberth, John. (2011). *Plagues in World History*. Rowman & Littlefield Publishers, INC. Lanham, Boulder, New York, Toronto, Plymouth UK.

– (1995). «The Black Death in the diocese of Ely: The evidence of the bishop's

register». *Journal of Medieval History*, 21, pp. 275-287.

– (2013). *An environmental History of the Middle Ages. The Crucible of Nature*. Routledge, London and New York.

– (2019). *Contesting the Middle Ages. Debates that are Changing our Narrative of Medieval History*. Routledge, London and New York.

ADAMSON, Melitta Weiss (2004). *Food in Medieval Times*. Greenwood Press, Westport Connecticut – London.

ALFANI, Guido; MELEGARO, Alessia. (2010). *Pandemie d'Italia. Dalla peste nera all'influenza suina: L'impatto sulla società.* Egea, Milano.

AMASUNO, Marcelino V. (1994). «Cronología de la peste en la Corona de Castilla». *Studia Historica., Historia Medieval,* 12, Universidad de Salamanca, pp. 25-52.

– «Etiología de morbo en la *Epistola et régimen de pestilentia*, de Alfonso de Córdoba (1348)». *Scriptura*, nº 13, pp. 253-275.

ARIÈS, Philippe. (2000). *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. El Acantilado, Barcelona.

ARIÈS, Philippe; DUBY, George. (2018). *Historia de la vida privada, vol.2. De la Europa feudal al Renacimiento*. Editorial Taurus, Madrid.

ARRIZABALAGA, Jon. (1991). «La Peste Negra de 1348: Los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social». *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Ilustrandam*, vol. 11, pp 73-117.

BAILEY, Mark; RIGBY, Stephen. (2012). *Town and Countryside in the Age of the Back Death. Essays in Honour of John Hatcher*. Brepols Publishers, Turnhout.

BARROCA, Mario Jorge. (2003). «A Peste Negra na epigrafía medieval portuguesa». *Os reinos ibéricos na Idade Media: libro de homenagem ao professor doutor Humberto Carlos Baquero Moreno*, vol 1, Universidade do Porto, Porto, pp. 1159-1166.

BENEDICTOW, Ole J. (2010). *What Disease was Plague? On the Controversy over the Microbiological Identity of Plague Epidemics of the Past*. Brill, Leiden – Boston.

– (2020). *La Peste Negra, 1346-1353*. Editorial Akal, Madrid.

– (2016). *The Black Death and Later Plague Epidemics in the Scandinavian Countries: Perspectives and Controversies*. De Gruyter Open.

BETRAN MOYA, José Luis. (1994). «La peste como problema historiográfico». *Manuscrits*, nº 12, pp. 283-319.

BOLLET, Alfred J. (2004). *Plagues & Poxes. The impact of Human History on Epidemic Disease*. Demos. New York.

BORSCH, Stuart J. (2005). *The Black Death in Egypt and England. A Comparative Study*. University of Texas Press, Austin.

BOSSAK, Brian H.; WELFORD, Mark R. (2009). «Did medieval trade activity and a viral etiology control the spatial extent and seasonal distribution of Black Death mortality?». *Medical Hypotheses*, vol. 72, pp. 749–752.

BOWSKY, William. (1964). «The Impact of the Black Death upon Sienese Government

and Society». *Speculum*, vol. XXXIX, nº 1, pp. 1-34.

Bray, R.S. (2020). *Armies of Pestilence. The Impact of Pandemics on History*. Lutterworth Press. New York.

– (1996). *Armies of Pestilence. The Impact of Disease on History*. Barnes & Noble Books, New Yok

Bridbury, A.R. (1977). «Before the Black Death». *The Economic History Review*. 2nd Series, vol. XXX, nº 3, pp. 393-410.

Britnell, Richard. (1994). «The Black Death in English towns». *Urban History*, vol. 21, pp.195-210.

Brossollet, Jacqueline. (1984). «Quelques aspects religieux de la grande peste du xive siècle». *Revue d'histoire et de philosophie religieuses*, 64e année n°1. pp. 53-66.

Byrne, Joseph. (2006). *Daily life during the Black Death*. Greenwood Press, Westport.

– (2012). *Encyclopedia of the Black Death*. ABC-Clio, Santa Barbara.

– (2004). *The Black Death*. Greenwood Press, Westport.

Caferro, William. (2018). *Petrarch's War. Florence and the Black Death in Context*. Cambridge University Press, Cambridge.

Cantera Montenegro, Enrique. (2013). «El miedo al judío en la España de la Edad Media». *Estudios de Historia de España*, vol. xv, pp. 153-187.

Cantor, Norman F. (2002). *In the wake of the plague. The Black Death and the World it Made*. The Free Press, New York-London.

Carlin, Martha; Rosenthal, Joel T. (eds). (1998). *Food and Eating in Medieval Europe*. The Hambledon Press. London and Rio Grande.

Carmichael, Ann G. (2014). «Plague persistence in western Europe: A Hypothesis». *The Medieval Globe*, vol 1, pp. 157-191.

– (2008). «Universal and Particular: The Language of Plague, 1348-1500». *Medical History*, 52, pp. 17-52 doi:10.1017/S0025727300072070.

Carpentier, Élisabeth. (1962). «Autour de la peste noire: Famines et épidémies dans l'histoire du xive siècle». *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 17e Année, No. 6, pp. 1062-1092.

Carvajal González, Helena. (2015). «San Sebastián, mártir y protector contra la peste». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, vol. VII, nº 13, pp. 55-65.

Castán Lanaspa, Guillermo; Dueñas Carazo, Salvador. (2006). «Revisión de la incidencia de la peste negra en Navarra a través de un modelo matemático de población». *Studia Historica*, Historia Medieval, vol. 24, pp 275-314.

Chipley Slavicek, Louise. (2008). *Great History Disasters. The Black Death*. Chelsea House, New York.

Christakos, G; Olea, R. (2005). «New space-time perspectives on the propagation characteristics of the Black Death epidemic and its relation to bubonic plague». *Stoch Environ Res Risk Assess*, 19, pp.307–314.

Classen, Albrecht (editor). (2016). *Death in the Middle Ages and Early Modern Times. The Material and Spiritual Conditions of the Culture of Death*. De Gruyter, Berlin.

Cohn Jr, S. (2002). «The Black Death: End of a Paradigm». *The American Historical Review*, Vol. 107, No. 3, pp. 703-738.

– (1991). «Le ultime volontà: Famiglia, donne e peste nera nell'Italia centrale». *Studi Storici*, Anno 32, nº 4, pp. 859-875.

– (2007). «The Black Death and the Burning of Jews». *Past & Present,* 196(1), pp. 3–36. doi:10.1093/pastj/gtm005.

– (2007). «Popular Insurrection and the Black Death. A Comparative view». *Past and Present*, supplement 2, pp. 188-204.

Cohn Samuel K.; Fabre Pierre-Antoine. (1996). «Piété et commande d'oeuvres d'art après la Peste noire». *Annales. Histoire, Sciences, Sociales*. 51e année, N. 3, pp. 551-573.

Congourdeau, Maria-Hélène; Melhaoui, Mohammed. (2001). «La perception de la peste en pays chrétien byzantin et musulman». *Revue des* études *byzantines*, tome 59, pp 95-124.

Crespo Álvarez, Macarena. (2002). «Judios, préstamos y usuras en la Castilla medieval. De Alfonso X a Enrique III». *Edad Media. Revista de Historia*, 5, pp. 179-215.

Cruselles Gómez, Enrique. (1909). «La población de la ciudad de Valencia en los siglos XIV y XV». *Revista d'Historia Medieval 10,* pp. 45-84.

Currie, Stephen. (2013). *The Black Death*. Reference Point Press Inc, San Diego.

Cusack, Carole M. (2019). «Death, Famine, War, and Conquest: The Black Death, The Hundred Years' War, and Popular Revolt in Barbara W. Tuchman's 'Calamitous Fourteenth Century'». *Literature & Aesthetics* 29 (1), pp. 141-160.

Day, W.R. (2002). «The population of Florence before the Black Death: survey and synthesis». *Journal of Medieval History*, 28, pp. 93-129.

Deming, David. (2012). *The Black Death, the Renaissance, the Reformation and the Scientific Revolution. Science and Technology in Word History*, vol 3. McFarland & Company Inc Publishers, Jefferson, North Carolina and London.

Dewitte, Sharon N. (2015). «Setting the Stage for Medieval Plague: Pre-Black Death Trends in Survival and Mortality». *American Journal of Physical Anthropology*, pp. 441-451. DOI: 10.1002/ajpa.22806.

– (2017). «Stress, sex, and plague: Patterns of developmental stress and survival in pre- and post-Black Death London». *American Journal of Human Biology*, doi: 10.1002/ajhb.23073.

– (2009). «The Effect of Sex on Risk of Mortality During the Black Death in London, A.D. 1349–1350». *American Journal of Physical Anthropology*, nº 139, pp 222-234.

Dewitte, Sharon N; Wood, James W. (2008). «Selectivity of Black Death mortality with respect to pre-existing health». *PNAS*, vol. 105, nº 5, pp. 1436-1441.

Ditrich, Hans. (2017). «The transmission of the Black Death to western Europe: a critical review of the existing evidence». *Mediterranean Historical Review*, 32:1, pp. 25-39, doi:10.1080/09518967.2017.1314920

Dols, Michael W. (1977). *The Black Death in the Middle East*. Princeton University Press, Princeton New Jersey.

Duby, Georges. (1995). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos.* Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

Duncan, C.J.; Scott, S. (2015). «What causes the Black Death?». *Postgrad Med J*, pp;81:315–320. doi: 10.1136/pgmj.2004.024075

Dyer, Christopher. (2000). *Everyday Life in Medieval England*. Hambledon and London, London and New York.

Emanov, A.G. (2013). «The Great Pandemic of the Middle of the 14th century as the Finale of Medieval History». *Tyumen State University Herald, nº. 2*, pp. 39-44.

Esposito, Anna, Quaglioni, Diego (1990). P*rocessi contro gli ebrei di Trento (1475-1478). I processi del 1475*. Cedam, Padua

Falsini, Aliberto Benigno. (1971). «Firenze dopo il 1348». *Archivio Storico Italiano*, vol. 129, nº 4 (472), pp. 425-503.

Fernández Ubiña, José. (1981). «Comportamientos y alternativas cristianas en una época de crisis: El testimonio de Cipriano». *Memorias de historia antigua*, nº 5. Dedicado a: Paganismo y cristianismo en el occidente del Imperio Romano, pp. 213-226.

Febvre, Lucien. (1949). «Maladies et civilisations: La peste noire en 1348». *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 4e Année, No. 102-103

Finley, Theresa; Koyama, Mark. (2018). «Plague, Politics, and Pogroms: The Black Death, the Rule of Law, and the Persecution of Jews in the Holy Roman Empire». *Journal of Law and Economics*, vol. 61, pp. 253-276.

Fossier, Robert (2007). *Gente de la Edad Media*. Editorial Taurus, Madrid.

Freeman, Henry. (2016). *The Black Death. A History from Beginning to End*. CreateSpace Independent Publishing Platform

French, Roger. (2003). *Medicine before Science. The Business of Medicine from the Middle Ages to the Enlightenment*. Cambridge University Press, Cambridge.

Fuente Pérez, María Jesús. (1988). «El impacto de la peste en una ciudad castellana en la Baja Edad Media. Palencia». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*. Nº 59, pp. 415-432.

Fuentes Hinojo; Pablo. (1992). «Las grandes epidemias en la temprana Edad media y su proyección sobre la Península Ibérica». *En la España Medieval*, nº 15, Editorial Complutense, Madrid, pp. 9-29.

Gargantilla, Pedro. (2011). *Breve Historia de la Medicina. Del chamán a la gripe A*. Ediciones Nowtilus, Madrid.

Garcia Sanjuan, Alejandro (2015). «Alfonso XI frente a los musulmanes en las fuentes árabes». *El siglo* xiv *en primera persona. Alfonso XI, rey de Castilla y León (1312-1350). Estudios conmemorativos del VII Centenario del acceso al trono del rey castellano (1312-2012)*. Manuel García Fernández (coordinador). Editorial Universidad de Sevilla, pp. 53-70

GAUDART, J et al. «Demography and diffusion in epidemics: Malaria and Black Death spread». *Acta Biotheor* (2010) 58, pp. 277–305. DOI 10.1007/s10441-010-9103-z

GECSER, Otto. *(2017)*. «Intercession and Specialization St. Sebastian and St. Roche as Plague Saints and their Cult in Medieval Hungary». *Les saints et leur culte en Europe centrale au Moyen Âge*. Ed. Marie-Madeleine de Cevins and Olivier Marin, pp. 77-108. Turnhout: Brepols.

GETZ, Faye Marie. (1991). «Black Death and the Silver Lining: Meaning, Continuity, and Revolutionary Change in Histories of Medieval Plague». *Journal of the History of Biology*, vol. 24 nº 2, pp. 265-289.

GIES, Frances; GIES, Joseph. (1991). *Life in a Medieval Village*. Harper Collins.

– (1981). *Life in a Medieval City*. Harper Collins.

GILLESPIE, David S. (1975). «The Black Death and the Peasant's Revolt: A Reassessment». *Humboldt Journal of Social Relations*, vol. 2, nº. 2, pp. 4-13.

GOMEZ, José M; VERDÚ, M. (2017). Network theory may explain the vulnerability of medieval human settlements to the Back Death pandemic. *Scientific Reports*, 7:43467. DOI: 10.1038/srep43467

GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert (2011). «El encuentro de los tres vivos y los tres muertos». *Revista Digital de Iconografía Medieval*, vol. III, nº 6, pp. 51-82.

GOTTFRIED, Robert S. (1993). *The Black Death*. The Free Press, New York.

GOZALBES CRAVIOTO, Enrique y GARCÍA GARCÍA, Inmaculada. (2007). «La primera peste de los Antoninos (165-170). Una epidemia en la Roma imperial». *Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia.*, vol. 59, fasc. 1, pp. 7-22.

– (2009-2010). «En torno a la medicina romana». *Hispania Antiqua*, nº 33-34, pp. 323-335.

GRAS, Pierre. (1939). «Le registre paroissial de Givry (1334-1357) et la peste noire en Bourgogne». *Bibliothèque de l'école des chartes*, tome 100. pp. 295-308;

GRATTAN, John. (2006). «Aspects of Armageddon: An exploration of the role of volcanic eruptions in human history and civilization». *Quaternary International*, nº 151 (1), pp 10-18.

GRINBERG, Moshe. (2018). «Janibeg´s last siege of Caffa (1346-1347) and the Back Death: The evidence and chronology revisited». *Тюркологические исследования*, tom 1, nº 2.

GRMEK, Mirko D. (1983). *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale: Researches sur la réalité pathologique dans le monde grec préhistorique, archaïque et classique. (Medicine et Sociétés)*. Ed. Payot, Paris.

HANSKA, Jussi. (2002). *Strategies of Sanity and Survival. Religious Responses to Natural Disasters in the Middle Ages*. Studia Fennica Editorial Board, Helsinki.

HARBECK, Michaela et al.s. (2013). «Yersinia pestis DNA from Skeletal Remains from the 6th AD Reveals Insights into Justinianic Plague»- *PLOS. Pathogens*, vol 9, May, issue 5. https://doi.org/10.1371/journal.ppat.1003349

HATCHER, John. (2009). *The Black Death. The Intimate Story of a Village in Crisis,*

*1345-1350*. W & N.

– (2013). «England in the Aftermath of the Black Death». *Past and Present*, nº 144, pp 3- 35.

– (1977). *Plague, Population and the English Economy 1348-1530*. The Macmillan Press TD, London and Basingtoke.

Henneman, John B. (1968). «The Black Death and Royal Taxation in France 1347-1351». *Speculum. A Journal of Mediaeval Studies*, vol. XLIII, nº 3, pp. 405-428.

Hopley, Russell. (2016). «Plague, Demographic Upheaval and Civilisational Decline: Ibn Khaldūn and Muhammad al-Shaqūrī on the Black Death in North Africa and Islamic Spain». *Landscapes*, 17:2, pp. 171-184, DOI: 10.1080/14662035.2016.1251035.

Horrox, Rosemary and Ormrod, W. Mark. (edits). (2006). *A Social History of England 1200-1500*. Cambridge University Press, Cambridge.

Horrox, Rosemary (traducción y edición). *The Black Death*. Manchester University Press. Manchester and New York.

Huet Fudio, Mario. (1998). «Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra. La península ibérica, 1348-1500». *Cuadernos de Historia Medieval*, nº 1, pp. 21-58.

Huizinga, Johan. (1994). *El otoño de la Edad Media*. Alianza Universidad, Madrid.

Jackson, Mark. (edit). (2017). *The Routledge History of Disease*. Routledge, London – New York.

– (2011). *The Oxford Handbook of the History of Medicine*. Oxford University Press, Oxford.

Jedwab, Remi, Johnson, Noel D.; Koyama, Mark. (2019). «Negative shocks and mass persecutions: evidente from the Black Death». *Journal of Economic Growth*, https://doi.org/10.1007/s10887-019-09167-1

Jouet, Roger. (1972). «Autour de la Peste Noire en Basse-Normandie au xive siècle». *Annales de Normandie*, 22e année, n°4, pp. 265-276.

Kallen, Stuart A. (2015). *Medieval Food and Customs*. ReferencePoint Press, San Diego.

Keller, M. et al. (2019). «Ancient Yersinia pestis genomes provide no evidence for the origins or spread of the Justinianic Plague». *BioR* xiv. doi: https://doi.org/10.1101/819698.

Kelly, John. (2012). *The Great Mortality. An Intimate History of the Black Death, the Most Devastating Plague of All Time*. Harper Perennial, New York – London.

– (2006). *The Great Mortality: An Intimate History of the Black Death*. Harper Perennial, New York – London

Kendall, E. J. y otros. (2013). «Mobility, mortality, and the Middle Ages: Identification of Migrant Individuals in a 14th Century Black Death». *American Journal of Physical Anthropology* nº 150, pp.210-222.

Kiple, Kenneth F. (editor). (1993). *The Cambridge World History of Human Disease*. Cambridge University Press, Cambridge.

KISSANE, Alan. (2017). *Civic Community in Late Medieval Lincoln. Urban Society and Economy in the Age of the Black Death, 1289-1409*. The Boydell Press, Woodbridge.

KITASATO, S. (1894). «The bacillus of bubonic plague». *The Lancet*, vol 144, issue 3704, pp. 428-430.

KITSIKOPOULOS, Harry. (2002). «The Impact of the Black Death on Peasant Economy in England, 1350-1500». *The Journal of Peasant Studies*, vol 29, nº 2, pp. 71-90.

LE GOFF Jacques; Biraben Jean-Nöel. (1969). «La peste dans de Haut Moyen Âge». *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 24e année, N. 6, pp. 1484-1510.

LE GOFF, Jacques; Schmitt, Jean-Claude (eds.). (2003). *Diccionario razonado del Occidente Medieval*. Ediciones Akal, Madrid.

LE GOFF, Jacques. (2005). *El Dios de la Edad Media*. Editorial Trotta, Madrid.

– (1999). *La civilización del Occidente Medieval*. Ediciones Paidós, Barcelona.

LE ROY LADURIE, Emmanuel. (2010). *Trente-trois questions sur l'histoire du climat*. Librairie Arthème Fayard/Pluriel.

– (2007). *Abrégé d'histoire du climat du Moyen Âge à nos jours*. Librairie Arthème Fayard/Pluriel.

LITTLE, Lester K (Edit). (2008). *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*. Cambridge University Press, Cambridge.

LOMAS, Richard. (1989). «The Black Death in County Durham». *Journal of Medieval History* 15, pp. 127-140.

LÓPEZ PIÑERO, José Maria. (1995). *La medicina en la Antigüedad. Cuadernos de Historia 16*, nº 10. Madrid.

LUCAS, Henry S. «The Great European Famine of 1315, 1316 and 1317». *Speculum*, vol 5, nº 4, pp. 343-377.

MAGNER, Lois N. (2005). *A History of Medicine*. Taylor & Francis Group, Florida.

MARJANOVIC, D. (2019). «Memories of Plague in Late 8th and Early 9th Century Byzantine Historiography». *Acta Historiae Medicinae Stomatologiae Pharmaciae Medicinae Veterinariae* XXXVIIII, pp. 8-20.

MARSHALL, Louise. (2012). Plague in the city: identifying the subject of Giovanni di Paolo's Vienna Miracle of Saint Nicholas of Tolentino». *Renaissance Studies*, vol. 27, nº 5, pp. 654-680.

MARTIN, Sean. (2001). *The Black Death*. Pocket Essentials, Harpenden.

MATHSON, Lister M. (2005). «Médecin sans Frontières?: The European Dissemination of John of Burgundy's Plague Treatise». *ANQ: A Quarterly Journal of Short Articles, Notes and Reviews, 18(1), pp. 19–30.* doi:10.3200/anqq.18.1.19-30

MCCORMICK, Michael. (2003). «Rats, communications, and plague: Toward an ecological history». *Journal of Interdisciplinary History* 34, no. 1, pp. 1-25.

MCCORMICK, Michael et al. (2012). «Climate Change during and after the Roman Empire:

Reconstructing the Past from Scientific and Historical Evidence». *Journal of Interdisciplinary History,* xliii:2 (Autumn), pp. 169–220.

McGlynn, Sean. (2009). *A hierro y fuego. Las atrocidades de la Guerra en la Edad Media*. Editorial Crítica, Barcelona.

McNeill, William H. (1976). *Plagues and Peoples*. Anchor Books, Anchor Press – Doubleday. New York.

Mengel, David C. (2011). «A plague on Bohemia? Mapping the Black Death». *Past and Present*, nº 211, pp 3-34.

Mitchell, Linda E. (2007). *Family Life in the Middle Ages*. Greenwood Press, Westport Connecticut – London.

Mitre, Emilio (2019). *Morir en la Edad Media. Los hechos y los sentimientos*. Ed. Cátedra, Madrid.

Montanari, Massimo. (2012). *Medieval Tastes. Food, Cooking and the Table*. Columbia University Press, New York.

Monteano, Peio J. (2001). «La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349». *Príncipe de Viana*, año 62, nº 222, pp. 87-120.

Morales, Teresa y García Berrocal, F.J. (2013). *Hôtel-Dieu de París; reformas materiales, estructurales y funcionales entre los siglos XII y XVIII. Cultura de los Cuidados* (Edición digital) 17, 36. Disponible en: http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2013.36.04.

Mordechai, Lee; Eisenberg, Merle. (2019). «Rejecting Catastrophe: The Case of the Justinianic Plague». *Past & Present*, vol. 244, Issue 1, August, pp. 3-50.

Mordechai, Lee; Eisenberg, Merle et al. (2019). «The Justinianic Plague: An inconsequential pandemic?». *PNAS*, vol. 116, nº 51, www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1903797116.

Moreno Rodríguez, Rosa María. (1987). «El concepto galénico de causa en la doctrina médica. Su significado en el contexto científico-social». *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam, v*ol. 7-8, 19-88, pp. 25-57.

Mormando, Franco; Worcester, Thomas (edits). (2007). *Piety and Plague. From Byzantium to the Baroque*. Truman State University Press. Kirksville.

Myrdal, Janken. (2009). «The Black Death in the North: 1349-1350». *Living with The Black Death.* University Press of Southern Denmark, pp 63-84.

Najemy, John M. (2006). *A History of Florence*. Blackwell Publishing, Oxford.

Nardo, Don. (2011). *The Black Death*. Lucent Books, Farmington Hills.

Newfield, Timothy. (2018). «The Climate Downturn of 536–50». S. White et al. (eds.), *The Palgrave Handbook of Climate History*, Palgrave Macmillan, Londres, cap. 32, pp. 447-493.

– (2018). «Mysterious and Mortiferous Clouds: The Climate Cooling and Disease Burden of Late Antiquity». Adam Izdebski and Michael Mulryan (eds) *Environment and Society in the Long Late Antiquity* (Late Antique Archaeology 12) (Leiden

2018), pp. 89–115

Nirenberg, David. (1996). *Comunidades de violencia. La persecución de las minorías en la Edad Media*. Ed. Península, Barcelona.

Novás Castro, María del Mar. (1995). «La persecución según Cipriano de Cartago». Lengua e historia. *Antigüedad y Cristianismo* xii, pp. 181-204.

Ober, William B., M.D, and Alloush, Nabil, M.D. (1982). «The plague at Granada, 1348-1349: Ibn Al-Khatib and ideas of contagion». *Bull N Y Acad Med.* May; 58(4), pp. 418–424.

Oldstone, Michael B.A. (2010). *Viruses, Plagues, and History. Past, Present, and Future*. Oxford University Press, Oxford.

Paden, William D. (2014). «An Occitan Prayer against the Plague and Its Tradition in Italy, France, and Catalonia». *Speculum*, vol. 89, pp 670-692.

Perlado, Pedro A. (2017). «¿Prohibió la Iglesia la medicina?». *Anuario de Derecho Eclesiástico del Estado*, vol. XXXIII, pp. 175-213.

Pirenne, Henri. (1975). *Historia económica y social de la Edad Media*. Fondo de cultura económica, México.

Platt, Colin. (1997). *King Death. The Black Death and its aftermath in late-medieval England*. Routledge, London and New York.

Poos, L. R. (1991). *A rural society after the Black Death: Essex 1350-1525*. Cambridge University Press, Cambridge.

Pounds, Norman. (2005). *The Medieval City*. Greenwood Press, Westport Connecticut – London.

Prat, Geneviève. (1952). «Albi et la peste noire. In: Annales du Midi». *Revue archéologique, historique et philologique de la France méridionale*, Tome 64, N°17, pp. 15-25.

Ranger, Terence; SLACK, Paul. (1999). *Epidemics and ideas. Essays on the historical perception of pestilence*. Cambridge University Press, Cambridge.

Rau, Virginia. (1966). «Un document portugais sur la peste noire de 1348». *Annales du Midi: revue archéologique, historique et philologique de la France méridionale*, Tome 78, N°77-78, Yves Renouard: L'homme et l'oeuvre. pp. 331-334.

Reklaityte, Ieva. (2004). «Las condiciones higiénico-sanitarias en las ciudades europeas: Introducción al análisis». *Saldvie*, nº 4, pp. 229-245.

Renouard, Yves. «Consequénces et intérêt démographiques de la Peste noire de 1348». *Population* (French Edition), 3 Année, nº 3, pp. 459-466.

Ressouni-Demigneux, Karim. (2002). «La personnalité de saint Sébastien : exploration du fonds euchologique médiéval et renaissant, du ive au xvie siècle». *Mélanges de l'École française de Rome. Moyen-Age*, tome 114, n°1, pp. 557-579.

Roca Cabau, Guillem. (2018). «Medidas municipales contra la peste en la Lleida del siglo xiv e inicios del xv». *Dynamis*; 38 (1), pp 15-39. http://dx.doi.org/10.4321/

S0211-95362018000100002

Rosen, William. (2007). *Justinian's Flea. Plague, Empire, and the Birth of Europe*. Viking Penguin.

Ruiz de Loizaga, Saturnino. (2009). *La peste en los reinos peninsulares según documentación del Archivo Vaticano (1348-1460)*. Ediciones del Museo vasco de historia de la medicina y de la ciencia, Bilbao.

Sandle, Tim. (2013). «Could the 'Black Death' Become a Re-Emerging Infectious Disease?». *Journal of Ancient Diseases & Preventive Remedies*, vol. 1:3. http://dx.doi.org/10.4172/jadpr.1000e104

Scott, Susan; Duncan, Christopher. (2004). *Return of the Black Death*. Willey, Chichester.

Slack, Paul. (2012). *Plague, a very short introduction*. Oxford University Press, Oxford.

– (1989). «The black death past and present 2. Some historical problems». *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, 83, pp. 461-463,

Sloane, Barney. (2011). *The Black Death in London*. The History Press, Stroud.

Spirou, Maria A. et al. (2016). «Historical Y. pestis Genomes Reveal the European Black Death as the Source of Ancient and Modern Plague Pandemics». *Cell Host & Microbe* vol. 19, pp. 874–881.

Stearns, Justin. (2009). «New Directions in the Study of Religious Responses to the Black Death». *History Compass*, 7/5, pp. 1363-1375.

Stone, David. (2001). «Medieval farm management and technological mentalities: Hinderclay before the Black Death». *Economic History Review*, LIV, 4, pp. 612-638.

Sussman, George D. (2011). (2011). «Was the Black Death in India and China?». *Bulletin of the History of Medicine*, Volume 85, Number 3, pp. 319-355.

Torre Rodriguez, José Ignacio de la. (2014). *Breve Historia de la Inquisición*. Ediciones Nowtilus, Madrid.

Toubert, Pierre. (2014). «La Peste Noire dans les Abruzzes (1348-1350)». *Le Moyen Age,* vol. CXX, pp. 11-26.

Tvauri, Andres. (2014). «The Impact of the Climate Catastrophe of 536-537 AD in Estonia and Neighboring Areas». *Estonian Journal of Archaeology*, nº 18, 1, pp-30-56.

Valdeon, Julio. (2004). *Vida cotidiana en la Edad Media*. Dastin Export SL, Madrid.

Verdon, Jean. (2004). *Sombras y luces de la Edad Media*. Editorial El Ateneo, Madrid.

Vigarello, Georges. (1991). *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Alianza Editorial, Madrid.

VV.AA. *La peste negra*. Cuadernos de Historia 16. Madrid, 1985.

Yersin, Alexandre. (1894). «La peste bubonique à Hong Kong». *Annales de l'Institut Pasteur, vol. 8, pp. 662-7.*

WAGNER, David M. et al. (2014). «*Yersinia pestis* and the Plague of Justinian 541–543 AD: a genomic analysis». *Lancet Infect Dis*. Published Online January 28, 2014. http://dx.doi.org/10.1016/S1473-3099(14)70002-7

WELFORD, M; Bossak, Brian H. (2010). «Revisiting the Medieval Black Death of 1347–1351: Spatiotemporal Dynamics Suggestive of an Alternate Causation». *Geography Compass* 4/6, pp. 561–575.

WHEELIS, M. (2002). «Biological Warfare at the 1346 Siege of Caffa». *Emerging Infectious Diseases*, *8*(9), pp. 971-975. https://doi.org/10.3201/eid0809.010536.

WHITE, Mordechai L. (2020). «Modeling the Justinianic Plague: Comparing hypothesized transmission routes». *PLoS ONE* 15(4): e0231256. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0231256.

WHITTOCK, Martyn. (2009). *A Brief History of Life in The Middle Ages*. Constable & Robinson Ltd, London.

WICKHAM, Chris. (2017). *Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación*. Editorial Crítica, Barcelona.

WRAY, Shona Kely. (2009). *Communities and Crisis. Bologna during the Back Death*. Brill, Leiden-Boston.

ZIEGLER, Philip. (1998). *The Black Death*. Faber and Faber Ltd, London.

BREVE HISTORIA de la...

# PESTE NEGRA

José Ignacio de la Torre

Este libro le ayudará a entender aquella pandemia que tan marcada dejó a la población europea medieval. No fue la primera ni la última que sufrió el continente europeo, pero sí la única que se extendió por todo su territorio. Con un índice de mortalidad elevadísimo, este periodo quedó grabado en la mentalidad y la religiosidad de sus contemporáneos de forma perenne. Podemos decir, sin lugar a dudas, que hubo un antes y un después de la Peste Negra.

A mediados del siglo XIV llega la gran pandemia que asoló la Europa medieval. Para entender lo que supuso, debemos conocer cómo era la vida de los europeos en aquellos tiempos, y veremos cómo se creó una situación límite que estalló en 1348.

Desde su entrada por Venecia y tras su rápida expansión, nos centramos en los tres años principales de la peste y lo que supusieron para Europa: un auténtico desastre tanto demográfico, como social, económico y moral del que el Viejo Continente tardó en recuperarse.

Esta *Breve historia* analiza las consecuencias socioeconómicas provocadas por la alta mortalidad: el abandono de tierras de labranza y la consiguiente crisis alimentaria. Asimismo, nos presenta los cambios sociales y espirituales de una sociedad europea que nunca había visto nada así, y buscó en lo sobrenatural y en la religión las respuestas que no encontraba.

Este libro pretende acercar este interesante capítulo de la Edad Media a todo lector interesado en este proceso histórico, a través de sus diversas fases, momentos y personajes más destacados.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook

9 788413 051826